

Bianca™



JENNIFER HAYWARD

ENTRE LA VENGANZA Y EL DESEO



ENTRE LA VENGANZA Y EL DESEO

JENNIFER HAYWARD



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Entre la venganza y el deseo, n.º 145 - octubre 2018
Título original: Salazar's One-Night Heir
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1307-078-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

St. Moritz, febrero de 2017

Un Macallan 1946, sus tres mejores amigos bebiéndose la botella con él y una partida de póquer en la que se apostaba fuerte, que se jugaba en una sala privada de uno de los más elegantes clubes de St. Moritz, formaban un triplete tan perfecto que Alejandro Salazar no pudo negar que constituía un final ideal para el día que habían pasado haciendo parapente con esquís en los Alpes suizos.

Solo estaban los cuatro esa noche, después del desafío al que se habían enfrentado: Sebastien Atkinson, su buen amigo y mentor, fundador del club de deportes extremos del que formaban parte desde la universidad; Antonio Di Marcello, un magnate de la industria de la construcción; y Stavros Xenakis, futuro consejero delegado de Dynami Pharmaceutical. Tal vez constituyeran el único cuarteto con dinero suficiente para cubrir la apuesta inicial de aquella partida.

Ni siquiera las tres deliciosas mujeres escandinavas que estaban en la barra buscando la oportunidad de colarse en la reunión habían sido una tentación suficiente para abandonar ese momento. La amistad de los cuatro estaba forjada con fuego.

El año anterior habían sacado a Sebastien del Himalaya después de que se hubiera producido un alud que había estado a punto de matarlos a todos. El desafío de esa semana no era nada en comparación.

Un intenso sentimiento de bienestar se apoderó de Alejandro, que se recostó en la silla, apoyó el vaso en el muslo y examinó a sus amigos. Había un ambiente de celebración distinto esa noche, una diferencia sutil.

Tal vez se debiera a que todavía tenían muy presente lo que había estado a punto de acabar en tragedia el año anterior; tal vez les hubiera recordado que el lema del club, «la vida es corta», era cierto; o tal vez fuera el sacrilegio que Sebastien había cometido al

casarse.

Stavros miró a Sebastien desde el otro lado de la mesa.

–¿Cómo está tu esposa?

–Bien y, desde luego, es mejor compañía que tú. ¿Qué te pasa esta noche?

Stavros hizo una mueca.

–Todavía no he ganado esta partida. Además, mi abuelo me ha amenazado con desheredarme si no me caso pronto. Le diría que se fuera a tomar viento, pero…

–Está tu madre –dijo Alejandro.

–Exactamente.

El multimillonario griego estaba entre la espada y la pared. Si no proporcionaba un heredero a la familia, su abuelo cumpliría su amenaza de desheredarlo antes de que tomara las riendas del imperio farmacéutico que iba a ser suyo.

Stavros le habría dicho que iba de farol y se hubiera marchado alegremente de no haber sido por su madre y sus hermanas, que, si su abuelo lo desheredaba, se verían privadas de todo lo que poseían, cosa que Stavros no estaba dispuesto a permitir.

Sebastien empujó un montón de fichas al centro de la mesa.

–¿No tenéis la sensación de que dedicamos buena parte de la vida a contar dinero y a buscar emociones superficiales en vez de algo verdaderamente significativo?

Antonio lanzó un puñado de fichas a Alejandro y dijo:

–Has ganado. Se ha tomado cuatro copas y ya está filosofando.

Stavros se encogió de hombros mientras añadía un puñado de fichas a las de Alejandro.

–Yo me había apostado que serían tres. Sigue mi mala racha.

–Hablo en serio. A nuestro nivel, son números en un papel, puntos en un marcador. ¿En qué contribuye a nuestras vidas? El dinero no da la felicidad.

–Pero sirve para adquirir sustitutos muy agradables –apuntó Antonio.

Sebastien hizo una mueca.

–¿Como tus coches? –después miró a Alejandro–. ¿Como tu isla privada? Tú, Stavros, ni siquiera utilizas ese yate del que estás tan orgulloso –concluyó mirándolo–. Compramos juguetes caros y jugamos a juegos peligrosos, pero ¿nos enriquece eso la vida? ¿Nos alimenta el espíritu?

–¿Qué propones exactamente?, ¿que nos vayamos a vivir con los budistas a la montaña?, ¿que aprendamos el significado de la vida?, ¿que renunciemos a nuestras posesiones terrenales para buscar la

iluminación interior?

–Seríais incapaces de vivir dos semanas sin el apoyo de vuestra fortuna y vuestro apellido. Vuestra dorada existencia os impide ver la realidad.

Alejandro, ofendido, se puso tenso. Aunque Sebastien, tres años mayor que ellos, fuera el único de los cuatro que se había hecho a sí mismo, todos habían triunfado por su propio esfuerzo.

Dirigir la empresa de su familia le correspondía a Alejandro por derecho de nacimiento, en efecto, pero él había sido quien, como consejero delegado, había hecho que Salazar Coffee Company pasara de ser una joven empresa internacional a una empresa global.

Stavros se descartó de tres cartas.

–¿Nos estás diciendo que volverías a la época en que estabas sin un céntimo, antes de hacer fortuna? Pasar hambre no es ser feliz. Por eso ahora eres un canalla rico.

–Pues resulta –contraatacó Sebastien encogiéndose de hombros despreocupadamente– que he pensado en donar la mitad de mi fortuna para crear un fondo de búsqueda y rescate. No todos tienen amigos que lo desentierren con sus propias manos después de un alud.

Alejando estuvo a punto de atragantarse con el sorbo de whisky que acababa de dar.

–¿Lo dices en serio? ¿Cuánto es eso?, ¿cinco mil millones?

–No voy a poder llevármelos conmigo a la tumba. Os propongo lo siguiente: si los tres conseguís vivir dos semanas sin tarjetas de crédito y sin vuestro apellido, lo haré.

Todos se quedaron callados.

–¿Cuándo habría que empezar? –preguntó Alejandro–. Todos tenemos responsabilidades.

–Cierto –concedió Sebastien–. Haced lo que tengáis que hacer, pero estad preparados para ir a vivir dos semanas en el mundo real, cuando os llame.

Alejandro parpadeó.

–¿De verdad que vas apostarte la mitad de tu fortuna?

–Si tú te apuestas tu isla y, vosotros, vuestro juguetes preferidos, lo haré. Os diré dónde y cuándo –afirmó levantando el vaso.

–Es pan comido –dijo Stavros–. Cuenta conmigo.

Los cuatro brindaron. Alejandro descartó la apuesta pensando que era producto de una de las peroratas filosóficas de Sebastien cuando había bebido.

Hasta que, exactamente cinco meses después, acabó de incógnito

como mozo en la famosa cuadra de los Hargrove, en Kentucky.

Capítulo 1

Cinco meses después. Esmerelda, hacienda Hargrove, Kentucky. Primer día de la apuesta de Alejandro.

Cecily Hargrove giró para tomar la línea final de saltos de manera tan cerrada que Bacchus, su caballo, perdió el ritmo al dirigirse hacia el primer obstáculo

«Demasiado despacio. ¡Maldita sea! ¿Qué le pasa?».

Le clavó las espuelas en los costados para impulsarlo hacia delante y ganar la velocidad que necesitaban para dar el salto, pero la vacilación de Bacchus en la salida hizo que perdieran muchos segundos y que solo la fuerza física del animal les permitiera salvar la valla.

Con los dientes apretados y llena de frustración, Cecily dio los dos últimos saltos, puso a Bacchus al trote, después al paso, y se detuvo delante de su entrenador.

Dale le lanzó una mirada sombría mientras ella se quitaba el casco. El cabello se le había pegado a la cabeza a causa del sol estival. Tenía un nudo en el estómago.

–No me digas nada.

–Sesenta y ocho segundos. Tienes que averiguar qué le pasa a ese caballo, Cecily.

Como si no lo supiera. Su segunda montura, Derringer, era demasiado inexperta para competir, por lo que Bacchus era su única posibilidad de entrar en el equipo del campeonato mundial de ese año. Completamente recuperado del accidente del año anterior, el caballo estaba bien físicamente, pero lo que le preocupaba a Cecily era su estado mental.

Si no conseguía corregirle esa extraña vacilación que mostraba al realizar saltos que antes no lo hacían dudar, su sueño se evaporaría antes de haber comenzado.

Y era lo único en el mundo que significaba algo para ella.

–Hazlo otra vez –dijo Dale.

–He terminado.

–Cecily…

Ella negó con la cabeza mientras la frustración crecía en su interior. Cabalgó a medio galope hacia el establo reprimiendo las lágrimas. Se había enfrentado a todos los obstáculos que la vida le había puesto en el camino, pero en aquello no podía fallar, después de llevar dedicada a ello desde los cinco años de edad.

Detuvo a Bacchus frente al mozo que se hallaba holgazaneando delante de la puerta de la cuadra, desmontó y le lanzó las riendas con más fuerza de lo que pretendía. Él las atrapó con un ágil movimiento. Con los puños cerrados, ella dio media vuelta para marcharse.

–¿No lo va a refrescar?

La voz desconocida, con un leve acento, la detuvo en seco. Se volvió y miró a su dueño. Debía de ser el nuevo mozo que antes había visto con Cliff. Estaba tan preocupada que no había le prestado atención. Ahora se preguntaba cómo había sido posible.

Muy alto, era puro músculo bajo la camiseta y los vaqueros que llevaba. Lenta y furiosamente, examinó aquel cuerpo impresionante y halló que el resto era asimismo increíble: el cabello negro y largo, el bellísimo rostro, que llevaba días sin afeitar, la mandíbula cuadrada y los ojos negros.

Se le contrajo el estómago y se produjo un momento de electrizante química entre ambos. Se dejó llevar por un momento, porque era algo que hacía tiempo que no sentía, suponiendo que lo hubiera sentido alguna vez.

La mirada descarada de él no vaciló. Nerviosa por la intensidad de la conexión, la rompió.

–Es usted nuevo –dijo con voz gélida al tiempo que levantaba la barbilla–. ¿Cómo se llama?

–Colt Banyon, señora, para servirla.

Ella asintió.

–Entonces, Colt, estoy segura de que Cliff te habrá explicado en qué consiste tu trabajo.

–Lo ha hecho.

–¿Y tú crees que está bien que me reproches cómo trato a mi caballo?

Él se encogió de hombros.

–Me ha parecido que antes tenías problemas. Mi experiencia me indica que pasar tiempo con la propia montura para establecer un vínculo con ella ayuda a desarrollar la confianza del animal.

La presión que Cecily sentía en la cabeza amenazaba con

hacérsela estallar. Nadie se atrevía a hablarle así. No daba crédito a la audacia de aquel hombre.

Dio un paso hacia él y se dio cuenta de lo verdaderamente alto que era cuando tuvo que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

–¿Y de que escuela de charlatanería psicológica procede esa afirmación?

La sensual boca de él se curvó en una sonrisa.

–De mi abuela. Hace magia con los caballos.

Esa sonrisa la habría dejado sin respiración si la furia que sentía no se hubiera apoderado de ella por completo.

–¿Qué te parece esto, Colt? –preguntó con voz desdeñosa–. La próxima vez que tu abuela o tú estéis en los primeros puestos de los cien mejores jinetes del mundo, podrás decirme cómo debo tratar a mi caballo. Mientras tanto, ¿por qué no te estás calladito y haces tu trabajo?

Él la miró con sus bellos ojos como platos.

Ella se estremeció. ¿De verdad le había dicho eso?

Asustada por su falta de control e intentando desesperadamente controlarse, apretó con fuerza el casco entre las manos.

–Se está recuperando de una rotura de ligamentos en la pata trasera –dijo señalando al caballo con la cabeza–. Échale una ojeada.

Alejandro observó alejarse a Cecily Hargrove, con el casco en la mano, convencido de que la rubita pondría a prueba su capacidad de controlarse en la apuesta de Sebastien.

Cecily llevaba toda la mañana creando problemas en la cuadra. Él simplemente era la última víctima.

Limpiar el estiércol de los compartimientos y deslomarse cuidando de treinta caballos, doce horas, al día sería un juego de niños comparado con tener que tratar con ella. Tenía una lengua y una actitud que daban miedo.

Por desgracia, pensó mientras observaba su bonito trasero al alejarse, también era extraordinariamente hermosa. Tendría que estar ciego para no haberse fijado en su rostro delicado, en forma de corazón, sus preciosos ojos azules, su cabello rubio como la miel, que le confería un aspecto angelical; claramente engañoso, desde luego.

Lanzó un bufido y tiró de las riendas de Bacchus para llevarlo a pasear por el sendero adoquinado, con el fin de refrescarlo y refrescarse.

Le había resultado casi imposible tragarse la respuesta que le había venido a los labios cuando Cecily Hargrove lo había atacado diciendo que estaba entre los cien mejores jinetes del mundo. Su abuela había estado en el tercer puesto. En su época, le habría dado sopas con honda a la señorita Hargrove. Pero desvelar su verdadera identidad y perder la apuesta era algo que Alejandro no iba a hacer, sobre todo porque Antonio y Stavros ya la habían ganado.

Y también porque estaba en juego su isla privada, uno de los pocos lugares del mundo donde encontraba paz y tranquilidad.

Condujo a Bacchus a la cuadra y lo frotó con una toalla. El trabajo terapéutico que siempre llevaba a cabo con los animales le proporcionó tiempo para asimilar las últimas y extrañas veinticuatro horas de su vida.

No le había sorprendido que el jet de Sebastien lo dejara en el aeropuerto de Louisville la noche anterior, donde había recibido instrucciones de dirigirse a la famosa hacienda Hargrove, dedicada a la cría de caballos, que se hallaba a las afueras de la ciudad. Tampoco se sorprendió al encontrar en la rústica cabaña que le habían asignado unos vaqueros, varias camisetas y unas botas, así como una pequeña cantidad de dinero y un modelo antiguo de teléfono móvil. Era lo mismo que habían recibido Antonio y Stavros al llegar a su destino.

La críptica nota que había encima de la ropa también era similar.

Durante las dos semanas próximas, Alejandro Salazar no existirá. Ahora eres Colt Banyon, un habilidoso mozo de cuadra que va de un sitio a otro. Tienes que presentarte ante Cliff Taylor, en las cuadras, a las seis de la mañana de mañana. Allí trabajarás las dos semanas.

No podrás darte a conocer bajo ninguna circunstancia. Solo podrás comunicarte con tus compañeros de apuesta. Para ello, utiliza el móvil que se te ha suministrado.

¿Por qué he elegido ese trabajo para ti? Sé que llevas tiempo buscando la prueba que desea tu abuela para enderezar un entuerto muy antiguo, para recuperar el honor de la familia Salazar. Tu trabajo de mozo de cuadra te proporcionará los medios y la oportunidad de hacerlo. Espero que te ofrezca la posibilidad de cerrar ese asunto, como tanto deseas.

Buena suerte. No lo eches a perder, Alejandro. He tenido que esforzarme mucho para conseguirte una identidad segura. Si Antonio, Stavros y tú lleváis a cabo vuestro cometido, donaré la mitad de mi fortuna, como os prometí, para crear un equipo de búsqueda y rescate

globales. Salvará muchas vidas.

Sebastien

Alejandro hizo una mueca al ponerse al otro lado de Bacchus para secarle el sudor de la oscura piel. Era indudable que la idea de deslomarse recogiendo estiércol de caballo durante dos semanas, con un nombre sacado de las páginas de un guión de Hollywood, había divertido mucho a su mentor. Pero, si Sebastien hubiera estado allí, Alejandro le hubiera dicho que tener la oportunidad de que su abuela lograra que se hiciera justicia era exactamente la solución que tanto había buscado.

La enemistad entre los Salazar y los Hargrove se remontaba a décadas atrás, desde que Quinton Hargrove había apareado su yegua Demeter con Diablo, el semental ganador de premios, propiedad de Adriana Salazar, la abuela de Alejandro, mientras el caballo se hallaba en manos de un criador americano en calidad de préstamo. Los Hargrove habían conseguido, a partir de Diablo, una descendencia de caballos de concurso que Adriana no había podido igualar.

Su abuela no había sido capaz de demostrar lo que habían hecho los Hargrove. Y, mientras su fortuna disminuía, la estrella de los Hargrove había comenzado a brillar. Sebastien, al inventarse su nueva identidad, había situado a Alejandro en el puesto ideal para conseguir las pruebas, ya que no solo poseía la habilidad para llevar a cabo el trabajo, gracias a los veranos y las vacaciones que había pasado en la finca de su abuela, sino que también tenía la misma mano que ella para los caballos.

Pasó la toalla por las patas traseras de Bacchus. Aquel trabajo le parecía demasiado sencillo, teniendo en cuenta los complejos retos emocionales a los que se habían tenido que enfrentar Antonio y Stavros.

A Antonio, Sebastien lo había mandado a trabajar de mecánico en un garaje de Milán, lo cual no le había planteado problema alguno, ya que era muy hábil con la llave inglesa. Mucho más complicado le había resultado descubrir que tenía un hijo de una antigua relación amorosa. Antonio seguía lidiando con las consecuencias de ese descubrimiento, que le había cambiado la vida.

Stavros había sido el siguiente. Sebastien lo había enviado a una isla griega a trabajar en el mantenimiento de la piscina de la antigua villa de su familia, un lugar al que había evitado volver. Tenía nuevos propietarios, pero conservaba los fantasmas de la

infancia de Stavros. Su padre había muerto al volcar una barca, pero Stavros había sobrevivido al accidente.

Todo ello hacía que Alejandro fuera el ganador en la lotería de los retos. Tomar una muestra del ADN de Bacchus, el caballo de Cecily, para demostrar el delito de los Hargrove era muy sencillo: bastaba con recoger unos cuantos pelos de la crin después de cepillarlo y enviárselos a Stavros para que los analizasen en uno de sus laboratorios.

Eso implicaba que su mayor desafío sería hallar el modo de mantenerse apartado de la lengua viperina de la señorita Cecily Hargrove durante las dos semanas siguientes.

Su mal comportamiento estuvo atormentando a Cecily toda la tarde y buena parte de la cena en el comedor formal de Esmerelda, un capricho ridículo de su madrastra, ya que en la elegante y majestuosa estancia cabían treinta comensales, y solo estaban cenando esa noche su padre, su madrastra y ella.

Se pasó casi toda la insufrible cena mirando malhumorada por la ventana. Su madre, Zara, la había educado para que tuviera modales impecables. Nunca era grosera. Sin embargo, Colt Banyon le había tocado la fibra sensible y le había provocado un sentimiento de culpa que probablemente ya albergaba. Parte de ella sabía que el problema de Bacchus no era solo culpa del caballo, que lo que les había pasado en aquel horroroso accidente en Londres era algo que los atormentaba tanto al animal como a ella.

Por fin, sirvieron el postre. Kay, su madrastra, también conocida como «la malvada bruja del sur», movió la mano hacia ella mientras la doncella le servía el sorbete de lima.

–¿Qué te vas a poner para la fiesta de la semana que viene?

Algo que su madrastra odiara en cuanto lo viera, pensó Cecily.

–No lo sé. Ya buscaré algo.

Kay la miró.

–Ya sabes que Knox Henderson viene específicamente para cortejarte. Ocupa el número cuarenta y dos de la lista Forbes, Cecily. Es un buen partido donde los haya.

–Ya no se utiliza la palabra «cortejar». Y te he dicho media docena de veces que no me interesa Knox.

–¿Por qué no?

Porque era un imbécil arrogante, dueño de la mitad de Texas gracias a sus ranchos de ganado y a sus reservas de petróleo; porque solo buscaba esposa para decorar el salón y salir en las revistas del

corazón; porque le recordaba mucho a su ex, Davis, otro hombre demasiado rico y al que le gustaban demasiado muchos de los miembros del sexo opuesto… y a la vez.

–No voy a casarme con él –alzó la barbilla y obligó a su madrastra a bajar la mirada–. Y punto. Deja de hacer de casamentera. Como sigas, vas a acabar por avergonzarnos a las dos.

–Puede que Cecily tenga razón –intervino su padre–. Es mejor que se centre en la tarea que tiene entre manos. Dale me ha dicho que tus tiempos de hoy siguen estando por encima de lo habitual. ¿Tengo que comprarte otro caballo para que los mejores?

A ella se le contrajo el estómago. Nada de «siento que hayas tenido tan mal día, cariño» ni «sabes que lo conseguirás, así que sigue intentándolo». Solo el adusto reproche, que era la respuesta habitual de su padre.

–No tengo tiempo de adiestrar otro caballo, papá. Además, el comité espera que monte a Bacchus.

–Entonces, ¿qué debemos hacer?

–Ya veré.

De repente, la idea de la inminente visita de Knox Henderson, unida a la gran presión a la que estaba sometida por todos lados, le quitaron las ganas de tomarse el postre.

–Perdonad, pero me duele la cabeza. Voy a tumbarme.

–Cecily…

Su madrastra puso la mano en el brazo de su padre.

–Deja que se vaya. Ya sabes cómo se pone cuando está así.

Cecily no le hizo caso, se levantó de la mesa y salió. Se dirigió a su dormitorio, pero cambió de idea y fue a la cocina, donde agarró el cereal preferido de Bacchus para desayunar, antes de salir por la puerta trasera para dirigirse a la cuadra.

Creía que debía a Bacchus y a Colt Banyon una excusa. Se dijo que esa era la única razón por la que había salido. Estaba segura que no por los ojos oscuros del mozo, que no podía olvidar.

Cuando entró en la cuadra, los mozos ya habían dejado de trabajar. Como no iba a ir a buscar a Colt Banyon a las viviendas de los trabajadores, se dirigió al compartimento de Bacchus.

Se detuvo al llegar, asombrada de que su caballo, muy selectivo con respecto a los mozos y muy nervioso, resoplara y cerrara los ojos mientras Colt le masajeaba la cabeza. No lo había visto tan relajado desde el accidente.

Dirigió su atención al hombre. Seguía vestido con los ajustados vaqueros descoloridos y la camiseta gris que resaltaba sus increíbles abdominales. Se quedó paralizada al contemplar los músculos de

sus poderosos brazos y sus delgados y fuertes muslos bajo la gastada tela de los vaqueros.

Era un hombre de verdad, a diferencia de Knox Henderson, que prefería acicalarse como un pavo real. Había algo en Colt que la subyugaba.

Este deslizó las manos hacia el cuello del caballo y comenzó a masajeárselo. El movimiento de sus manos hizo que el animal se estremeciera. A Cecily se le encogió el estómago y sintió un caliente cosquilleo en la piel.

¿Trataría a una mujer con la misma precisión? ¿Cómo sería el tacto de sus manos? ¿Sería deliberado y exigente o lento y seductor?, ¿o todo junto?

Bacchus levantó la cabeza para saludarla, lo cual hizo que el objeto de la fascinación de Cecily se volviera. Ella cambió de expresión, aunque tal vez sin la suficiente rapidez. La fría y oscura mirada de Colt Banyon la inmovilizó y la dejó desconcertada.

–¿Por qué no estás cenando con los demás? –le espetó ella.

Sintió que de él emanaba una corriente de aire gélido hacia ella.

–No tengo hambre.

Cecily se metió las manos en los bolsillos y lanzó un bufido.

–Te debo una disculpa por mi comportamiento de antes. Estaba enfadada y lo pagué contigo. Lo siento.

–Acepto la disculpa.

Colt le dio la espalda y siguió trabajando. Cecily sintió que le ardía el rostro. Era evidente que él se había formado una opinión de ella y que no iba a cambiarla, lo cual no debiera preocuparle, ya que estaba acostumbrada a que la gente tuviera opiniones sobre ella que no se correspondían con la realidad. Había veces que incluso las provocaba, porque le resultaba más fácil que tener relaciones con los demás, algo que nunca se le había dado bien.

Pero, por algún motivo, quería que Colt Banyon tuviera buena opinión de ella. Tal vez fuera porque su caballo ya le había dado su aprobación, y Bacchus nunca se equivocaba.

El caballo olisqueó el bolsillo de su vestido. Cecily sacó un puñado de sus cereales preferidos y se los dio.

–¿Qué es eso? –preguntó él mirándole la mano.

–El desayuno de los campeones. Bacchus haría lo que fuera por él.

–Salvo saltar como quieres que lo haga.

Ella hizo una mueca ante la pulla.

–¿Eres siempre tan…?

–¿Impertinente?

–Yo no he dicho eso.
–Pero lo piensas.
–Pienso que eres muy directo. Y que no te caigo muy bien.
Él la miró con el rostro impasible.
–Da igual lo que yo crea. Me pagan para obedecer órdenes, como me has dicho.
Ella se mordió el labio.
–No me refería a eso.
–Claro que sí.
Vaya, no iba a ponérselo fácil. Lo observó mientras acariciaba el costado del caballo y le introducía los dedos en los trapecios, músculos fundamentales que el caballo empleaba para equilibrarse.
–¿Qué haces?
–Me ha parecido que estaba rígido cuando lo has montado. He creído que un masaje lo relajaría.
–¿Eso también te lo enseñó tu abuela?
–Sí. Si está rígido, no puede estirarse para saltar adecuadamente.
Eso ya lo sabía ella, pero había oído que solo los terapeutas equinos daban esa clase de masaje.
–¿Es tu abuela terapeuta?
Él negó con la cabeza.
–No, le encantan los caballos y tiene mano con ellos.
–¿Vive en Nuevo México?
Él la miró más detenidamente esa vez.
–¿Has leído mi currículum?
Ella se sonrojó.
–Me gusta saber quién trabaja en mi cuadra.
–¿Para saber de qué escuela de charlatanería psicológica procede?
–Colt…
Él comenzó a trabajar en el lomo de Bacchus. Ella se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la pared.
–Tuvimos un accidente en Londres, el año pasado –dijo en voz baja–. Algo asustó a Bacchus al ir a saltar y nos estrellamos contra la valla.
Cerró los ojos al reverberarle en el cerebro el ruido sordo del choque, aún tan claro y real.
–Tuve suerte de no partirme el cuello. Me rompí la clavícula y un brazo. A Bacchus se le desgarraron varios tendones. Físicamente está al cien por cien, pero mentalmente no está bien, desde entonces. Por eso me sentía hoy tan frustrada.
Él dio media vuelta y se apoyó en la pared al tiempo que se

cruzaba de brazos. Un destello de algo indefinido se deslizó en su mirada.

–Eso te ha tenido que dejar una huella emocional también a ti.

Ella asintió.

–Creí que lo había superado, pero puede que no sea así.

Alejandro sabía que debería seguir emitiendo señales de distanciamiento hasta que Cecily se fuera. Sin embargo, desprendía tal fragilidad emocional que no pudo pasarla por alto. Tal vez derivara del accidente, pero él creía que se remontaba a mucho tiempo antes.

Se sintió conmovido. Su hermoso rostro, sin maquillar, y su vestido del mismo tono azul que sus ojos la hacían parecer muy joven y vulnerable. Su madre siempre le había dicho que para participar en un concurso hípico había que tener una adecuada actitud mental. Tal vez Cecily la hubiera perdido.

–Puede que necesites tomártelo con calma –sugirió él–. Darte un tiempo para que Bacchus y tú os recuperéis del todo, tanto física como mentalmente, y para averiguar qué es lo que habéis perdido.

Ella negó con la cabeza.

–No tengo tiempo. Tengo un concurso este mes. Si no quedo entre los tres primeros, no podré estar en el equipo que se presenta al campeonato mundial. Bacchus es el único de mis caballos que está a ese nivel.

–Pues hazlo el año que viene.

–Es imposible.

–¿Por qué? –Colt frunció el ceño–. ¿Qué edad tienes?, ¿unos veinticinco años? Tienes todo el tiempo del mundo para llegar a formar parte del equipo.

Ella hizo una mueca.

–No es así si eres de la familia Hargrove. Mi abuela y mi madre estuvieron en el equipo. Se espera que yo lo haga. Si no es así, causaré una gran decepción.

–¿A quién?

–A mi padre, a mi entrenador y a todos los que me han apoyado. Se han gastado una fortuna para que llegue hasta aquí.

Entonces, Colt lo entendió. Él se había pasado la vida intentando estar a la altura de su legado, del destino que le habían marcado desde el día en que comenzó a caminar. Desde el internado de élite en Estados Unidos, al que lo habían enviado desde Brasil a los seis años, hasta la universidad de Harvard, la presión había sido

incesante.

Al trasladarse a Nueva York, como consejero delegado de la Salazar Coffee Company, la presión había ascendido a otro nivel, debido al mercado internacional, ferozmente competitivo, y a un padre que nunca se contentaba con menos de un rendimiento al cien por cien por parte de sus hijos.

Alejandro sabía que esa presión te gobernaba la vida y, si la dejabas, te destrozaba el alma.

Miró a Cecily.

–Sabes perfectamente que lo que haces tiene un componente psicológico al igual que deportivo. Si controlas la cabeza, tienes la mitad ganada. Si no lo haces, estás perdida –negó con la cabeza–. Si presionas a Bacchus antes de que los dos estéis preparados, podría producirse un desastre aún mayor que el que has padecido.

Ella se mordió los labios y lo examinó durante unos segundos.

–¿Tu abuela se dedicaba también al salto ecuestre?

Alejandro se abofeteó mentalmente por haberle revelado tanto. Le había parecido un comentario inocente mientras ella lo acosaba, pero había sido una estupidez.

–Competía en concursos regionales –contestó él dando marcha atrás–. Nada parecido a tu nivel. Lo dejó para formar una familia. Pero tenía un don para los caballos que no he visto en nadie más.

–Mi madre era así. Los caballos se sentían atraídos hacia ella, era como si hablara su lenguaje. Hacían lo que fuera por ella.

Zara Hargrove. Alejandro sabía por su abuela que había muerto en un accidente ecuestre en la cima de su carrera, lo que significaba que Cecily era una adolescente cuando perdió a su madre. Qué duro.

Alejandro se acarició la barbilla al tiempo que intentaba no dejarse afectar por los ojos doloridos de ella.

–Seguro que consigues solucionarlo y que Bacchus se recupera.

–Eso espero –dijo ella haciendo un mohín. Le dio a Bacchus otro puñado de cereales.

Él apartó la vista de su boca. Cecily era el enemigo. Aunque fuera culpable por asociación, aunque la hubieran educado para ser una Hargrove, era uno de ellos. Estaba loco al intentar solucionarle los problemas.

–Muéstrame dónde se desgarró los tendones –dijo arrodillándose al lado de la pata trasera del caballo.

–Aquí –señaló ella mientras se agachaba a su lado.

–Es un sitio complicado –él comenzó a masajearle la pata con suavidad.

–¿Puedo probar? –preguntó Cecily.

Él asintió y bajó la mano. Ella lo masajeó, pero de forma demasiado suave e indecisa para que sirviera para algo.

–Así –él cerró la mano en torno a la de ella para enseñárselo. El calor de la mano de ella se mezcló con el de la suya, y se produjo una descarga eléctrica entre ambos. El sintió calor y ella comenzó a respirar deprisa. Él aspiró su delicado aroma floral, tan suave y seductor que se infiltró en sus sentidos. Aunque hubieran tenido un inicio difícil, aunque ella fuera el enemigo, su cuerpo no registraba ninguno de esos dos hechos, sino la sensual presencia de ella.

–¿Has pensado en dedicarte a esto? Se te da muy bien.

–Lo he pensado –respondió él, en su papel de Colt Banyon–. Pero me gusta mucho viajar, aunque puede que un día me instale en algún sitio y me dedique a criar caballos.

–Espero que lo hagas –comentó ella con sinceridad y los ojos brillantes–. Lo harías muy bien.

Entonces, Alejandro pensó que su primera impresión no le había hecho justicia a Cecily Hargrove. Que, si le ponía la mano en el cuello y la atraía hacia sí para besarla y probar su deliciosa boca, ella no protestaría. Y que, si él lo hacía, tal vez pudiera hacer desaparecer algunas de las oscuras sombras de sus ojos durante unos minutos.

Se incorporó antes de que aquella locura continuase.

–Unos minutos masajeándolo así todos los días lo ayudará a estirarse y le hará confiar un poco más en sí mismo. Tal vez le sirva de ayuda.

–Gracias, Colt –dijo ella incorporándose a su vez y frotándose las manos en el vestido. No quedaba ni un resto de insinuación en sus ojos–. Está en excelentes manos. Buenas noches.

Cecily respiró hondo al salir de la cuadra. Le temblaban las piernas y la tierra parecía moverse bajo sus pies. ¿Qué acababa de suceder?

No se invitaba a un desconocido a que te besara cuando apenas soportaba tu presencia y ni siquiera le caías bien. Y sin embargo, durante unos segundos, había creído que él también estaba pensando en besarla.

¿Se lo había imaginado?

Se llevó las manos a las sofocadas mejillas. No debiera estar pensando en besar a nadie en aquellos momentos, cuando su carrera pendía de un hilo.

¿Acaso su desastroso compromiso con Davis no le había enseñado nada? Un hombre guapo creaba problemas. Era mejor relacionarse con los machos de cuatro patas. Ellos no te partían el corazón.

Capítulo 2

DURANTE los días siguientes, Cecily no prestó atención a Colt Banyon y se centró en las sesiones de práctica. Sin embargo, cuanto más se esforzaba, peores tiempos conseguía. Era como si la desesperación se estuviera apoderando de ella y Bacchus lo notara.

Cuando llegó el viernes, y ya solo faltaban tres semanas para el concurso, no sabía qué hacer. Podía seguir repitiendo esfuerzos inútiles que no la llevaban a ningún sitio o podía seguir el consejo de Colt y tomárselo con calma.

No podía permitirse el lujo de renunciar a las esperanzas que tenía para esa temporada, pero tal vez pudiera renovar los circuitos cerebrales de Bacchus con un cambio total de ritmo. Cabía la posibilidad de que su caballo solo necesitara un respiro mental, huir de la olla a presión. Igual que ella.

Mientras se tomaba un té en el comedor, afortunadamente desierto, se le ocurrió una idea. Pero sabía que su padre no lo permitiría, a menos que se llevara a alguien con ella. Y puesto que cabalgar en compañía contradecía el propósito de hallar un poco de paz, no era una opción.

A no ser que se llevara a Colt, tan poco hablador, pensó mientras daba un sorbo de té. Podría sonsacarle algunas de sus técnicas. Pero debería mantener la cabeza en su sitio, algo que no sería difícil, ya que Colt volvería a distanciarse si ella cometía una estupidez como incitarlo a besarla, cosa que, por supuesto, no iba a hacer.

Esbozó una sonrisa. Era un plan. Acabó de tomarse del té, recogió sus cosas y salió para ponerlo en práctica.

En el descanso de media mañana, Alejandro llevó el paquete a la oficina de Correos de la ciudad. Contenía una muestra del pelo de la crin de Bacchus, y ahora dependía de los laboratorios de Stavros confirmar el delito de los Hargrove.

Mando un mensaje a Stavros desde la camioneta.

Te he mandado el paquete. Gracias, amigo. Te debo una.

Olvídalo. Me siento generoso. Al fin y al cabo, pronto seré un hombre casado.

A Alejandro estuvo a punto de caérsele el móvil.

¿Cómo?

Lo que has leído. Te mandaré los detalles. Ahora tengo prisa.

Alejandro lanzó el móvil al asiento. ¿Antonio con familia y Stavros casado? ¿Qué estaba pasando? Era una locura.

Mientras volvía a la granja pensó que no había posibilidad alguna de que vínculos emocionales de esa clase se dieran en su caso. No necesitaba encontrar esposa, como Stavros, ni tenía hijos desconocidos, de eso estaba seguro. Y Sebastien sabía cuál era su opinión del matrimonio.

Cuando le llegara el día de emparejarse para tener un heredero, para lo que faltaban todavía algunos años, lo haría con una mujer a la que elegiría como si fuera un coche caro, asegurándose de que reunía todas las condiciones necesarias para el matrimonio práctico y racional que deseaba. Sabía por experiencia que las compras impulsivas, los emparejamientos motivados por la pasión, no duraban. Sus padres eran un ejemplo perfecto.

Llegó a las cuadras cinco minutos después de que hubiera acabado su descanso. Fue a recoger lo necesario al almacén de arreos para ejercitar a uno de los tres caballos que debía sacar esa tarde.

–Hola, Hollywood –Tommy, uno de los mozos, asomó la cabeza por la puerta del almacén–. La hija del jefe quiere verte.

Alejandro la había evitado desde la conversación que habían tenido en la cuadra y estaba seguro de que ella había hecho lo mismo. Entonces, ¿por qué lo buscaba?

Se acercó a un grupo de mozos reunidos delante de la pequeña cocina. Cecily se hallaba en medio, vestida con vaqueros y una camisa sin mangas. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo. Era un bocado exquisito que cualquier hombre se hubiera tomado para desayunar. Él no, desde luego.

Ella se volvió hacia él cuando acabó de hablar con los demás.

–Quiero ir a cabalgar hasta el lago y me gustaría que me acompañaras.

¡Oh, no! Alejandro reconocía una mala idea en cuanto la oía.

–Todavía me quedan tres caballos por ejercitar. Tal vez puedas llevarte a otro.

Cecily alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

–Quiero que seas tú el que me acompañe.

Era una orden.

Alejandro agachó la cabeza.

–Voy a recoger algunas cosas.

–No te preocupes por la comida y el agua. De eso me encargo yo.

Alejandro ensilló a Jiango, un alazán al que, de todos modos, tenía que ejercitar. Tommy le dio un codazo mientras llevaba el caballo al patio.

–¿Qué quieres, Hollywood? ¿Causarle impresión? Me apuesto cien dólares a que no eres capaz de ir más allá de la gélida fachada.

–No lo pretendo –Alejandro cortó de raíz la insinuación. Los rumores eran la forma más rápida de descubrir su verdadera identidad, sobre todo si se referían a la hija del jefe y a él.

Cecily lo miró cuando llegó al patio con Jiango.

–Te he pedido que vengas porque he decidido seguir tu consejo y dejar de entrenarme con Bacchus para darle un tiempo de descanso. Hubiera preferido ir sola, pero mi padre no me deja cabalgar hasta allí sin compañía. Y tú eres el menos hablador de los mozos.

¿Así que debía proporcionarle compañía silenciosa a Su Alteza? Suponía que podría hacerlo.

–Muy bien –trató de no mirarle las nalgas cuando puso el pie en el estribo y se montó en el caballo.

Le solían gustar las mujeres altas y de largas piernas, que lo igualaran en sus características físicas, pero, en el caso de Cecily, su mente comenzó a imaginar toda clase de posibilidades creativas.

Se abofeteó mentalmente y se montó en Jiango

–¿Cuánto se tarda en llegar?

–Una hora, aproximadamente. Es un camino precioso. Te va a encantar.

Así fue. Atravesaron prados tan verdes que parecían irreales, cercados a lo largo de kilómetros por vallas blancas. Árboles en flor, de color magenta y blanco, proporcionaban sombra a los esbeltos caballos.

El sol ya estaba alto en el cielo. Casi era mediodía. Dejaron los

prados atrás y entraron en un sombreado bosque. Cecily se volvió hacia él con un brillo travieso en la mirada.

–¿Quieres hacerme una demostración, Hollywood?

–Si el premio es que no me llames así, me apunto –respondió él con sequedad.

–De acuerdo. Te echo una carrera hasta el final del camino. Gana el primero que llegue al arroyo –dijo ella con una ancha sonrisa. Te prevengo que hay obstáculos. Tienes que estar atento.

–Adelante. ¿Te doy ventaja?

Ella lo miró con ojos que echaban chispas. Picó espuelas y salió disparada antes de que él se diera cuenta. Alejandro puso a Jiango al galope e hizo lo posible por evitar las ramas y otros obstáculos que surgían de repente. Alguno se le enganchó con fuerza.

Cecily mantenía la ventaja. Era una excelente jinete, pero el caballo de Alejandro tenía una zancada más larga que la de Bacchus, lo que le permitió ganar terreno. Casi la había alcanzado cuando se aproximaron a lo que parecía ser el final del camino que terminaba en una pronunciada pendiente, cuesta abajo, hasta el arroyo. Él tuvo que recurrir a toda su experiencia para mantener en equilibrio a Jiango en la pendiente. Los dos caballos iban igualados.

Alejandro se inclinó hacia delante en la silla. Jiango salvó el arroyo con fuerza y facilidad. Por el rabillo del ojo vio que Bacchus se quedaba clavado en el último momento en las rocas, por lo que su jinete estuvo a punto de salir disparado por encima de la cabeza del animal.

Cecily consiguió permanecer en la silla y recuperó el control mientras el caballo se alejaba del agua. Alejandro dio media vuelta y Jiango volvió a saltar sobre el arroyo para detenerse al lado de Bacchus. Cecily estaba sofocada y la frustración brillaba en sus ojos. Su rostro había perdido la alegría.

–Supongo que has ganado.

–¿Normalmente salva el arroyo de un salto?

–Sí, le encanta.

–Cuando se produjo el accidente, ¿estabais saltando por encima del agua?

–Sí, pero lo ha vuelto a hacer desde entonces. Su comportamiento no tiene sentido.

–El miedo no suele tenerlo. Un caballo con el que trabajé se estrelló contra una valla que lo asustó. Se recuperó, pero le pasó lo mismo que le pasa a Bacchus. No se negaba a realizar saltos que fueran nuevos para él, sino a realizar aquellos en los que siempre se había sentido cómodo, como si ya no confiara en el jinete, ya que,

según él, lo había llevado por mal camino.

–¿Crees que Bacchus piensa que le he fallado?

–Lo que digo es que es una posibilidad.

¿Qué hiciste para solucionarlo?

–Recuperar su confianza.

–¿Cómo?

Él enarcó una ceja.

¿Estás segura de querer aprender charlatanería psicológica?

–Sí –contestó ella, mirándolo con reproche.

Alejandro desmontó y se acercó a Bacchus.

–Bájate y quítate el pañuelo.

–¿El pañuelo?

–Sí, quítatelo.

Ella desmontó y se lo quitó. Colt le vendó los ojos a Bacchus con él. El animal piafó, nervioso.

–Descálzate y cruza con él el arroyo.

Ella se quitó las botas y los calcetines. Colt la imitó. Con las botas en la mano, fue el primero en meterse en el arroyo. El agua no estaba fría, pero corría deprisa. Jiango vaciló al borde, pero él tiró con fuerzas de las riendas, lo que lo obligó a avanzar.

Cecily lo siguió con Bacchus. En el momento en que las pezuñas del caballo tocaron el agua, este se detuvo en seco. Cecily le acarició el cuello y le habló. Cuando Alejandro y Jiango llegaron al otro lado, Bacchus lo cruzaba con precaución.

–Quítale la venda –dijo Alejandro cuando hubieron llegado a la otra orilla.

Cecily lo hizo. Bacchus miró el arroyo, olió el agua y movió las orejas al darse cuenta de que lo había cruzado.

–Sabe que puede confiar en ti para que lo guíes hacia un lugar seguro –explicó Alejandro–. Ahora volved a cruzar, pero sin la venda.

Así lo hicieron. Bacchus pisaba con menos vacilación a cada paso. Lo cruzaron de nuevo.

–¿Ahora qué?

–Le dejaremos que reflexione un rato. Y veremos si lo salta cuando volvamos.

–Es muy raro. Este es su sitio preferido.

–Tiene algo metido en la cabeza. Además –añadió él mirándola a los ojos– capta tu tensión. Yo la he notado toda la semana mientras te veía montar. Tienes que relajarte, cambiar la dinámica entre los dos. Recuperar la confianza.

–Mi entrenador no cree en nada de eso –comentó ella al tiempo

que se retiraba el cabello del rostro–. Piensa que tienes que conseguir que el caballo haga lo que quieres.

–¿Y eso te funciona?

Los ojos de ella centellearon. Alzó la barbilla e indicó un camino con un gesto de la cabeza.

–Al lago se va por allí.

Cecily intentó recuperar el buen humor mientras llevaban los caballos a la orilla del lago, pero estaba demasiado agitada. Que Bacchus se hubiera negado a saltar en su paseo preferido había eliminado la poca esperanza que le quedaba de poder competir contra los mejores jinetes del mundo tres semanas después. Le parecía imposible.

Estaba convencida de que Colt tenía razón, que necesitaba cambiar la dinámica entre Bacchus y ella, pero no sabía cómo hacerlo.

El sol estaba en medio del cielo y hacía un calor de mil demonios, como decía su abuela. Dejaron los caballos a la sombra de un árbol. El lago tenía un kilómetro y medio de ancho y un precioso color azul marino. Estaba bordeado de verdes bosques y reinaba en él una tranquilidad absoluta, salvo por el canto de algún pájaro o el chapoteo de algún animal marino. Todo eso hizo que ella se percatara de repente de lo solos que estaban.

Tal vez aquello no hubiera sido buena idea.

Sacó la comida que le habían preparado en la granja mientras Colt extendía la manta sobre el césped y se tumbaba en ella. Era un festín para los ojos, con sus vaqueros gastados y su camiseta azul. Era un hombre guapísimo en la flor de la vida, todo músculo y fuerza, y a Cecily le causaba un profundo impacto.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, se sentó en la manta y sirvió el pollo frito y le ensalada de patata que la cocinera les había preparado.

Colt se lo tomó con una cerveza fría. Ella no tenía apetito, ya fuera por su preocupación por el concurso o por la intensa conciencia de la presencia del hombre que tenía a su lado, por lo que apartó el plato y se sirvió una copa de vino que se tomó mirando el agua.

Colt sacó una toalla de la cesta y se la puso debajo de la cabeza. Se estiró al sol con gracia felina. Ella notó la cuidadosa distancia que guardaba entre ambos y el brillo precavido de sus ojos cada vez que la miraba. De repente, se sintió estúpida.

–Siento haberte obligado a acompañarme.

–Me está gustando. Tenías razón, esto es precioso. Pero me sorprende que no hayas querido venir con una amiga.

–No tengo amigas –se encogió de hombros–. Al menos, amigas de verdad. Melly, mi mejor amiga, decidió dejar de serlo el día en que gané el campeonato junior. Viajo tanto que no tengo tiempo de entablar nuevas amistades, salvo con la gente con la que compito y, con ella, no suelen ser muy profundas.

–Te debes de sentir sola.

–Prefiero la compañía de los animales de cuatro patas. Los caballos siempre te son leales y no te dan malas contestaciones.

–Pero tampoco te pueden apoyar ni solidarizarse contigo.

–¿Es eso lo que significa un amigo para ti? –preguntó ella ladeando la cabeza.

–En buena medida. Mis mejores amigos son del tiempo de la universidad. Juntos, nos han pasado muchas cosas, buenas y malas. Existe un vínculo indestructible entre nosotros, a pesar de la distancia. Si uno de nosotros necesita algo, los demás inmediatamente corremos en su ayuda.

Ella deseó tener eso, a alguien que la conociera tan bien que pudiera ser ella misma en vez de lo que los demás querían que fuera. Pero no se le daba bien forjar esa clase de relaciones.

–Estaría bien tener amigos así.

Él la examinó durante unos segundos.

–Si Melly te decepcionó, búscate a alguien que se merezca tu amistad. No puedes pasarte la vida montando a caballo.

–Según mi entrenador, eso es justamente lo que debería hacer.

–Pues no es verdad. El éxito en la vida depende de que uno se abra a nuevos horizontes, del equilibrio. ¿Y amigos? Debes de tener algún novio.

–Estoy demasiado ocupada.

–Pero seguro que los hombres te persiguen.

–Mis padres quieren que me case con Knox Henderson, que es dueño de la mitad de Texas, pero no me interesa.

–¿Por qué? ¿No es atractivo? ¿Es muy viejo y aburrido?

–Es joven, atractivo y rico. Y lo sabe.

–¿Y cómo es que no te gusta? Una mujer necesita a un hombre fuerte y con éxito.

Ella puso los ojos en blanco.

–¿Le has dado una oportunidad?

–Dime qué significa para ti «oportunidad».

–¿Lo has besado?

–Sí, y no hay chispa –lo miró mientras recordaba el comentario de Tommy, que había oído sin querer–. Sé lo que se han apostado los mozos.

–¿Dé que hablas?

–No te hagas el tonto. Creen que soy una persona fría. Puede que lo sea.

–Y ese Knox, ¿al menos besa bien?

–Estoy segura de que muchas mujeres dirían que sí, pero yo no lo creo. Va a venir a la fiesta del viernes por la noche. Ya lo conocerás.

–Hablando de la fiesta… Está muy bien que hayas invitado al personal, pero no tengo nada que ponerme.

–Se te va a pagar hoy. Cómprate algo en la ciudad –tener a Knox y a Colt juntos en la misma habitación para compararlos era una tentación a la que era difícil resistirse–. Fue idea de mi madre invitar a los trabajadores. Le encantaba el ambiente familiar que eso creaba. Kay, mi madrastra, quiso abandonar la tradición cuando llegó aquí, alegando que era un gasto innecesario. Yo se lo impedí, lo cual ha marcado el tono de nuestra relación.

–Es una bonita tradición –Colt dio un trago de cerveza–. Debes de echar de menos a tu madre. La perdiste muy joven.

–La recuerdo todos los días. Murió aquí. Por eso, mi padre no quiere que venga sola.

Alejandro se incorporó apoyándose en los codos.

–Suponía que había muerto compitiendo

–Mi padre y ella discutieron. Lo sé porque los gritos se oían en toda la casa. Fue una discusión peor de las habituales. Mi padre se fue a Nueva York por negocios, mi madre salió de casa hecha una furia y vino aquí sin decírselo a nadie. Cuando acabé las clases, mi tutor y yo salimos a buscarla. Sabía que estaría aquí porque era su lugar preferido.

»Encontré su casco de montar en el suelo y supe que algo iba mal. Estuvimos horas buscándola sin ningún resultado. En el camino de vuelta encontramos a Zeus, su caballo. La había tirado y la arrastraba colgada del estribo –Cecily apretó los labios–. La llevaba a casa.

–Lo siento –dijo él en voz baja–. Tuvo que ser horrible.

El peor día de su vida. Daría cualquier cosa por tener a su sabia y bondadosa madre con ella para que la ayudara a resolver el lío en que estaba metida.

–No creo que mi padre se haya perdonado por aquello. Tampoco estoy segura de que yo lo haya perdonado. Racionalmente sé que no

fue culpa suya, pero la echo mucho de menos.

–¿Te enteraste del motivo de la discusión?

–Mi padre no quiere hablar de ello. Una de las criadas me dijo que los había oído discutir sobre Zeus, pero eso no tiene sentido. Mi padre nunca se metía en nada de lo relacionado con los caballos de mamá.

–¿No corre el rumor de que Diablo es el padre de Zeus?

Ella se echó a reír.

–No es verdad. A la gente le gusta inventarse esas historias sobre él. A Demeter, la madre de Zeus, la cruzaron con un semental francés, Nightshade, un animal tan impresionante como Diablo. Nightshade había sido tres veces campeón del mundo. De él deriva la capacidad de salto de Bacchus.

–Es gracioso cómo se inician los rumores.

Ella contempló un somorgujo que volaba elegantemente sobre la espejeante superficie del lago. Estar allí siempre le dolía mucho. Sentía la emoción a flor de piel.

–No era solo mi madre, sino también mi mejor amiga, mi entrenadora, mi confidente, mi heroína. Me enseñó a montar antes de que supiera andar. Me llevaba con ella a todos los concursos. Éramos inseparables. Quería ser como ella cuando fuera mayor.

Se produjo un silencio entre ellos.

–Y quieres ganar por ella –concluyó él.

Ella asintió, con los ojos llenos de lágrimas que amenazaban con derramarse.

–Quiero hacer lo que ella no tuvo tiempo de hacer.

De repente, todas las piezas del rompecabezas que era Cecily Hargrove encajaron. Alejandro la examinó, emocionado, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse inconmovible.

La había visto ejercitarse hasta la extenuación la semana anterior. Ahora entendía por qué. Pero agotarse de aquel modo y agotar a Bacchus, hasta quedarse ambos vacíos, no iba a resolver el problema.

Había percibido destellos de la verdadera Cecily de camino al lago, de su espíritu, de su alegría; de lo que debía de haber sido compitiendo cuando sus demonios no la perseguían. Verla ahora era como ver la claridad convertirse en oscuridad.

–Ya sabes lo que creo –dijo en voz baja al tiempo que examinaba sus hermosos ojos–. Creo que ya no sabes quién eres ni para quién montas. Creo que montas para todo el mundo salvo para ti misma.

–El accidente…

–Fue la punta del iceberg –Alejandro se dio unas palmaditas en la cabeza–. Cuando esto se te estropea, cuando lo que tú quieres y lo que los demás quieren comienza a ejercer demasiada presión, ni tú ni nadie puede obtener buenos resultados.

–Bacchus es un problema.

–Sí, en efecto. Pero el mayor problema eres tú, y hasta que no lo soluciones, hasta que no decidas para quién haces lo que haces, no habrá esperanza de que formes parte de ese equipo que deseas. Debieras olvidarte y tirar la toalla ahora mismo.

Ella apartó la mirada. Se quedó callada tanto rato que él se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

–Perdona –murmuró–. No debí haber…

–No –dijo ella levantando la cabeza. Tenía los ojos brillantes de lágrimas no derramadas–. Tienes razón. Ya no sé quién soy. Me he pasado la vida haciendo lo que los demás esperaban de mí. He renunciado a llevar una vida normal. Dejé la escuela y me dediqué a viajar ocho meses al año para formar parte de ese equipo –se mordió el labio inferior–. ¿Y si no lo consigo? Es todo lo que sé hacer, es mi identidad.

A él se le hizo un nudo en la garganta.

–Harás otra cosa. Sin embargo, no creo que eso vaya a suceder, Cecily. Tienes talento, pero tienes que buscar un motivo.

Una lágrima le surcó la mejilla, y otra después. Él soltó un improperio. La tomó en sus brazos y apoyó la barbilla en su sedoso cabello.

–Debes decidir lo que quieres –murmuró–. Tienes que ser tú, Cecily, y nadie más.

Ella lloró contra su pecho.

Él le acarició el cabello. ¿Qué otra cosa podía hacer cuando ella no tenía a nadie, literalmente, en quien confiar?

Le susurró palabras de consuelo. Descubrió que su cabello olía a limones y a sol, y que ella era mucho más embriagadora de lo que creía, así, acurrucada en sus brazos.

Por fin, ella contuvo el llanto y se separó de él.

–Gracias. Nadie me habla con sinceridad. Todos me dicen lo que quiero oír no lo que debo, salvo mis padres, que se limitan a darme órdenes.

Él le puso un mechón de cabello detrás de la oreja y le secó las lágrimas con los pulgares.

–Pues tal vez debas cambiar eso también. Ya eres mayorcita para decidir por ti misma, para acertar y equivocarte.

Ella asintió mirándolo a los ojos. La temperatura entre ellos cambió de repente cuando se fijaron únicamente en que ella estaba en su regazo, que lo abrazaba y que él la abrazaba a su vez.

–¿Colt?

Él volvió a mirarla a los ojos. Recordar que no era quien decía ser, que aquello no podía suceder, debiera haber sido suficiente para darlo por acabado en aquel mismo instante, pero la mirada vacilante de los azules ojos de ella lo impulsó a seguir.

–Esa noche, en la cuadra, ¿eran imaginaciones mías que querías besarme?

¡Por amor de Dios! ¿Qué podía contestar? Si mentía, le haría daño, algo que no deseaba hacer. Pero tampoco podía decirle la verdad.

–Me parece que no debo contestarte.

–¿Por qué?

–Porque trabajo para ti y porque no es adecuado.

–Creo que ya hemos superado esa fase –murmuró mirándole la boca–. Y ya has contestado a mi pregunta sin contestarla.

–Entonces, debemos dar por zanjado el asunto –él trató de quitarle los brazos de su cuello, pero ella los dejó donde estaban.

–Me gustaría comprobar mi teoría.

–¿Qué teoría?

–Que besas mejor que Knox

–Creo que debiéramos dejar la respuesta en el campo de la teoría.

–Pues yo no –lo agarró por la nuca para inclinarle la cabeza hacia ella.

Él tendría que haberla detenido en ese mismo momento, debiera haberse comportado con cordura, pero no iba a rechazarla, y mucho menos en el estado de vulnerabilidad en que se hallaba. Y, para ser sinceros, quería besarla. Lo deseaba con desesperación desde aquella noche en la cuadra.

Los labios de ella, carnosos, lujuriosos y algo inexpertos, rozaron los suyos e hicieron arder todos los poros de su piel. Aquello era una pésima idea.

Se relajó y dejó que ella jugara. Le dejaría hacerlo un minuto y se levantaría.

–Tienes una boca maravillosa –murmuró ella contra sus labios–. Pero no me estás besando.

–Instinto de conservación –susurró él antes de agarrarla por la mandíbula para colocarle la boca en el ángulo correcto y tomar el control.

Él dulce sabor de su boca hizo que le estallaran los sentidos. Era tal y como se lo había imaginado, tal vez mejor. Mientras le acariciaba la mejilla, exploró la voluptuosa línea de la boca de ella con la suya para conocer cada centímetro.

Cuando el solo contacto de los labios dejó de parecerle suficiente, su lengua y sus dientes entraron en acción, mordisqueando y acariciando. Ella emitió un gemido, lo que él aprovechó para cerrar la boca sobre la de ella, haciendo el beso más profundo y uniendo su lengua a la de ella. Cecily lo acompañó en cada paso y deslizó la lengua sobre la de él para convertir el beso en una exploración tan íntima y seductora que él creyó que el cerebro le iba a estallar.

Reprimió el deseo de explorar el resto de su curvilíneo cuerpo con la boca y la lengua, de descubrir su verdadera dulzura.

En su mundo, un beso como aquel llevaba a tener sexo explosivo. En el mundo en que se hallaba en aquel momento, aquello no podía suceder de ninguna manera.

La parte racional de su cerebro se puso en marcha. Dejó de besarla, la agarró de la cintura y, separándola de él, la levantó para dejarla tumbada en la manta.

Sofocada, lo miró y se pasó la mano por el cabello.

–Eso ha sido…

–Una prueba de que no eres una persona fría –dijo él incorporándose–. Vamos a olvidar que ha sucedido.

–Colt…

–Ya sabes mi lema: «Hoy aquí, mañana allá». Hazme caso, Cecily, no te conviene tener una relación conmigo.

Capítulo 3

OLVIDAR que había sucedido? Durante los días previos a la fiesta veraniega anual, Cecily no pensaba más que en el beso que Colt y ella se habían dado. Se le había infiltrado en los pensamientos, los sueños y las sesiones de práctica.

Saber que esa pasión explosiva existía le había vuelto el mundo del revés. Ni siquiera con Davis, a pesar de lo loca que estaba por él, había experimentado esa química. Sin embargo, Colt tenía razón: lo mejor para ambos era hacer como si no hubiera ocurrido. Debía centrarse en su entrenamiento. Además, Colt se marcharía pronto.

Se centró en enfocar de modo distinto su relación con Bacchus y en analizarse a sí misma. Tenía veinticinco años. Ya era hora de que se hiciera cargo de su vida y su carrera. Si no lo hacía, si no descubría quién era y lo que quería, los demás lo harían por ella, lo que era inaceptable.

Comenzó a trabajar por las tardes con Colt utilizando las técnicas que él había empleado en un caso similar al de Bacchus. Fueron poco a poco, progresando lentamente. Lo único que le faltaba era conseguir ser inmune al hombre que le daba instrucciones.

Kay salió a su encuentro cuando entraba en la casa para prepararse para la fiesta e insistió en que fuera a saludar a los Henderson, que se quedarían a pasar el fin de semana. Cecily se quitó las embarradas botas en la entrada y se dirigió al salón. Knox comenzó a flirtear con ella como siempre, y ella a demostrar su falta de interés habitual. Se excusó para ir a su habitación.

Su padre le cerró el paso antes de que pudiera hacerlo y la metió en su despacho.

–Dale me ha dicho que sigues trabajando con Colt Banyon. ¿Por qué?

–Porque quiero –afirmó ella alzando la barbilla–. Porque creo que ayudará a Bacchus.

–Lo que estás haciendo en perder el tiempo. Lo que te enseña son tonterías.

–A partir de ahora, yo seré quien decida lo que me conviene o no –se cruzó de brazos–. Tengo veinticinco años, papá. No soy una niña. Debo empezar a dirigir mi vida y mi carrera.

–Colt Banyon va dando tumbos por la vida, va de cuadra en cuadra. No sabes nada de él ni de sus credenciales.

–Sé que confío en él. Y sus credenciales son impecables. Cliff no contrataría a nadie que no las tuviera.

–Podría despedirlo.

–Como lo despidas, me retiro del concurso de Ginebra –afirmó ella, furiosa.

–No lo harías.

–Haz la prueba.

–¡Maldita sea, Cecily! Trata de ser razonable.

–Por fin lo soy –Cecily decidió ir a por todas–. ¿De qué discutíais mamá y tú el día en que murió?

–¿Qué tiene que ver con esto? –preguntó su padre con el ceño fruncido.

–Nada. Simplemente, quiero saberlo.

–De nada que sea de tu incumbencia. Era un asunto privado entre tu madre y yo.

–Después de lo cual, ella se saltó la norma y fue a cabalgar sola.

–Es agua pasada, olvídalo.

–Lo he intentado, sin conseguirlo –miró a su padre a los ojos–. Finges que no la echas de menos, pero lo haces. Finges que no sucedió, pero pasó. Nunca dejaré de preguntarme qué ocurrió ese día, que la empujó a hacer aquella estupidez. Nunca dejaré de echarla de menos porque parece que soy la única de la familia que tiene corazón.

–Cecily…

Ella dio media vuelta, abrió la puerta y la cerró de un portazo. Kay y los Henderson la miraron desconcertados cuando cruzó el salón y se dirigió a su habitación. Ella no les hizo caso.

–¿Estás listo?

Colt abrió la puerta de su cabaña y allí estaba Tommy, apoyado en el marco.

–Creo que voy a saltármela.

–No puedes hacerlo. Es el acontecimiento social de la temporada: comida, cerveza y chicas guapas.

Pero ya había una preciosa mujer que se estaba introduciendo en su interior, una mujer a la que no podía tener. Le faltaba un día para ganarle la apuesta a Sebastien, por lo que no iba a echarlo todo a perder.

La llamada de Antonio esa mañana para pedirle que los dejara quedarse en su isla, porque los paparazzi acosaban a su familia, reforzó la necesidad de salir de allí ileso. Había dado a su amigo permiso para que pasara la luna de miel en la isla.

–Me he hecho daño en el hombro al llevar una barra. Creo que me quedaré leyendo.

–Vamos, Hollywood. Eres duro. Ponte las botas y vámonos. Te buscaremos una guapa mujer para que te dé masajes en el hombro.

Viendo que toda resistencia era inútil, Alejandro se puso la camisa azul y los vaqueros que se había comprado en la ciudad, además de las botas.

La fiesta estaba en su apogeo cuando llegaron a uno de los establos más grandes de la finca, que no se utilizaba y que se había adornado para la ocasión. Había un bar en una esquina y un grupo de música country en la otra. Mesas alargadas, diseminadas por el amplio espacio, ofrecían un sitio para comer y beber a los cientos de invitados.

Había decenas de bonitas mujeres, con vestidos veraniegos. Pero, esa noche, solo una atrajo la atención de Alejandro.

Cecily llevaba un vestido naranja que parecía que le habían pintado sobre el cuerpo y que le llegaba a medio muslo, por lo que dejaba ver sus piernas bien torneadas, de las que él no podía apartar la vista. Cuando pudo hacerlo, el escote en forma de V le reveló más exquisitas curvas. No se necesitaba mucha imaginación para saber que el resto de su cuerpo, sin ropa, sería sensacional.

Apartó la tentación de sí mirándole el rostro. Por desgracia, también era tentador. Llevaba el cabello suelto e iba maquillada y con los labios pintados de un vívido rojo que, esa noche, la hacía parecer más una sirena que un ángel. Estaba preciosa.

Cecily volvió la cabeza como si hubiera percibido su mirada. Él sintió la necesidad de poseer algo que le estaba prohibido, lo cual era una experiencia a la que no estaba acostumbrado.

La deseaba. Poseerla contra una pared estaría bien, con las largas piernas de ella enlazadas en su cintura mientras él le daba todo lo que tenía. En realidad, cualquier postura serviría.

–Ya está aquí el niño bonito –murmuró Tony–. Me pregunto cuándo va a recibir el mensaje de que a ella no le interesa.

Alejandro no contestó, pues estaba ocupado observando al

hombre, alto y musculoso, que estaba al lado de Cecily. Rubio, guapo y muy seguro de sí mismo, Knox Henderson parecía saber lo que quería: la mujer que había a su lado.

«No es mi problema», se dijo. «No puede ser mía». Llevaba toda la semana diciéndoselo. Debiera haberse quedado esa noche en la cabaña, como había planeado.

Cecily tragó saliva mientras miraba a Colt. No escuchaba lo que Knox le decía. Al descubrir al hombre al que se había dicho a sí misma que no estaba esperando, la piel comenzó a arderle y se le aceleró el pulso.

Colt era un regalo del cielo para cualquier mujer. Le llamó la atención su mirada abierta y directa de franco deseo. Se le había olvidado ponerse la máscara que siempre llevaba.

–Vamos a bailar –le susurró Knox al oído–. Todavía no hemos bailado ni una sola pieza.

Porque ella no quería que se hiciese falsas ilusiones; porque él ya se había tomado dos whiskys, y Knox tenía las manos muy largas cuando bebía; porque solo quería bailar con Colt.

Knox dejó el vaso en una mesa y tiró de ella hacia la pista. Para empeorar las cosas, comenzó a sonar una melodía lenta, por lo que la atrajo hacia sí.

–¿Por qué te haces de rogar? –murmuró él–. Dame una oportunidad.

–Te he dicho muchas veces que no nos veo juntos.

–¿Por qué no?

–No es algo que te pueda explicar. O se siente o no se siente.

–Ni siquiera quieres intentarlo –Knox le deslizó la mano por la espalda hasta casi las nalgas–. Si llevas un vestido como este, ¿qué voy a hacer? Dime tu precio, cariño. ¿Quieres una cuadra con los mejores caballos del mundo? Es tuya. ¿Un casa en el sur de Francia? Te la regalo. ¿Dinero para gastos de mantenimiento? Te lo meto en tu cuenta.

–¿Gastos de mantenimiento?

–A la mayoría de las mujeres que conozco les gusta hacerse retoques para conservar su buen aspecto. Es como poner a punto un coche una vez al año.

Cecily lo miró con la boca abierta.

–Tengo veinticinco años, Knox. ¿Qué clase de mantenimiento crees que necesito?

–No he dicho que lo necesites, sino que la opción está ahí, en el

caso de que la desees.

Aquello iba a ponerse feo, si ella no tenía la boca cerrada. Alzó la barbilla y lo miró.

–Pues resulta que me interesa otra persona.

–¿Quién?

–Eso no importa.

–Claro que importa. Me muero de curiosidad por saber quién ha conseguido atravesar tu frígida fachada. Comenzaba a creer que era una hazaña imposible.

–Deja de comportarte de forma tan grosera –dijo ella mirándolo sin pestañear–. Retírate con elegancia.

–He recorrido cientos de kilómetros para verte, Cecily. Me he negado a ver a un cliente para estar aquí. Al menos podías haberme dado la bienvenida.

¡Maldita fuera Kay y su forma de entrometerse! Se produjo un tenso silencio mientras la música seguía sonando. Como esposa de Knox, sería un bien muy preciado que él habría comprado por su apariencia, un ornamento más para poner en la repisa de la chimenea. Knox no la entendería como lo hacía Colt.

Lo buscó entre la multitud. Estaba con un grupo de trabajadores que confraternizaba con los habitantes de la localidad. Sintió el puñal de los celos cuando una hermosa chica morena lo sacó a bailar. Ella le dijo algo que lo hizo reír mientras la tomaba en sus brazos. Tenía una risa sexy que ella no le había oído antes.

La antigua Cecily hubiera fingido que le daba igual, hubiera negado lo que sentía. La nueva se dio cuenta de que no podía hacerlo.

Alejandro se tomó una cerveza después de varios bailes. La morena seguía a su lado. Era preciosa y era su tipo, pero él detestaba la charla sin sentido, que parecía ser la única que ella conocía.

Miró a su alrededor. Cecily llevaba ausente más de media hora.

–¿Me perdonas un momento? –preguntó a la chica mientras dejaba la botella de cerveza–. Necesito tomar el aire.

Se marchó antes de que ella se ofreciera a acompañarlo y salió al exterior. Estaba desierto. Estuvo a punto de no ver a Cecily, que se hallaba con los brazos cruzados apoyados en la valla mirando el cielo cuajado de estrellas. Él se le acercó sigilosamente y adoptó su misma postura.

–¿Has dejado a la chica de tu club de fans ahí dentro?

Él no hizo caso de la pulla.

–¿Me vas a decir qué te pasa?

–He tenido una bronca con mi padre –dijo ella lanzando un suspiro–. Después, he discutido con Knox.

–¿Sobre qué?

–Le he dicho que no vamos a estar juntos. Pero no acepta una negativa por respuesta. Se ha enfadado y se ha portado de forma grosera.

–Pues que se enfade. Has tomado una decisión.

–Ya lo sé, pero es que nuestras familias son amigas. Además… –ella se mordió los labios–. Me ha llamado frígida.

Alejandro se agarró con fuerza a la valla. Estaría dispuesto a romperle la cara a ese tipo, si no fuera porque al hacerlo daría a conocer su verdadera identidad.

–Está enfadado. Olvídate de él. ¿Por qué te has peleado con tu padre?

–Por ti. Mi padre no quiere que trabaje contigo y con Bacchus. Le he dicho que me da igual, que ha llegado el momento de hacerme cargo de mi vida y mi carrera.

Señalarse no era lo que había pretendido Alejandro cuando había accedido a ayudarla con el caballo.

–Es mejor que vayas paso a paso –le aconsejó–. Date tiempo para pensar. Echar a rodar tu vida ahora no es buena idea, teniendo en cuenta a lo que te enfrentas.

–Tengo la sensación de que ya he malgastado demasiado tiempo.

–Eres muy joven. Tienes toda la vida por delante.

El grupo comenzó a tocar una nueva canción.

–Me encanta esa canción –dijo ella–. Es sobre una chica que solo consigue lo que no desea. Su maldición es pasar la vida sola –se apretó el pecho con el puño cerrado–. Me llega muy dentro.

Él se conmovió. No tenía que explicarle por qué le afectaba tanto la canción. Era ella.

–Baila conmigo –dijo él tendiéndole la mano.

Ella se apartó de la valla, enlazó sus dedos con los de él y le rodeó la cintura con la otra mano. Él supo, mientras la tomaba en sus brazos, que aquello era un error. Pero su vulnerabilidad siempre acababa venciéndolo.

Bailaron a la luz de la luna, en silencio. Ella se le acercó más y eliminó la prudente distancia que él había fijado entre ambos. Sus proporcionadas curvas rozaron el cuerpo de él, su sedoso cabello le acarició la mandíbula y su aliento se coló por el cuello abierto de su camisa.

–Cecily… –murmuró.
–Esto no funciona.
–¿El qué?
–Hacer como si no hubiese nada entre nosotros.
–Es lo que debemos hacer.
–¿Por qué? –preguntó ella desafiándolo.
–Ya te lo he explicado.
–Me deseas. Lo he visto en tu rostro esta noche cuando has entrado. Sabes que el beso que nos dimos fue fantástico.
–Pues ahí debe quedarse.
Ella se le acercó aún más y se puso de puntillas para susurrarle al oído.
–No puedo concentrarme. Solo pienso en ese beso y en ti. Mientras bailaba con Knox pensaba en ti.
A Alejandro, la sangre le resonó en las sienes. Iba a decirle que no habría más besos cuando alguien se acercó a ellos.
–Así que era esto –Knox Henderson emergió de las sombras fumando un puro. Miró a Cecily–. Si llego a saber que te gusta rebajarte y revolcarte con un mozo de cuadra, no te hubiera tratado con guantes de seda.
Lleno de ira, Alejandro apartó a Cecily y se enfrentó a Knox, que seguía fumando sin alterarse. Sus ojos vidriosos revelaban que se había tomado unas cuantas copas.
–Retira lo que has dicho y vuelve dentro –dijo Alejandro en voz baja.
–Es que me pica la curiosidad. Me da falsas esperanzar, deja que venga a verla, solo para que descubra que se acuesta con otro. No me puedes culpar por intentar saber quién es la competencia.
–Ya lo has hecho –dijo Alejandro al tiempo que daba un paso al frente y cerraba los puños–. Acepta que no le interesas y vuelve dentro.
–¿Aceptar que quiera tirarse a un mozo de cuadra? Lo siento, no tengo estómago para eso. Es demasiado.
–Te doy otra oportunidad –dijo Alejandro agarrándolo por el cuello de la camisa–. Discúlpate.
–Me temo que no voy a hacerlo –contestó Knox con una sonrisa malvada.
Knox le dio un puñetazo en la mandíbula que lo pilló desprevenido y Alejandro se lo devolvió. Cecily lanzó un grito y se interpuso entre ellos.
–Parad ahora mismo. Basta.
Consumido por la furia, Alejandro estuvo a punto de no hacerle

caso. Solo la expresión de pánico de su rostro lo detuvo.

Cecily fulminó a Knox con la mirada.

–Vuelve dentro ahora mismo –le ordenó.

–¿Sabes lo que te digo? –preguntó él sonriéndole con desprecio–. Tienes razón. No mereces la pena.

Cecily acompañó a Knox de vuelta a la fiesta y lo dejó con un grupo de amigos. Tomó un poco de hielo de una de las neveras y volvió a salir por la puerta trasera. Dio un rodeo para llegar a las viviendas de los trabajadores sin ser vista y llamó a la puerta de la cabaña de Colt, que le abrió al cabo de unos segundos. Ella le miró la marca roja en la mandíbula, que comenzaba a hinchársele.

–Lo siento mucho, Colt.

–Estoy bien. No pasa nada –dijo él llevándose la mano a la mandíbula.

–Se te está hinchando –Cecily levantó la bolsa de hielo–. Podemos ponerte esto.

–Puedo hacerlo yo –la corrigió él al tiempo que tendía la mano hacia la bolsa.

–Déjame entrar y te la pongo yo –dijo ella escondiéndosela tras la espalda–. Me siento culpable.

–Dame la bolsa, Cecily. Sabes que no es buena idea que entres.

–Déjame entrar y comprobar que estás bien. Luego me marcharé.

Se desafiaron con la mirada. Él dio un paso atrás.

–Muy bien.

Ella entró y se quitó los zapatos. La cabaña era muy básica: una cama grande, una cómoda, un sillón al lado de la ventana y una zona minúscula para cocinar, a la que Cecily se dirigió para envolver la bolsa de hielo en una toalla.

–Siéntate –dijo señalándole el sillón.

Él lo hizo. Ella se acomodó en el brazo del sillón y presionó la toalla contra la mandíbula de Colt, lo que hizo que se estremeciera.

–Knox te ha hecho daño.

–Podías haberme dejado que se la devolviera.

–Te hubiera costado el empleo –Knox se hubiera encargado de que así fuera.

Se produjo un silencio que Cecily acabó rompiendo.

–Hoy le he preguntado a mi padre por qué había discutido con mi madre el día en que ella murió. No ha querido decírmelo. Me ha dicho que fue algo entre mi madre y él, y que me olvide del asunto.

–Tal vez sea lo mejor. Los matrimonios acaban siendo inestables. Así es la vida.

–¿Es el matrimonio de tus padres difícil?

–Mis padres no tienen un matrimonio –contestó él con cinismo–, sino una relación abierta a la que recurren cuando la necesitan, y que es totalmente disfuncional y muy eficaz a la vez.

–Vaya, lo siento.

–No tienes que sentirlo. Estoy seguro de que funciona mejor que un buen porcentaje de los matrimonios norteamericanos.

Cecily estaba segura, aunque sabía que la magia existía porque sus padres se adoraban. Ella todavía no había hallado esa magia.

Las palabras de Knox resonaron en sus oídos. Tal vez fuera cierto que no era capaz de amar, de entregarse a otra persona.

–Sé que debiera olvidarme de lo que sucedió ese día, pero es que el comportamiento de mi madre fue muy extraño. Hubo algo que no encajaba. Puede que, si entendiera lo que pasó, pudiera olvidarlo.

–Tal vez te sentirías más confusa.

–Tal vez.

El sexy aroma masculino la envolvió. No tenía sentido usar esa colonia en la cuadra, pero pensó que ese olor especiado resaltaba la versión más urbana de Colt y que ella era incapaz de no hacer caso de las dos versiones de él: la sudorosa que veía en la cuadra y aquella maravillosa que la dejaba sin respiración. Ambas eran irresistibles.

Y, de repente, dejó de importarle lo que era sensato e inteligente, dejó de importarle concentrarse en su objetivo final. Tal vez fueran las crueles palabras de Knox o la humillación a la que la había sometido Davis, pero sintió la necesidad de saber que aquel beso con Colt no había sido simplemente flor de un día, que ella merecía la pena y que Knox se equivocaba.

–Colt… Deja que me quede.

–No –la respuesta fue implacable.

Ella se mordió los labios. Se tragó el orgullo, porque a veces se interponía a la hora de expresar lo que su corazón verdaderamente deseaba. Lo miró a los ojos.

–Esto no se me da bien, y lo sabes. Soy una experta en alejar a los demás de mí y en evitar relaciones estrechas. Puede que sea porque me han hecho mucho daño, muchas veces; o porque soy incapaz de hacerlo. Pero contigo, con la química que hay entre nosotros, es algo innato, está ahí. Y lo necesito esta noche. Necesito estar contigo.

–Cecily –dijo él con un destello de emoción en sus ojos que ella

no supo interpretar.

–Solo esta noche. Sé que te vas a marchar, y está bien que lo hagas, ya que mi carrera es para mí lo más importante, en estos momentos. Pero quiero saber si soy capaz contigo.

Capítulo 4

EL corazón de Alejandro dio un vuelco. Él podía haber aceptado cualquier cosa que le hubiera dicho ella y haber puesto freno a esa locura, pero aquello había sido como si le hubiera dado una patada en los dientes.

¿Cómo iba a acceder? ¿Cómo iba a rechazarla? ¿Cuánto le habría costado a ella exponerse de aquella manera? Y, sin embargo, lo había hecho.

Entonces, ¿le concedía la noche que le pedía?, ¿le demostraba, por una noche, que era especial, que valía mucho más que el imbécil de Knox Henderson?, ¿que debiera perseguir todo aquello que deseara? ¿Era una locura?

Por otro lado, ¿hasta qué punto podían empeorar las cosas más de lo que ya lo estaban? Había estropeado las cosas de tal manera que nada, salvo el hecho de que se iba a ir al día siguiente, iba a arreglarlas.

–Creo que no piensas con claridad y que mañana te despertarás y lo lamentarás.

–Sé lo que hago –afirmó Cecily negando con la cabeza.

Alejandro se consideraba un hombre honorable, un buen hombre. Pero, cuando ella se levantó y movió las manos hacia la cremallera lateral de su vestido, supo que no era un santo.

Mirándolo, ella se bajó la cremallera y dejó que el vestido cayera al suelo. A él se le secó la boca. La ropa interior de encaje que llevaba ella contrastaba con el dorado de su piel. Tenía un cuerpo perfecto que sobrepasaba sus fantasías anteriores.

–Cierra la puerta con llave –dijo él con voz ronca.

Ella apartó el vestido con el pie, se dirigió a la puerta y echó la llave. Al volver hacía él con paso confiado, a pesar de su casi desnudez, Alejandro supo que estaba perdido.

La sentó a horcajadas sobre sus muslos y la agarró por la nuca para acercar la boca de ella a la suya. Los besos lo encendieron. La

sostuvo con las manos en las caderas mientras se besaban, cada beso tan distinto de los que había experimentado antes, tan puro y real que se quedó sin defensas.

Impulsado por el deseo, la necesidad, de acariciar aquel hermoso cuerpo, deslizó las manos por la suave piel de su espalda. Ella lanzó un suspiró que lo hizo sonreír.

–¿Te gustan mis manos callosas?

–Tengo una fantasía –dijo ella echándose hacia atrás para mirarlo.

–¿Cuál?

–La noche que estábamos en la cuadra, cuando le estabas dando un masaje a Bacchus, me imaginaba tus manos en mí, cómo sería su tacto y qué harías con ellas.

–Será un placer demostrártelo, si me prometes acceder a una de mis fantasías.

–¿Cuál?

–Lo sabrás dentro de unos minutos –murmuró él al tiempo que se levantaba con ella y se dirigía a la cama.

Cecily lo observó mientras se quitaba la camisa.

–Tienes un cuerpo increíble.

Él tiró la camisa al suelo y se desabrochó el botón de los vaqueros.

–¿Los espectáculos de *strip tease* también están en tu lista de fantasías?

–Si eres tú, sí –respondió ella sonriendo.

Él se bajó la cremallera. Sus palabras lo habían excitado hasta ponerlo duro como una piedra. Se quitó los pantalones con un rápido movimiento y los echó a un lado con los pies. Al incorporarse vio que ella tenía los ojos clavados en sus boxers. Estaba muy excitado por el espectáculo, por la idea de poseerla.

–Puedo dejar las fantasías a un lado –murmuró ella.

–Pero ese no es el juego. Túmbate boca abajo.

Ella obedeció. Él la contempló. Tenía las nalgas más maravillosas que había visto en su vida: firmes y esculturales, tonificadas por horas en la silla de montar, eran lo mejor de su cuerpo.

Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. Se arrodilló al lado de ella y le puso la mano al final de la espalda. Ella se estremeció. Él deslizó la mano hacia arriba y luego la bajó pata acariciarle las nalgas y las piernas, mientras asimilaba cada curva de su cuerpo.

Instigado por el deseo, se sentó a horcajadas sobre ella, le puso

la boca en la nuca y la lamió. Ella arqueó la espalda y gimió.

–Eso no son las manos.

Él deslizó la lengua por la curva de su hombro.

–No te he prometido que fuera a usar únicamente las manos.

Ella no dijo ni una palabra.

Él pasó a masajearle la espalda explorando cada milímetro de su sedosa piel. Los gemidos de ella, la forma en que su cuerpo cobraba vida bajo sus manos, aumentaron su deseo. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no perder el control.

Por fin llegó a las nalgas. El tanga apenas las cubría. Las agarró, las apretó y las masajeó. Deslizó las manos para separarle los muslos y ella contuvo la respiración.

–Colt…

–Shhh –la besó el final de la espalda mientras le quitaba el tanga.

Ella comenzó a respirar rápidamente y tensó los músculos.

–Relájate –susurró él al tiempo que le acariciaba la parte interna de los muslos con mucha suavidad. Cuando ella se relajó, le colocó una almohada debajo de las caderas para elevarla. Le abrió más los muslos y le acarició con los nudillos el vello que cubría su carne más íntima. Ella se estremeció y se agarró al edredón.

Él la abrió con suavidad y la acarició de abajo arriba.

Ella se removió.

–Colt…

–Tranquila –le susurró al oído mientras la acariciaba con el pulgar una y otra vez, hasta que ella suspiró y comenzó a hacer presión contra el dedo.

Se humedeció bajo su mano. Él se mojó los dedos en su excitación y le introdujo dos. Su gemido de placer lo llevó al límite.

La besó en el hueco entre los omóplatos mientras metía y sacaba los dedos a un ritmo sostenido que sabía que la llevaría al clímax.

–Colt, por favor…

Su cuerpo se cerró con fuerza en torno a los dedos. Él descendió por la cama para utilizar la boca. La lamió de forma provocativa mientras seguía usando los dedos.

–Más –suplicó ella.

Él cerró la boca en la hinchada protuberancia del centro y succionó. Devoró a Cecily.

–Eres tan dulce –dijo con voz ronca, ebrio del sabor de ella.

Ella gimió y levantó las caderas. Él le introdujo los dedos con fuerza, una vez más, mientras la seguía lamiendo. Ella gritó y ocultó el rostro en el edredón. El sonido de su placer al alcanzar el clímax

fue lo más excitante que Alejandro había oído en su vida.

No se detuvo hasta habérselo hecho alcanzar dos veces.

Cecily miró los hermosos ojos oscuros de Colt cuando él le dio la vuelta y le acarició la mejilla.

–¿Se han cumplido tus expectativas?

A ella no le salían las palabras. No podía ser graciosa en ese momento. Estaba conmocionada.

Él le puso el pulgar en el labio inferior y lo presionó hasta que ella abrió la boca.

–¿Quieres saber cuál es mi fantasía?

Ella asintió, aunque no estaba segura de poder continuar.

–Que cabalgas sobre mí –murmuró él– con todo el control y la concentración que demuestras.

A Cecily, el corazón se le aceleró. Él se levantó y se quitó los boxers. Ella sintió una opresión en el pecho al contemplarlo tan excitado, tan duro, tan masculino.

–Me gustaría cambiar esa fantasía –murmuró ella mirándolo con deseo.

–No –él sacó la cartera de los vaqueros y extrajo un preservativo, que lanzó a la cama–. Tú has hecho realidad la tuya –afirmó él al tiempo que se tumbaba y la colocaba sobre sus caderas–. Ahora me toca a mí.

Se enrolló un dorado rizo del cabello femenino en el dedo y tiró de él para llevar la boca de ella a la suya. El apasionado beso borró a Cecily todas las alternativas que pudiera haber pensado.

–Pónmelo –murmuró él cuando se separaron para tomar aire. Le dio el preservativo.

–No se me da muy bien. Mi antiguo novio y yo… Yo tomaba la píldora.

Él no se burló ni la menospreció, como había hecho Davis, por ser tan inexperta.

–Te voy a enseñar –lo sacó del envoltorio y comenzó a ponérselo. Se detuvo a medio camino y le agarró la mano–. Ahora tú.

Le puso la mano en su excitada masculinidad y cerró la suya sobre la de ella para terminar de ponérselo. Ella contuvo la respiración cuando él se estremeció ante su contacto. Era lo más erótico que había experimentado en su vida.

–Eres hermoso –murmuró ella.

–No tanto como tú –dijo él. Una sensual promesa iluminó sus

ojos–. Ahora, móntame.

Aquella orden, que prometía un placer sin límites, le desbocó el pulso.

Se puso de rodillas, agarró su masculinidad y la situó frente a su centro. La intensidad del deseo que él le inspiraba casi le asustó. Descendió sobre la gruesa columna y lanzó un gemido al sentirla en su interior.

–Despacio –murmuró él, sin dejar de mirarla con ojos apasionados–. Estás hecha para tomar a un hombre, ángel mío.

Lenta y gradualmente, su cuerpo lo acomodó. Cuando él la hubo penetrado por completo, cuando ella lo hubo tomado todo de él, Alejandro lanzó una maldición.

–Cecily –dijo con una voz ronca que la acarició–, tienes que moverte antes de que me vuelva loco.

Se estaba conteniendo. Ella se mordió los labios. Excitarlo tanto, que él la deseara de aquel modo, cicatrizó una parte de ella que pensaba que nunca sanaría. Fue un momento espiritual tan intenso que tuvo que hacer una pausa para asimilarlo por completo apoyándose en los duros abdominales masculinos. En ese momento, se pertenecían el uno al otro.

–Cecily… –rogó él con desesperación.

Ella comenzó a moverse al tiempo que observaba el placer estallar en sus ojos. Le pareció un exceso de intimidad, pero no pudo apartar la vista porque, si aquella iba a ser su única noche con Colt, quería recordar cada segundo.

Totalmente excitada, hundiéndose en el placer que él le proporcionaba, comenzó a deslizarse hacia arriba y hacia abajo por su virilidad. Él la tocaba más profundamente cada vez que ella descendía. Colt la agarró de la mano y tiró de ella hacia él para meterse en la boca una de sus pezones, cubiertos de encaje. Ella lanzó un grito y él la succionó con fuerza.

–Qué bien –gimió ella al tiempo que se movía más deprisa.

Él cambió al otro pezón mientras empujaba con tanta fuerza que el placer estuvo a punto de hacerla estallar. Colt le agarró la cabeza para acercar su boca a la de él.

–Quiero que tus hermosos labios estén en los míos cuando llegue al clímax. Tienes un cuerpo tan dulce que alucino.

La asió de las nalgas mientras la embestía con tanta sensualidad que nuevos estallidos de placer recorrieron el cuerpo de ella. Él le mordió el labio inferior en el momento de alcanzar el clímax con roncos gruñidos.

Seducida por los sonidos guturales que él emitía, la invadió una

ola de placer que la dejó desmadejada, desparramada sobre su pecho.

Y después no hubo nada, salvo un abismo negro y delicioso.

Él la despertó antes del amanecer. Le agarró un seno, le empujó el muslo hacia delante y la penetró por detrás.

–Querías una noche –le susurró al oído–, pero vas a tener más.

Le acarició con un dedo la protuberancia del centro de su feminidad realizando círculos deliciosos que la excitaron de nuevo. Siguió acariciándola hasta que estuvo húmeda y gimió al tiempo que arqueaba la espalda contra él, pidiéndole que la poseyera.

En aquella postura, él tenía el control. De forma exquisita y pausada, sin la urgencia de la noche anterior, lo hizo durar eternamente. Después de un profundo y delicioso orgasmo, ella volvió a acurrucarse en sus brazos y se quedó dormida.

Cuando ella volvió a despertarse, había amanecido. Odiaba tener que marcharse, pero debía hacerlo antes de que notaran su ausencia y de que se dispararan los rumores. Se levantó, se vistió y salió sigilosamente de la cabaña. Con los zapatos en la mano, corrió hacia la casa.

De pronto, una noche le había dejado de parecer suficiente.

Alejandro se despertó y vio que Cecily no estaba.

–Mejor así –masculló mientras se iba a duchar. Por norma, no dejaba que una mujer durmiera con él, lo que evitaba despedidas incómodas. Cuando salió de la ducha había un mensaje de Sebastien en el móvil.

Solo te quedan unas horas para ganar la apuesta. El avión estará en la pista a las ocho de la tarde. Te vas por motivos personales que debes atender inmediatamente. Estoy deseando que me lo cuentes.

Tenía que marcharse lo antes posible, antes de que hiciera algo más de lo que tuviera que arrepentirse. Porque, desde luego, lo que había sucedido la noche anterior entre Cecily y él había sido una insensatez. El problema era que volvería a hacerlo de presentársele la ocasión.

Comenzó a realizar las tareas diarias y se sintió aliviado al saber que Cecily y Dale se habían marchado a ver un caballo, después de la abrupta partida de Knox Henderson esa mañana. Era mejor que

él, Alejandro, se marchara sin despedirse ni dar explicaciones.

Por muy verdaderos que fueran sus sentimientos hacia Cecily, por muy inacabadas que estuvieran las cosas entre ambos, nunca podrían estar juntos. No tenía nada que ofrecer a una mujer vulnerable como ella, salvo lo que le acababa de ofrecer: un aumento temporal de la seguridad en sí misma.

Las mujeres de su vida sabían perfectamente quién era y que solo constituían parte de su vida temporalmente. Él las mimaba y disfrutaba de ellas hasta sustituirlas por otras. Todos salían ganando. Pero Cecily no formaba parte de esa categoría.

A eso había que al añadir que él iba a arruinar la reputación de su familia. Estaba convencido de que ella no sabía nada del origen de su caballo ni de las transgresiones de los Hargrove. Pero el delito debía ser castigado. En cuanto Stavros le entregara las pruebas, se aseguraría de que se hiciera justicia a su abuela, como le había prometido.

Bacchus sería la única excepción en la venganza de los Salazar, ya que Alejandro se negaba a partirle el corazón a Cecily.

Capítulo 5

CECILY intentó recurrir al férreo control por el que era famosa mientras entraba cabalgando a medio galope en la pista de Ginebra para ver si conseguía clasificarse para el campeonato mundial. Pero estaba hecha un manojo de nervios.

Saludo a los jueces, respiró hondo y lanzando a Bacchus al galope efectuó el salto final. Después detuvo al caballo y, con el corazón en la boca, miró el marcador, entre los gritos de la multitud.

Había quedado la tercera.

Hasta que Dale no la bajó del caballo para abrazarla no lo asimiló. Lo había conseguido. Su sueño seguía vivo.

Eso no borraría el desafortunado año que habían tenido Bacchus y ella, pero serviría para convencer al comité de que se merecía un puesto en el equipo olímpico. Y todo se lo debía a Colt, que había hallado la clave para que Bacchus y ella recuperaran la seguridad. Colt, que ya no estaba cuando ella había vuelto de Maryland. Había regresado a casa por «motivos personales».

Al principio, ella se había preocupado y le había pedido a Cliff su número de teléfono para asegurarse de que estaba bien. Pero no había dejado número alguno. Era como si lo que habían compartido no significara nada para él.

Mientras atendía a la prensa, mantuvo una sonrisa forzada y deseó que Colt estuviera allí, lo que era ridículo. Ella sabía que se marcharía, y se había preparado. Lo que más le había dolido era que ni siquiera se hubiese despedido.

Sintió náuseas al finalizar la última entrevista y apenas consiguió llegar al cuarto de baño antes de vomitar.

Solo durante el vuelo de vuelta a casa, las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar. Mientras se preparaba para ir a Ginebra no había tenido el periodo. Lo había atribuido al estrés, pero… ¡Por Dios! ¡No podía ser! Colt se había puesto un

preservativo las dos veces que habían hecho el amor.

Una visita al médico le demostró que lo imposible era posible. Estaba embarazada, lo que volvió a convertir su vida, y su carrera, en un caos.

Muy pocas jinetes competían estando embarazadas. No merecía la pena correr el riesgo, lo que implicaba que no habría campeonato del mundo para Bacchus y ella ese año.

En estado de shock y terriblemente desilusionada, pasó los dos días siguientes como pudo. ¿Qué iba a hacer? El único pensamiento coherente que tenía era que Colt debía saber lo de su embarazo. Aunque no quisiera estar con ella, tenía derecho a saber que habían concebido un hijo.

Como le parecía un paso preferible a comunicarle a su padre que iba a tener un hijo de Colt, contrató a una detective privada. Cuarenta y ocho horas después, Victoria Brown llegaba al café donde habían quedado en verse, con un sobre en la mano.

Cecily miró con expectación a la atractiva mujer morena al tiempo que se le hacía un nudo en el estómago.

–¿Lo has encontrado?

–Sí, pero hay un ligero problema: Colt Banyon no existe.

Cecily, confusa, negó con la cabeza.

–Pero si me acabas de decir que lo has encontrado.

–He encontrado al hombre que fingía ser Colt Banyon. No hay ningún Banyon en Nuevo México relacionado con el hombre que trabajó aquí. Ese hombre se creó una falsa identidad.

El desconcierto impidió a Cecily pensar con claridad. ¿Por qué habría hecho eso Colt? ¿Qué tenía que ocultar? Debía de haber una explicación lógica.

–Comparé la foto que me diste con mi base de datos –continuó Victoria–. Colt se llama Alejandro Salazar. Él…

El ruido de la taza al romperse reverberó en el café y atrajo las miradas de los clientes. Cecily miró los trozos esparcidos por el suelo y, después, volvió a mirar a Victoria. Tenía que haber un error. Era imposible que Colt fuera Alejandro Salazar, el multimillonario heredero del mayor rival de su familia.

No había error alguno, le aseguró Victoria, mientras una empleada del café barría los trozos. Había seguido los movimientos de Alejandro durante esos días, y este había estado en Kentucky. Colt era Alejandro.

Cecily, totalmente aturdida, se quedó sentada después de que Victoria se hubiera marchado. Estaba embarazada del hijo de Alejandro Salazar. Era incomprensible. Había vistos fotos de él

hacía años, pero en ellas aparecía afeitado y no se parecía en nada al hombre que había trabajado en Esmerelda.

Trató de encontrarle algún sentido. ¿Qué hacía Alejandro allí? ¿Por qué se había hecho pasar por un mozo de cuadra?

Nunca había entendido la ridícula disputa entre las dos familias. Había pedido a sus padres que se lo explicaran muchas veces, pero solo le habían dicho que el increíble rumor de que la descendencia de Zeus le había sido robada a los Salazar era una idea delirante de Adriana Salazar.

La presencia de Alejandro en Esmerelda, ¿tendría algo que ver con eso? ¿Estaba dispuesto a hacer daño a su familia?

La asaltó la sensación de haber sido traicionada. Creía que conocía a aquel hombre, que él se había preocupado por ella, que la había aceptado tal como era. ¿Cuándo aprendería?

Davis también la había convencido de que deseaba estar con ella. Y ella estaba tan segura, tan convencida de que la quería, que se había dedicado a mandar invitaciones de boda antes de enterarse, tres semanas antes del casamiento, gracias al que sería el padrino, que estaba borracho, de que su prometido tenía una amante que pretendía conservar, y de que, en lugar de ser el amor de la vida de Davis, era un partido políticamente ventajoso, que él había elegido por su apellido y su fortuna.

«No seas ingenua», le había dicho él, enfurecido, cuando ella había anulado el compromiso. «El matrimonio no tiene nada que ver con el amor». Pero ella había sido así de ingenua, ya que resultó que era la única que no sabía nada de los escarceos de su prometido.

Se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre. Se había prometido que no volverían a hacerla sufrir ni a utilizarla de aquel modo. Había intimado con Colt, con Alejandro, precisamente porque creía que era distinto.

Había vuelto a comportarse como una estúpida.

Miró el sobre que estaba en la mesa. Debía irse a casa inmediatamente a contárselo a su padre. No sabía qué intenciones tendría Alejandro. Pero no podía hacerlo, debido al secreto que guardaba y a que su futuro dependía de averiguar la verdad.

Y solo la averiguaría en Nueva York.

Capítulo 6

TENGO la prueba.

Alejandro se levantó del sillón con el móvil en la oreja y se acercó a uno de los ventanales de su despacho, desde el cual se divisaba el río Hudson.

–¿Qué grado de fiabilidad tienen los resultados?

–Son irrefutables.

–¿Me los mandas por mensajero? –preguntó Alejandro lleno de satisfacción.

–Ya están de camino. ¿Tendrás ahora más tiempo para tus amigos? A este paso, va a llegar la fiesta de Sebastien y no nos habremos visto.

–Es culpa suya que esté desbordado. Si la maldita fiesta fuese para celebrar otra cosa que no fuera su primer aniversario de boda, le diría que no puedo ir.

–¿No sientes curiosidad por conocer a su esposa?

Una inmensa curiosidad. Conocer a la mujer que había conseguido conducir a Sebastien al matrimonio encabezaba su lista de prioridades. Por desgracia, la cantidad de trabajo que tenía, tal vez se lo impidiera.

–Mi curiosidad tendrá que esperar un par de semanas.

–¿Conoces a un tal Brandon Underwood? Es un antiguo conocido de mi esposa. Se dedica a las carreras de caballos.

–Sí, es un niño de papá que aspira a seguir los pasos de su padre y llegar a ser senador. La familia se preocupa tanto de mantener una buena reputación que seguro que tienen mucho que esconder.

–Bueno es saberlo.

–¿Estás celoso?

–No –Stavros no quiso añadir nada más–. ¿Vas a llevar a una belleza a la fiesta de Sebastien?

Alejandro aún no lo había decidido. Dado que era el único que se presentaría sin pareja, había estado tentado de llamar por

teléfono a la abogada que había conocido en el gimnasio unas semanas antes. Era una hermosa morena que le había dado evidentes muestras de que esperaba su llamada. Pero él no la había llamado.

No conseguía olvidarse de una voluptuosa rubia que había cabalgado sobre él y lo había dejado con ganas de más.

–Tal vez vaya solo –murmuró distraído. En ese momento, su secretaria, Deseree, asomó la cabeza por la puerta del despacho y le hizo la señal con la mano de que le quedaban cinco minutos–. Tengo una reunión, así que voy a colgar. Hasta la semana que viene.

Alejandro se guardó el móvil en el bolsillo y rebuscó entre los papeles que había sobre el escritorio. Con el ceño fruncido, se dirigió a la puerta.

–Des, no encuentro el informe de… – las palabras se le congelaron en la boca al reconocer a la mujer que había frente al escritorio de su secretaria.

Vestida con un ajustado vestido de color crema y unos zapatos de tacón, y con la rubia melena suelta, Cecily parecía una elegante neoyorquina. Estaba preciosa. Pero lo que le llamó la atención fue el brillo glacial de sus ojos.

Ella lo sabía.

Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué demonios hacía allí?

Deseree los miraba claramente fascinada.

–Dile a mi padre que empiece la reunión sin mí –dijo él mientras pensaba que tenía que solucionar aquello a toda prisa.

Alejandro indicó con un gesto a Cecily que entrase en el despacho. Ella lo hizo. Su espalda y sus perfectas nalgas, que el vestido realzaba, le produjeron una oleada de lujuria que desafiaba toda racionalidad. Tuvo que decirse que no era el momento ni el lugar.

Cerró la puerta y se dispuso a enfrentarse a ella. Con los puños cerrados y las mejillas arreboladas, era evidente que estaba furiosa. Alejandro pensó que lo mejor era comenzar disculpándose.

–*Eu sinto muito*, Cecily –murmuró mirándola a los ojos–. Lo siento mucho. No era mi intención hacerte daño. Sabes que intenté que no pasara.

Ella levantó la mano y le dio una bofetada.

–Me lo merezco. Me merezco que estés furiosa. Pero vamos a sentarnos y a hablar como seres racionales. Voy a explicártelo.

–¿Como seres racionales? –preguntó ella con los brazos en jarras–. ¿Quieres que me comporte como un ser racional? Entraste a

trabajar para mi familia con engaños. Me mentiste a mí y a todos los que confiábamos en ti. Tienes suerte de que no te haya denunciado.

–No me he saltado ninguna ley –bueno, tal vez un par de ellas poco importantes–. Solicité el empleo, me aceptaron y llevé a cabo mi cometido.

–¿Por qué? ¿Qué hacías allí?

–Tu familia le había robado algo a la mía –contestó él apoyando la cadera en el escritorio–. Fui a buscar pruebas.

–¿Hablas de Zeus? ¿Tiene algo que ver con el ridículo rumor que mencionaste cuando fuimos al lago?

–No es un rumor. Tu abuelo, de forma ilegal, cruzó a su yegua Demeter con Diablo cuando este había sido prestado a un criador norteamericano, lo que implica que los caballos con los que concursáis no descienden de quien decís. Es falso y tengo pruebas.

Ella se puso muy pálida.

–¿Qué pruebas?

–Han hecho una prueba de ADN de Bacchus. Es irrefutable que desciende de Diablo, no de Nightshade.

–No me lo creo –susurró ella–. Mis padres me dijeron que no era verdad.

–La prueba se ha hecho en un laboratorio de fama internacional. No hay duda de su veracidad.

Ella se dirigió a la ventana y apoyó la mano en el cristal con el cuerpo vibrante de emoción. Él tuvo que reprimir el impulso de tocarla, de consolarla, porque ya no podía hacerlo. Se había convertido en su enemigo.

Ella se volvió y se recostó en el poyete.

–Aunque sea cierto, hace décadas que sucedió. Es agua pasada. ¿Por qué no lo olvidas?

–Porque tu familia robó algo a la mía y se ha aprovechado de ello no solo económicamente, sino también adquiriendo una reputación que, además, ha arrojado a la cara de la mía. Fue un delito, y hay que pagar por él.

–A Adriana la mueve el resentimiento. Mi abuela y ella eran grandes rivales en este negocio. Adriana no aceptó que mi abuela acabara siendo la mejor. Pero está muerta, Alejandro.

–Tu familia sigue aprovechándose de lo que robó y ha despojado de esa gloria a mi abuela. No descansará hasta enmendar la historia.

–¿Por qué no siguió adelante? Tuvo tantas oportunidades como nosotros de cruzar a Diablo. Tal vez nosotros nos limitásemos a

hacerlo mejor.

Él se estremeció ante la típica respuesta de superioridad de los Hargrove.

–Diablo estaba enfermo al volver a Bélgica. No fue capaz de engendrar más descendientes. El último fue Zeus.

Era evidente que ella no estaba al tanto de toda la historia, de hasta qué punto su familia había destruido el legado de su abuela.

–¿Qué piensas hacer?

–Llevarlo a juicio y conseguir la reparación de todos los daños que se le debe a mi abuela. Dar a conocer que el legado de los Hargrove se basa en una mentira.

–Mi padre no lo consentirá. Lo único que vas a conseguir es crear un circo mediático y que el apellido de nuestras familias se vea arrastrado por el fango para obtener una verdad que hace tiempo que carece de significado.

–Es una cuestión de honor, algo que tu familia no conoce.

–Honor, ¿a qué precio?

Parecía tan pequeña, tan conmocionada, tan vulnerable, que se le encogió el corazón.

–He insistido en dejar al margen a Bacchus. No quiero que os separéis. No puedo hacer más.

–Qué generoso. Vas a salvar a Bacchus y a destruir a mi familia.

Él la examinó y vio que las sombras oscuras bajo sus ojos eran nuevas. Puesto que había acabado la tercera en Ginebra, no entendía de dónde procedían. ¿Por qué tenía el aspecto de que una corriente de aire podía arrastrarla?

–¿A qué has venido? –preguntó él en voz baja. ¿Cómo te has enterado?

–He contratado a una detective privada –lo miró durante unos segundos como si mantuviera una batalla en su interior–. ¿Fue algo de todo ello real?

Era la oportunidad de poner orden en aquella situación, de cortarla. Dejar que ella creyera que no había significado nada para él, a la larga, les facilitaría las cosas a los dos. Pero era incapaz de hacerle daño, como lo había sido desde el principio.

–Sí, lo que hubo entre nosotros fue real, Cecily. Pero fue un error por mi parte. No debería haber ocurrido.

–Tienes razón. Te rogué me que me llevaras a la cama y eres tan hombre que, amablemente, me hiciste ese favor.

–No fue eso lo que pasó –dijo él avanzando hacia ella.

–Para que quede claro –apuntó ella al tiempo que levantaba la mano para detenerlo–, si crees que estaba suspirando por ti, si crees

que estaba tan enamorada, después de la noche que me concediste, que no podía estar lejos de ti, debo decirte que la razón de que contratara a la detective para que te buscara fue que estoy embarazada, Alejandro. ¿Qué te parece? ¿Cómo encaja en tu plan de venganza?

–No es posible. Utilizamos preservativo.

–Los preservativos fallan. Es evidente que lo hacen, ya que dos pruebas de embarazo y un médico han confirmado que es posible.

Alejandro notó que le temblaban las rodillas. No le preguntó si el hijo era suyo porque sabía que era así.

La habitación comenzó a darle vueltas. Le pareció que había perdido el control de la barca de su vida y que esta se hundía hacia un fondo fangoso.

–Es evidente que tenemos que hablarlo.

–¿Eso crees? Intentas arruinar a mi familia, Alejandro. Me mentiste desde el momento en que nos conocimos. ¿Por qué motivo iba a hablar de forma civilizada contigo sobre nuestro bebé? Creo que esta conversación se ha acabado.

–Cecily…

–Ni siquiera sé quién eres. ¿Cómo voy a confiar en ti? –le preguntó mirándolo a los ojos.

Dicho lo cual, dio media vuelta y se marchó.

Alejandro pensó que necesitaba un whisky, pero, en lugar de tomárselo, se dirigió a la sala de juntas, donde tenía lugar la reunión del consejo de administración. Antes, sin embargo, llamó a su chófer para pedirle que siguiera a Cecily cuando saliera del edificio. Dejarla suelta en Nueva York con aquella explosiva noticia era un riesgo que no estaba dispuesto a correr, ya que podía provocar un escándalo.

Su padre, Estevao Salazar, estaba hablando cuando él tomó asiento. Estevao se calló y lo miró. Alejandro no le prestó atención y le indicó con un gesto que continuara. Él se sentía incapaz de hacerlo.

¿Cómo había sido tan estúpido para arriesgarse de aquel modo con Cecily? Sabía perfectamente que no era buena idea tener una aventura con ella. ¿Y qué había hecho? Dejar que la lujuria y la debilidad por una rubia vulnerable y de grandes ojos azules anularan su buen juicio.

Su padre pasó al primer punto del orden del día. Alejandro se recostó en la silla. Aquello era un desastre. No era una exageración

que su abuela se negara a pisar una habitación donde hubiera un miembro de la familia Hargrove. Y todo sucedía cuando Stavros le acababa de proporcionar la prueba que necesitaba para poner de rodillas a la familia de Cecily.

¿Qué diría su familia, la de él, cuando le anunciara despreocupadamente que iba a tener un hijo con una Hargrove? ¿Qué iba a decir Clayton Hargrove cuando su hija le contara que estaba embarazada de él?

Si él estaba metido en un lío, la situación de ella era peor. No podría competir en el campeonato del mundo; al menos, no debería hacerlo, lo cual supondría para ella un terrible golpe, después de haber recuperado la posición que le correspondía.

Se preguntó cómo estaría Cecily. Mal, a juzgar por la palidez de su rostro y las ojeras. Se había tenido que enfrentar a todo aquello sola. El hecho de haberla engañado solo empeoraba la situación.

Se removió en la silla. Tenía calor. Se aflojó la corbata. Tendrían aquel hijo, desde luego. A pesar de que le aterrorizara el compromiso, se trataba de su carne y de su sangre: de su heredero. La paternidad era una responsabilidad de la que no iba a evadirse, sobre todo después del mal ejemplo que le había dado su padre.

A Estevao Salazar solo le había preocupado educar a su sucesor, no a su hijo. Su insaciable deseo de poder y de la adulación que lo acompañaba había dividido a la familia. La madre de Alejandro se había marchado al otro lado del océano a proseguir con su carrera ecuestre cuando el matrimonio se divorció. A Alejandro y a Joaquim, su hermano, los habían mandado a un internado norteamericano.

Sin embargo, tenía la certeza absoluta de que su hijo tendría el amor y la estabilidad de los que Joaquim y él nunca habían gozado en su infancia. No pasaría el miedo que él había pasado ni dudaría de cuánto lo valoraba su padre.

Eso le llevó a reconocer que lo correcto sería casarse con Cecily para poder proporcionar al niño ese entorno estable que él no había tenido. Era indudable que eso crearía problemas. Su abuela se pondría hecha una furia. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Cecily le caía bien. Admiraba su valor y su fuerza. Y era innegable la química que había entre ellos. Y puesto que nunca había pretendido casarse por amor, ya que contemplaba el matrimonio desde un punto de vista práctico, y puesto que pensaba dar el salto cuando hubiera llegado el momento apropiado, era evidente que el momento había llegado.

Eso no eliminaba la bruma que le invadía el cerebro ni la

aprensión que sentía al tener que adelantar cinco años su plan de vida.

En el descanso, su padre se le acercó y lo miró con enfado.

–Muy amable de tu parte que te hayas dignado a venir.

–Lo siento. Tenía un asunto urgente del que ocuparme.

–Pues procura dejarlo listo antes de esta noche. Cenamos con los escandinavos. Quiero cerrar el trato.

–No voy a poder ir.

–¿Cómo dices?

–Llévate a Joaquim –dijo Alejandro al tiempo que se encogía de hombros–. Ha sido él quien ha llevado las negociaciones.

–¿Qué demonios te pasa, Alejandro? ¿Cuáles son tus prioridades? Primero, tus dos semanas de vacaciones imprevistas en un momento de mucho trabajo, ¿y ahora esto? ¿Qué hay más importante que esa reunión?

«Evitar un escándalo familiar. Encontrar a Cecily antes de que tome un avión».

–Un asunto personal – se enfrentó a la furia paterna con una mirada firme–. Como tú has tenido una buena cantidad de ellos, estoy seguro de que lo entenderás.

Cecily deambulaba por la suite del hotel preguntándose qué hacer. Su enfrentamiento con Alejandro la había desequilibrado.

Debería haber ido a verlo con un plan trazado. Necesitaba un plan. Pero no tenía ninguno, lo cual era un problema a la hora de tratar con Alejandro Salazar, uno de los hombres más poderosos del mundo. Totalmente al mando en su despacho, situado en un rascacielos, completamente seguro de su poder, era un hombre resuelto, capaz de hacer lo que fuera necesario para lograr lo que se proponía: destruir a su familia.

Como no tenía hambre, a pesar de que había pedido que le subieran la cena, se acercó a la ventana que ocupaba toda la pared frontal de la suite. Manhattan centelleaba en todo su esplendor, un espectáculo tan distinto del que acostumbraba a contemplar en Kentucky que la solía fascinar. Pero esa noche nada conseguía penetrar en su aturdido cerebro.

El legado familiar se basaba en una mentira. Sus padres llevaban mintiéndole toda la vida. Lo que eso podía significar para su familia y su carrera le asustaba. Perder todos los caballos, salvo Bacchus, arruinar el apellido familiar… Pero también había otro sentimiento presente: la decepción.

¿Qué se esperaba? Sabía que Alejandro no era Colt, el hombre del que se había enamorado; sabía que él le diría algo que no quería oír. Ya había pasado antes por eso, por la desilusión de enterarse de que alguien no era quien fingía ser. Por tanto, ¿qué problema había?

¿Que había deseado que él fuera ese hombre que la había abrazado y consolado?, ¿que fuera quien había hecho el amor con ella tan apasionadamente que parecía que significaba algo para él? No se podía ser más estúpida.

Sus palabras le resonaron en el cerebro: «Sabes que intenté que no pasara».

Tenía razón. Había intentado por todos los medios apartarse de ella, demostrarle que no era sensato lo que había entre ellos. Había sido ella la que lo había perseguido, la que no lo había dejado en paz, la que lo había seducido.

Aunque él la hubiera engañado, ella también era responsable de lo sucedido.

El timbre de la puerta la devolvió a la realidad. La cena. Se dirigió a la puerta y la abrió.

Alejandro, que había sustituido el traje por unos vaqueros de diseño y un polo rojo, se hallaba apoyado en el marco de la puerta. El corazón de Cecily comenzó a latir desbocado. Afeitado, con su sensual boca relajada y sus ojos oscuros fijos en ella, no la intimidaba menos que vestido con traje. Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

–¿Cómo me has encontrado?

–Le pedí a mi chófer que te siguiera.

Por supuesto. Ella alzó la barbilla.

–Te he dicho que no quiero seguir hablando contigo.

–Si fuera así, te habrías marchado esta tarde. Vamos a tener un hijo, querida, así que tenemos que hablar de lo que vamos a hacer. ¿O acaso vas a volver a casa y a decirle a tu padre que estás embarazada de mí, sin haber trazado previamente un plan?

–Te odio –susurró ella.

–Me parece bien –afirmó él en tono razonable–. Pero seguimos teniendo que hablar.

Tenía razón. Ella retrocedió para dejarlo entrar. Él se quitó los zapatos, italianos y hechos a mano, y echó una mirada a su alrededor.

–Bonita suite.

–Era la única habitación que les quedaba –ella lo observó mientras se dirigía al mueble bar y se servía un whisky.

–Hace seis horas que tenía que habérmelo tomado –murmuró él antes de dar un buen trago.

Ella se cruzó de brazos mientras él la examinaba de arriba abajo.

–¿Has comido?

–He pedido que me suban la cena

– Muy bien. Estás pálida. Tienes que conservar las energías.

–¿Porque tengo que comer por dos? –se burló ella–. No hace falta que finjas que te importa, Alejandro. Ya me he caído del guindo.

–Me importa, Cecily –afirmó él con una leve sonrisa–. Te dije eso antes de que supiera lo del embarazo. De hecho, todo lo que te dije en Kentucky era verdad; todas las emociones que expresé eran reales. Solo te mentí sobre mi identidad porque tuve que hacerlo.

Ella ansiaba creerle, creer que algo de todo aquello era verdad, que lo que habían compartido había sido verdad. Pero sería una estúpida si lo hacía, más estúpida de lo que ya había sido.

Él señaló el sofá que había frente a la ventana.

–¿Y si nos sentamos?

–Prefiero seguir de pie.

–Muy bien –él se sentó en un sillón y estiró las piernas–. Vamos a tener ese hijo, Cecily.

–Por supuesto que lo vamos a tener. Que lo voy a tener –se corrigió–. No pensaba hacer otra cosa.

–Bien. Y, para que quede claro, cuando digo que vamos a tenerlo me refiero a los dos. Vamos a ser los padres, lo que implica que tenemos que estar juntos para hacerlo.

–¿Qué quiere decir «juntos»? –pregunto ella frunciendo el ceño.

–Que vamos a casarnos.

A ella le fallaron las piernas y se sentó en el sofá.

–Supongo que no hablarás en serio.

–Claro que hablo en serio –sonrió–. Por eso te he dicho que nos sentáramos.

–¿Crees que se puede basar un matrimonio en una mentira?

–Lo que hay entre nosotros no lo es. Es algo bueno. Tú misma lo dijiste. Una conexión orgánica no se puede inventar.

–Una conexión que has destruido con tus mentiras.

–Una conexión que he dañado con mis mentiras. Creo que se puede reparar.

–¿Cómo? Deposité mi confianza en Colt, en el hombre al que creía conocer, y él la desperdició.

–Me la volveré a ganar. El hecho de que vayas a tener un hijo mío lo cambia todo. No es mi intención renunciar a los derechos

que tengo sobre ese niño ni tú tampoco vas a hacerlo, lo que implica que hay que buscar el modo de que esto funcione. Y, para que funcione, tenemos que allanar el camino para nuestras familias, hallar el modo de resolver su disputa, por lo que seré yo quien inicie el proceso.

–Antes has dicho que tu abuela no descansará hasta haber logrado vengarse.

–Si le presentamos nuestra relación como un hecho consumado, no tendrá más remedio que darse por vencida. Puede que le baste una disculpa por parte de tu familia, una aceptación pública del delito cometido.

–Mi padre no estará de acuerdo. Preferirá que el asunto se arrastre durante años en los tribunales a mancillar el apellido familiar.

–Entonces es un estúpido. Los Salazar somos diez veces más ricos que tu familia. Perderá.

–Podrías hacer esa concesión con independencia de que nos casemos o no. Podríamos establecer la paz entre nuestras familias y educar juntos al niño, sin necesidad de casarnos.

–Ese niño es un Salazar, Cecily, mi heredero. Él, o ella, no será ilegítimo.

–Aunque consigamos resolver la disputa familiar, tú y yo no nos conocemos. ¿Cómo vamos a lograr que nuestro matrimonio funcione?

–La química es el ingrediente primordial de una buena relación –sus ojos, tan familiares y desconocidos a la vez, se posaron en los de ella–. Ya hemos demostrado que existe entre nosotros, tanto en la cama como fuera de ella. También hemos demostrado que somos un buen equipo. ¿Qué más se puede pedir?

¿Amor? Eso que ella anhelaba, pero que no sabía si existía. Al menos para ella.

–El sentido práctico –murmuró Alejandro viendo que ella vacilaba– es la base de un matrimonio. No ese cuento de hadas que tratan de vendernos, con un final feliz que no existe.

–Mis padres estaban enamorados –afirmó ella en voz baja–. Por eso mi padre es como es, porque no ha superado la muerte de mi madre.

–¿No es mejor evitar eso y basar la relación en el pragmatismo en vez de en el afecto? No voy a mentirte prometiéndote cosas en las que no creo, Cecily. Pero sí creo que esto puede funcionar. Piensa en lo bien que estábamos en Kentucky.

Ella no quería pensar en eso porque no sabía si había sido

verdadero ni si él la estaba engañando en ese momento para conseguir lo que quería para su hijo. Aunque, reconoció, era imposible olvidar con qué paciencia la había ayudado a reconstruir su relación con Bacchus, a reconstruirse a sí misma en las difíciles semanas que habían pasado juntos.

Examinó los duros rasgos de su rostro. ¿Había fingido el profundo interés que había desplegado? ¿Por qué iba a haberlo hecho cuando no tenía motivo alguno, sino, más bien, todos los motivos para hacer lo contrario?

–¿Por qué me ayudaste con Bacchus?

–No soportaba verte sufrir –respondió él en voz baja–. Aunque me dije que no era buena idea, aunque traté de inmunizarme contra ti, me volviste loco.

A ella se le contrajo el corazón. Sentimiento y emociones que consideraba producto de su imaginación y de su ingenuidad volvieron a ella de forma confusa. Se levantó y se acercó a las ventanas.

–Esto es absurdo.

–No estás sola, Cecily. Estoy aquí.

Ella se volvió y apoyó las manos en el poyete.

–¿Y todas las mujeres que pareces poseer para cada acontecimiento social? ¿Quieres que me crea que vas a renunciar a tu soltería y a casarte conmigo porque vamos a tener un hijo?

–Resulta que me gusta la idea de que seas mi esposa –afirmó él sonriendo–. Nunca nos faltará la pasión. Estoy seguro de que será más que suficiente para evitar que me descarríe.

Su arrogancia la golpeó en medio del pecho, justo donde Davis le había hecho pedazos el corazón.

–Si estoy tan loca como para casarme contigo –dijo con voz gélida–, lo cual es bastante dudoso, no toleraré la infidelidad. Al menor signo, me marcharé.

Él se levantó y se le acercó.

–Era broma –murmuró–. Mi padre tiene una aventura detrás de otra. Yo nunca me comportaría así en nuestra relación.

–Entonces, ¿era verdad lo que dijiste aquella noche sobre la relación disfuncional de tus padres?

–Todo lo que te conté era cierto –la miró a los ojos–. Ahora ¿vas a decirme a qué viene esa cara?

Ella negó con la cabeza. No iba a contárselo cuando él la había engañado.

–Muy bien. Pero me lo contarás, Cecily, porque vamos a recuperar la confianza mutua.

–Si fuera inteligente, me montaría en un avión ahora mismo y me iría a casa, porque esto no es sensato. No debiera confiar en ti.

–Pero lo haces. Lo has hecho desde el principio. Me conoces, Cecily. Confía en mí y hagamos esto juntos.

–Necesito tiempo para asimilarlo y decidir lo que voy a hacer.

–De acuerdo. Tienes una semana.

–¿Una semana?

–Es una situación explosiva que no se debe prolongar. Además, a finales de mes, tengo que ir a una fiesta de aniversario a Inglaterra. Si nos vamos a casar, debieras ser la mujer que me acompañe.

–¿Te refieres a que no tienes a otra haciendo cola? –detestó sentir la garra de los celos.

–Muy graciosa –murmuró él mirándola a los ojos–. Es que he tenido problemas para quitarme de la cabeza a una rubia. No dejo de recordar cómo enlazaba su cuerpo en el mío, que cabalgó sobre mí como nadie lo había hecho antes, sus gemidos cuando le separaba los muslos, su dulce sabor… Quiero más.

Un calor desenfrenado se apoderó de las mejillas de Cecily. Él esbozó una sonrisa de satisfacción.

–Estamos bien juntos, cariño, y lo sabes. Solo tienes que reconocerlo.

–No voy a tomar una decisión basándome en nuestra… compatibilidad sexual. Sería una estupidez.

–Pues tómala basándote en la racionalidad. Tu vida ha cambiado radicalmente. Debes dejarme que tome el control y lo solucione. Tenemos que formar un hogar para ese niño. Es la única solución.

Cecily fue a decirle que no era así, pero él agarró el vaso y vació su contenido, antes de dirigirse a la puerta.

–Cuando te hayas decidido –dijo volviendo la cabeza–, comunícamelo.

Y se marchó.

Capítulo 7

CECILY dio a un descansado Bacchus el último puñado de su desayuno preferido, subida a la valla que cercaba el prado donde se hallaba pastando el animal.

Era evidente que el caballo disfrutaba del descanso después del entrenamiento intensivo recibido, y se dedicaba con alegría a pastar con sus congéneres. Su ama, sin embargo, seguía luchando contra la desilusión de ver que su sueño se había evaporado.

Esa mañana había llamado al presidente de la comisión decisoria para contarle lo de su embarazo y decirle que no podría participar en el campeonato del mundo.

Y aún no se lo había dicho a su padre. Iba a hacerlo ese día porque era el límite que Alejandro le había impuesto para decidir si se convertiría o no en su esposa.

Ya sabía cuál era la decisión que debía adoptar, pero le daba miedo manifestarla en voz alta.

No podía criar a un niño sola después de haber perdido a su madre tan joven. Ese vacío siempre la acompañaría y no quería hacerle eso a su hijo. Tampoco podía limitarse a contemplar la destrucción de su legado, a ver cómo se llevaban sus queridos caballos y que todo lo que habían conseguido su madre y su abuela desapareciera. Porque sabía que Alejandro ganaría esa batalla.

Eso le dejaba una única opción: casarse con él. Había cumplido su palabra y, esa misma semana, había volado a Bélgica para convencer a su abuela de que aceptara una disculpa pública de la familia Hargrove, en compensación por su delito. Luego había llamado por teléfono a Cecily para decirle que, si se casaban, compraría una propiedad en el estado de Nueva York donde ella podría construir la cuadra de sus sueños, lejos de la opresiva presencia de su padre.

Un generoso gesto de buena voluntad, muy tentador, pero que no serviría para comprar su confianza en él. Esa se la debía ganar.

Se mordió los labios mientras contemplaba el cielo azul de Kentucky. Tenía miedo de abandonar su vida e irse a Nueva York como esposa de conveniencia de Alejandro. La idea de dejar su hogar le resultaba insoportable.

Volvió a acariciar a Bacchus detrás de las orejas y se dirigió a la casa y a lo que en ella la esperaba de forma inevitable. La puerta del despacho de su padre estaba cerrada. Iba a dar media vuelta cuando unas voces masculinas airadas la dejaron clavada en el sitio.

Una era la de Alejandro.

No podía ser.

Saltándose las normas de etiqueta que le habían inculcado desde el nacimiento, abrió la puerta y entró. Su padre, vestido con pantalones y una camisa, se hallaba de pie frente a Alejandro, que estaba guapísimo con un traje azul oscuro y una corbata a juego.

El corazón se le desbocó. Su padre le dirigió una mirada gélida.

–Dime que no es verdad.

Ella tragó saliva mientras le temblaban las rodillas.

–¿El qué?

–Que vas a tener un hijo suyo.

–Sí –dijo en voz baja mirando a su padre a los ojos–. Es verdad. Iba a contártelo hoy, pero ya veo que Alejandro se me ha adelantado.

–¿Hoy? –vociferó su padre–. Sabías que él había venido aquí de manera fraudulenta, sabías lo que planeaba, ¿y no me lo dijiste? ¿Te había fascinado hasta tal punto que estabas ciega?

–Tú sabías lo de Zeus –contestó Cecily, furiosa–. Lo de Bacchus… Me mentiste, papá.

–Te estaba protegiendo de sus mentiras –gritó él–. ¿Cómo has podido ser tan estúpida? Creí que te había educado para que fueras una mujer sensata.

Alejandro se acercó a ella y le pasó el brazo por la cintura.

–No hable así a su hija.

–No te metas –su padre seguía mirándola–. Los Salazar están dispuestos a arruinar nuestro apellido y tú les haces el juego.

–Ya lo arruinó el abuelo. Se saltó las leyes al hacer lo que hizo. Les robó.

–No es verdad. Adriana no ha superado la envidia que le causó el triunfo de Harper, nuestro triunfo, por lo que decidió mancillar nuestro apellido con sus lunáticas afirmaciones.

–Alejandro tiene pruebas. La verdad debe saberse, papá. Basta ya de mentiras.

Su padre se volvió hacia Alejandro.

–Sal ahora mismo de mi propiedad. Nos veremos en los tribunales.

–No seas corto de miras –dijo Alejandro–. Acepta lo que te ofrece mi abuela. Es lo máximo que vas a conseguir. Discúlpate públicamente y olvidemos este asunto.

–¿Crees que voy a poner en peligro una dinastía de siglos por ofrecer a tu familia una disculpa por algo que no sucedió? –negó con la cabeza–. Esto nunca llegará a un juzgado porque me encargaré de retrasarlo eternamente mediante trabas legales.

A Cecily se le cayó el alma a los pies. Si no fuera cierto lo que su abuelo había hecho, no habría necesidad de ir a los tribunales, ya que la verdad saldría a la luz.

¿Sobre qué más le había mentido su padre?

–¿Estás dispuesto a arriesgar la felicidad de tu hija para perpetuar una mentira? Si lo haces, Clayton, no habrá paz entre nuestras familias, y tu nieto se encontrará en el medio.

–No será así, ya que la justicia le dará la custodia a Cecily. Siempre falla a favor de la madre.

–Puede ser –contraatacó Alejandro con frialdad– pero, en este caso, es irrelevante, ya que Cecily se va a casar conmigo.

El rostro de Clayton se puso ceniciento.

–No es verdad.

Furiosa con los dos, a Cecily le hubiera encantado mandarlos a freír espárragos. Pero había tomado una decisión: el bebé crecería con sus dos progenitores.

–Es verdad. Me voy a casar con Alejandro. Así que, papá, más vale que vayas pensando cómo acabar con esta disputa.

–Una hija mía no se casará con un Salazar. Si sales por esa puerta con él, considérate expulsada de esta familia.

A Cecily se le hizo un nudo en el estómago.

–No hablas en serio.

–Si te quedas –dijo su padre al tiempo que se cruzaba de brazos–, lo solucionaremos. Si te marchas, tendrás que arreglártelas sola.

–Ve a hacer la maleta. Mandaremos que recojan tus cosas más adelante –dijo Alejandro.

–¿Quieres que me vaya contigo ahora? –preguntó ella.

–¿Quieres quedarte?

Una mirada al rostro de su padre la convenció de que no quería hacerlo. Había tomado una decisión. Debía marcharse.

Alejandro se pasó el vuelo de vuelta a Nueva York trabajando en los dos contratos que estaban en el aire después de su rápido viaje a Bélgica y a Estocolmo: el acuerdo con los suecos que había estado negociando junto con su hermano Joaquim y la adquisición de una empresa cafetera colombiana que la familia Salazar llevaba décadas deseando comprar.

Pensó que estaba bien que Cecily tuviera tiempo de calmarse con el desfile de chóferes, empleados de aduanas y auxiliares de vuelo. Era evidente que estaba furiosa con él, cuando lo único que había querido hacer había sido ayudarla, dada la aprensión que había demostrado a la hora de tener que hablar con su padre.

Después de haber hecho escala en tres países en cuarenta y ocho horas para solucionar el problema que ella también había contribuido a crear, Alejandro no estaba de buen humor. Su abuela lo había acusado de falta de juicio y de lealtad, cuando le había hablado de su relación con Cecily.

Cerró el ordenador portátil con más fuerza de la necesaria. Las palabras de Adriana lo habían herido, ya que procedían de quien le había enseñado lo que era el honor, de quien había sido una guía en su vida. Que hubiera puesto en duda su lealtad le había enfurecido. Que, para introducir algo de sensatez en la situación, él se hubiera visto obligado a mentirle diciéndole que estaba enamorado de Cecily, empeoraba las cosas.

De todos modos, su abuela había accedido de mala gana al compromiso que le pedía, la oferta que Clayton Hargrove había rechazado de forma tan estúpida. A Alejandro solo le cabía esperar que el padre de Cecily recapacitara.

Por desgracia, su prometida no se había calmado al llegar a casa. En el momento en que entraron en su casa de Nueva York, de cinco plantas y situada en el Upper East Side, lo atacó con los ojos centelleantes de furia.

–¿Por qué lo has hecho? –le espetó–. Solo has conseguido empeorar las cosas.

–Todo saldrá bien –murmuró él mientras cerraba la puerta–. Te lo prometo. Tu padre se calmará, traeré tus caballos a Nueva York, buscaremos un sitio para tenerlos y tendremos una buena vida juntos.

–No lo entiendo –dijo ella como si no lo hubiese oído–. ¿Eres tan obtuso que no se te ha ocurrido que yo sabría cómo manejar este asunto correctamente?

–Entonces, ¿por qué no lo has hecho? ¿Qué hacías?, ¿esperar que te llegara la inspiración divina?, ¿que las musas te dieran

permiso? Puede que, si tu padre se hubiera recuperado de la sorpresa de tu embarazo, habría sido capaz de tener en cuenta mi oferta.

–Iba a hablar con él después de haberlo hecho contigo. Lo habría convencido. Pero no, tú has tenido que entrar como un elefante en una cacharrería.

–No es eso lo que he hecho –dijo él con suavidad, aunque estaba empezando a perder la paciencia–. He esperado al último día del plazo. He intentado ayudarte. Perdona si no he utilizado la diplomacia que deseabas.

Ella parpadeó.

–¿Cómo que has intentado ayudarme?

–Parecías insegura acerca de contárselo a tu padre. Creí que sería mejor hacerlo juntos.

–Lo has hecho tú solo. Careces de sensibilidad. Eres el típico macho.

Por amor de Dios. ¿Así iba a ser su matrimonio? ¿Una discusión detrás de otra? ¿Precisamente lo que se había prometido que no sería?

Entendía que ella se hubiera enfadado, que su vida se hubiera vuelto del revés, pero lo mismo le había sucedido a la suya. Se iba a casar con ella e iba a ser padre.

–Y, después –continuó ella, incapaz de parar–, has tenido el valor de suponer que iba a aceptar tu proposición de matrimonio antes de darte mi respuesta.

–Pero ibas a aceptarla. Solo por curiosidad, ¿por qué ibas a hacerlo?

–Mi madre murió cuando tenía catorce años. Pasé unos años cruciales en mi formación sin una influencia femenina. No voy a privar a mi hijo de su padre.

–Entonces, estamos de acuerdo en que se trata de pensar primero en el niño.

Ella asintió contra su voluntad.

–Voy a enseñarte tu nueva casa –dijo él alegremente–. Creo que te encantará vivir aquí.

–Nunca me encantará vivir en Nueva York, al menos no como me gusta vivir en Kentucky. Es emocionante, claro, pero me da la impresión de que, aquí, no puedo respirar.

–Te aseguro que puedes; yo lo hago todos los días –le indicó el salón con un gesto de la mano–. Tú primero.

Le enseñó la lujosa residencia, por la que había pagado veintitrés millones de dólares. El salón tenía dos alturas, las paredes

eran de ladrillo visto, así como la chimenea. El comedor era magnífico.

Alejandro pensó que los aposentos de la niñera, la sala de yoga y el jardín le gustarían, pero ella no abandonó su pétrea expresión durante todo el recorrido. Él renunció a su entusiasmo cuando subieron al primer piso, donde se hallaba el dormitorio principal, de enormes ventanas y chimenea. Allí la dejó para que descansara antes de la cena.

Debía de haber perdido el juicio para haber pensado en casarse con ella. Su futura esposa no solo era persona non grata para su familia, sino que distaba mucho de ser la solución práctica que había contemplado. Era como acabar teniendo un coche de carreras extremadamente temperamental cuando lo que realmente uno deseaba era un elegante sedán.

Cecily sabía que se estaba comportando como una arpía, pero estaba tan enojada con Alejandro por lo que había hecho, tan conmocionada por los acontecimientos de aquel día, que creyó que era preferible no decirle nada a soltarle algo que no debiera.

Cuando se sentaron a cenar en la terraza, pensó que ya controlaba sus emociones. La terraza era un oasis, un pedazo de paraíso en medio de Nueva York, lo cual contribuyó a tranquilizarla, a pesar de que estar sentada frente a Alejandro, vestido con unos vaqueros y una camiseta, y descalzo, no la calmaba en absoluto.

–¿Y esto? –preguntó ella indicando con la mano a su alrededor mientras Faith, el ama de llaves, recogía los platos de la ensalada para servirles café y té–. ¿Por qué una casa en vez de un ático de soltero desde donde gobernar el mundo?

–Ya basta de comentarios maliciosos, *meu carinho*. No tienes cinco años, sino veinticinco

Ella se recostó en la silla. Se había puesto colorada.

–La casa –prosiguió él– supuso una sorpresa para mí. Pensaba comprar algo más fácil de mantener, pero mi agente me la enseñó. Puede que fueran los muchos años que pasé en un internado, que me fueran arrastrando de Bélgica a Brasil al vivir mis padres separados. Me di cuenta de que me gustaba la idea de tener una casa.

–¿Dónde fuiste a la escuela?

–En New Hampshire. A los seis años, mis padres me mandaron a un internado para la élite. Su plan era aumentar las operaciones de

la familia Salazar en Estados Unidos, así que era lógico que mi hermano y yo estuviéramos allí. Mi padre viajaba constantemente y mi madre se pasaba casi todo el tiempo en Europa, dedicada a su carrera ecuestre.

Seis años. El corazón de Cecily dio un vuelco. Siempre le había parecido que un internado era algo inhumano. Pero, además, siendo él tan pequeño…

–Debió de resultarte difícil vivir lejos de tu familia.

–Era lo único que Joaquim y yo conocíamos. La vida en casa era un infierno, por lo que preferíamos estar en la escuela. Nos teníamos el uno al otro. Los veranos y las vacaciones escolares las pasábamos en Bélgica, con mi abuela.

Ella tuvo la impresión de que el Colt reservado que había conocido en Kentucky se parecía mucho al hombre sentado frente a ella, conformado por sus más tempranas y dolorosas experiencias. Tomó un sorbo de té antes de preguntarle:

–¿Qué pasó con el matrimonio de tus padres? ¿Habían estado enamorados?

–Locamente, según mi abuela. Hubo unos años apasionados hasta que mi padre se desinteresó, pocos años después del nacimiento de Joaquim. Es algo habitual en los tiempos en que vivimos, pero mi madre, como te puedes imaginar conociendo su carrera, no es de esas mujeres que prefieren hacer la vista gorda.

»Furiosa, lo amenazó con divorciarse, sin resultado, por lo que se dedicó a tener aventuras para recuperar a mi padre, cosa que no consiguió. Al final, se dio por vencida y se trasladó definitivamente a Bélgica sin disolver el matrimonio y sin intentar continuarlo, ya que el arreglo funcionó para los dos.

Y dejaron en la estacada a sus hijos, pensó ella.

–¿Qué relación tienes ahora con ellos?

–Mi padre y yo nunca nos hemos entendido. Siempre se ha centrado en los negocios, excluyendo todo lo demás. Mi madre se encerró en sí misma tras la separación y se dedicó a montar a caballo y a la enseñanza. No sería exagerado afirmar que conoce mejor a algunos de sus alumnos que a Joaquim y a mí.

Cecily sintió una opresión en el pecho. Su padre también se había encerrado en sí mismo después de la muerte de su madre y parecía que no tenía nada que ofrecer a su hija.

–Una infancia así debió de ser difícil –dijo ella en voz baja.

–¿De ahí mi oscura opinión sobre el amor? –Alejandro hizo una mueca–. Fue un alivio que mis padres se separaran definitivamente. Mi madre estaba más contenta y la relación se tornó civilizada, sin

tensiones. Eso me hizo ver que un matrimonio de conveniencia como sería el nuestro puede funcionar. Todos quedamos contentos y nadie sufre.

Ella se preguntó si sería cierto. ¿Su matrimonio con Alejandro era una opción mejor que su profundo deseo de ser amada? Después de lo que le había sucedido con Davis, no estaba segura de que no lo fuera.

–No obstante, que sea práctico no será suficiente para mi abuela. La única forma de que estuviera de acuerdo en aceptar las disculpas de tu familia ha sido hacerla creer que estamos locamente enamorados. Ansía conocerte y conocer nuestros planes de boda. Le dije que iríamos a verla cuando volviéramos de Inglaterra.

¿Planes de boda? ¿Conocer a Adriana? A Cecily se le encogió el estómago.

–No puedo pensar en la boda hasta que mi padre ceda. Siempre creí que me casaría en Esmerelda.

–Entonces, una fecha a principios de octubre supondrá un incentivo para hacerlo entrar en razón. No me preocupa que se sepa que nuestro hijo ha sido concebido fuera del matrimonio, pero quiero que estemos casados cuando se descubra.

–Pero solo faltan dos meses para octubre. No podemos organizar la boda tan deprisa.

–Otros lo harán por nosotros.

–¿Y cómo vamos a hacer público que vamos a tener un hijo? Por ejemplo, en esa fiesta de aniversario en Inglaterra. Creo que es muy pronto para decirlo.

–Estoy de acuerdo. Si no lo mencionamos inmediatamente, será más fácil que la gente crea que se trata de un matrimonio por amor. Es algo que tenemos que conseguir que piensen en Inglaterra. Será una fiesta a la que acudirá gente muy importante y muchos periodistas. Como será nuestro debut en público, tendremos la ocasión de transmitir con claridad el mensaje a todos, incluyendo a tu familia y a la mía, de que nuestra unión es real y de que no tienen más remedio que aceptarla.

Cecily notó un nudo en la garganta. Todo aquello era demasiado repentino: la boda precipitada, el bebé para el que no se hallaba preparada, la tensión emocional de aquel día. O tal vez únicamente fuera que, solo unas semanas antes, se había vuelto loca por el hombre que ella creía que él era. Entonces, haber fingido que sentía algo por él no hubiera sido un problema, sino una realidad.

–Hablando de bebés –dijo él sirviéndose una segunda taza de café–, mi secretaria te ha concertado una cita con el mejor

ginecólogo de Manhattan. Lo mejor es que vayas a conocerlo cuanto antes.

Para asegurarse de que el heredero de la familia Salazar estaba sano, pensó ella. Al fin y al cabo, era la razón por la que él estaba allí.

–Es tarde. Pareces agotada. Ve a acostarte. Yo iré dentro de unos minutos, cuando haya acabado de mandar unos correos electrónicos.

Ella se tensó al oír una nueva orden. Pero era cierto: estaba agotada. Subió las escaleras hasta el dormitorio arrastrando los pies.

¿Suponía él que iban a dormir juntos? Se dijo que era lo más probable. Cuando llegó a la habitación, Faith había deshecho la maleta y había guardado sus cosas en los armarios mientras ellos cenaban. Sus artículos de tocador se hallaban ordenados en el cuarto de baño.

Los miró sin saber si estaba lista para aquello. Desde luego que no.

Se dio una ducha fría para tratar de recuperar el equilibrio. Pero, según transcurrían los segundos, se iba poniendo más nerviosa. Tendría que acabar compartiendo la cama con Alejandro y conociendo a todos los niveles al hombre complejo con el que había accedido a casarse. Pero, primero, debía volver a confiar en él. La había engañado, y no le iba a resultar fácil perdonarlo.

Se puso su camisón preferido y. con el pulso acelerado, se cepilló el cabello frente al espejo del dormitorio.

Alejandro entró unos segundos después. Sin afeitar, como en Esmerelda, con una mirada precavida y el rostro marcado por la fatiga, se quitó el reloj de oro y lo dejó en la cómoda. Ante su evidente agotamiento, ella se sintió culpable.

–Siento haberme comportado como lo he hecho hoy. Estoy abrumada y sobrepasada por los acontecimientos.

La expresión de Alejandro se dulcificó. Tras haber dejado los gemelos en la cómoda, se situó detrás de ella y le puso las manos en las caderas. Ella dio un respingo al sentir su contacto y él la sujetó con más fuerza.

–Intenta relajarte. Nunca reniego de una promesa, Cecily. Haré que esto salga bien.

–¿Y si mi padre no me llama? –su mirada buscó la de él en el espejo–. ¿Y si no cede? Las cosas no siempre han ido bien entre nosotros, pero mis caballos y él son lo único que tengo.

–Cederá porque te quiere. Y ahora me tienes a mí y la vida que construiremos juntos. Piensa en esto como una oportunidad de ser

algo distinto de una Hargrove, de ser lo que quieras. De todo eso hablamos en Kentucky. Te dije que tendrías todo mi apoyo y lo tendrás.

Por primera vez ese día, Cecily estuvo a punto de creer que todo saldría bien, porque él no aceptaría otra cosa.

Alejandro le quitó el cepillo de la mano y lo dejó en la cómoda.

–Tienes razón –dijo en voz baja– cuando dices que no esperé a que me hubieras respondido, que me limité a asumir que serías mi esposa. Dicho eso, espero que esto sirva para compensar la falta de una proposición romántica.

A ella se le secó la boca cuando él le tomó la mano izquierda y le puso un anillo en el dedo. Engarzado en platino, un diamante resplandecía rodeado de otros diminutos.

Era lo más bonito que había visto en su vida.

–Creo que se adecúa a tu vibrante personalidad –murmuró él–. Pero, si no te gusta, diré que te hagan otro.

¿Que si no le gustaba? ¿Había encargado que lo hicieran para ella? Le pareció que se derretía.

–Es perfecto –contestó ella con voz ronca–. Es el que yo hubiera elegido. Gracias.

Él le acarició con el pulgar la mano que le había agarrado.

–Debes llevar el anillo adecuado cuando entres en la fiesta conmigo. Creo que este valdrá.

Ella se puso tensa y toda su emoción se evaporó.

«¡Por Dios, Cecily! Contrólate. Ya sabes lo que es esto», se dijo.

–Es perfecto –se soltó de su mano–. Creo que tienes razón. Necesito dormir. Seguro que me siento mejor por la mañana.

–¿Por qué no ahora? –le susurró él al oído– Estamos prometidos, por lo que no hay motivo alguno para contenernos.

Una oleada de recuerdos seductores invadió los sentidos de Cecily. Los apartó con decisión. Era la esposa de conveniencia de Alejandro, la que iba a darle un hijo, nada más. Lo mismo que había sido para Davis. Para que aquella relación sobreviviera era fundamental que no perdiera la cabeza con respecto a su futuro esposo.

–Claro que lo hay –se escurrió de entre sus brazos y se volvió a mirarlo–. Necesitamos tiempo, Alejandro, para hacer que todo sea más fácil, para que yo vuelva a confiar en ti, para que sepa quién eres.

Él frunció el ceño.

–Ya sabes quién soy. Hemos hablado de cosas profundas, íntimas. Eses soy yo.

–Creí que lo sabía –le corrigió ella–. Ahora no sé qué creer.

Él la miró durante unos segundos con los dientes apretados.

–Muy bien, tómate el tiempo que necesites. Pero la imagen que debemos dar en público no es negociable. Pareceremos estar locamente enamorados en la fiesta, aunque tengas que representar el mejor papel de tu vida para conseguirlo. ¿Está claro?

–Como el agua –murmuró ella–. Empezaré a ensayar ahora mismo.

Capítulo 8

ALEJANDRO se pasó las dos semanas siguientes trabajando día y noche para adelantar trabajo antes del viaje a Inglaterra. Dedicó la mayor parte del tiempo a la multimillonaria adquisición de la compañía cafetera colombiana. Consciente de que su prometida se hundía, aunque hacía todo lo posible para mantenerse a flote, se llevaba trabajo a casa y cenaba con ella todas las noches.

Eso también le permitía acercarse a su otro objetivo: demostrar a Cecily que podía fiarse de él, que era el mismo hombre al que había conocido en Kentucky. Comenzó a contarle cosas de sí mismo que rara vez contaba con el propósito de que ella lo imitara. Llevaría tiempo, pero comprobaba que, lentamente, ella iba bajando la guardia y él comenzaba a ver destellos de la mujer que había conocido: la Cecily abierta y vulnerable que, en el fondo, era.

Le enfurecía que su padre no la hubiera llamado para hacer las paces. Parecía que pretendía llevarse el delito de los Hargrove a la tumba antes que consentir que manchara el apellido familiar. Era como si le importara más su legado que su hija, de la que había renegado.

Se daba cuenta de que aquello estaba destrozando a Cecily. Lo veía en sus expresivos ojos azules. En un intento de proporcionarle alguna distracción, adelantó los planes de comprar la finca en el estado de Nueva York. Mientras su agente inmobiliario buscaba la propiedad ideal, le pidió a Cecily que trabajara con un arquitecto para explicarle cómo sería la cuadra de sus sueños. De esa manera la mantuvo ocupada, devolvió el brillo a sus ojos y estableció un proyecto en el que trabajar juntos.

Cuando se subieron al jet de la familia Salazar para ir la fiesta de aniversario en Inglaterra, habían conseguido tener una relación civilizada. Que ella lo siguiera excluyendo de su vida era otra historia. Aquello no podía continuar si, ese fin de semana, pretendían fingir un amor que no existía, ni tampoco si querían

salvar la distancia que los separaba. En aquel momento, eliminar dicha tensión, devolver a su vida el orden que tenía antes de su viaje a Kentucky era su máxima prioridad.

Al observarla, acurrucada en su asiento junto a él, mientras el avión se elevaba sobre el mar, la deseó. Vestida con unos leggings y un jersey, revisaba los planos del arquitecto.

¿Qué aspecto tendría cuando comenzara a notársele el embarazo? Se imaginó que sus curvas aumentarían con el bebé, lo cual despertó en él un poderoso sentimiento de posesión. Le resultaría aún más deseable, si eso era posible.

Se acarició la barbilla. Estaba descubriendo que la frustración sexual no era un estado que le gustase.

–¿Estás contenta? –preguntó él indicándole los planos con la cabeza.

–Sí, se van aproximando a lo que quiero.

–Enséñamelos.

Ella se levantó y se sentó en el brazo del asiento de Alejandro para mostrárselos. Eran impresionantes. Ella había pensado en todo: compartimentos espaciosos para cada caballo, pasillos muy anchos para cepillarlos, una zona para lavarlos y pistas cubiertas y al aire libre para dar clases, lo cual tenía en cuenta el tiempo que hacía en Nueva York. Sabía que ella quería dedicarse a entrenar a jóvenes jinetes, igual que su madre.

Él señaló una de las pistas al aire libre.

–Esta podría ir al lado de la de los caballos mayores. Los jóvenes tienden a imitar sus buenos hábitos.

–Buena idea –apuntó ella, y le preguntó si tenía otras. Como a él le gustaba el tema, le sugirió pequeños retoques aquí y allá. Cuando hubieron acabado, ella enrolló los planos.

–Háblame de tus amigos. No sé nada de ellos.

Era algo que él ya debía haber hecho, pero había estado preocupado por muchas cosas. La tomó de la mano y le acarició la palma con el pulgar.

–Tengo tres amigos íntimos. Sebastien Atkinson fue quien fundó el club de deportes extremos al que nos apuntamos todos cuando estábamos en la universidad. La fiesta a la que vamos es la de su aniversario de boda con Monika.

»Stavros trabaja en la industria farmacéutica y su base de operaciones la tiene aquí, en Nueva York. Es todo un personaje. Entenderás lo que quiero decir cuando lo conozcas. Se acaba de casar con una mujer griega, Calli, a la que aún no conozco. No serás la única cara nueva. Antonio –concluyó– es el dueño de una de las

empresas constructoras más grande del mundo. Se acaba de casar con la madre de su hijo, un niño al que no conocía hasta hace unas semanas.

–¿Y eso? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Leo es el resultado de una antigua aventura entre Sadie y él. No sé por qué ella no le contó lo de su hijo. Supongo que me enteraré cuando lo vea.

Ella asintió e hizo ademán de levantarse, pero el le presionó la mano con el pulgar para que no lo hiciera. Ella lo miró con los ojos oscuros de deseo, pero también de precaución. Alejandro comenzaba a odiar aquel permanente estado de cosas, sobre todo porque era culpa suya.

–Es evidente que tendré que besarte este fin de semana –dijo él con voz ronca–. ¿Retomamos la práctica?

Ella se quedó inmóvil. Cada poro de su cuerpo delataba su vacilación, lo que hizo que él maldijera para sí. Le estaba demostrando que podía confiar en él de todas las maneras posibles. ¿Qué más podía hacer?

–Alejandro…

–Olvídalo. Tengo trabajo.

Alejandro tenía una actitud hostil cuando llegaron a Waldenbrook, la maravillosa finca de Sebastien en el condado de Oxford, situada en medio de un bosque.

Tal vez Sebastien les propusiera, ese fin de semana, una de sus crueles carreras de obstáculos, lo que podría ayudarle a eliminar parte de su frustración.

–Este fin de semana no –Sebastien defraudó sus esperanzas al recibirlos en las escaleras de la entrada. Tenía a su esposa agarrada por la cintura–. A mi sobrina Natalia le encantan los saltos ecuestres, por lo que, este fin de semana, vamos a celebrar el concurso del condado.

Alejandro frunció el ceño. ¿Un concurso hípico? Su desengaño se evaporo al ver la palidez de Cecily.

Sebastien los miró alternativamente.

–Por supuesto. Mira que soy tonto. Debes participar, Cecily. Tenía que habértelo dicho. Puedes montar uno de los caballos de Natalia.

–He dejado de montar durante una temporada –Cecily se esforzó en sonreír–. Será poco tiempo, por el compromiso y mi traslado a Nueva York.

–Pero debes venir a animar a Natalia. Estará encantada.

Cecily no movió un músculo, a pesar de que ese día habían

anunciado la composición del equipo que participaría en el campeonato mundial americano. Se había publicado en todos los periódicos, al igual que especulaciones sobre los motivos de que ella no estuviera.

Él sabía que se sentía fatal, aunque no daba muestras de ello.

–Claro, yo también –murmuró ella.

Sebastien los dejó para que se instalaran en su habitación antes de bajar a tomar una copa. Un miembro del personal les llevó las maletas.

–No lo sabía –susurró Alejandro a Cecily.

–No importa –contestó ella encogiéndose de hombros.

Desde luego que importaba. Cecily trató de recuperar el equilibrio mientras los conducían a la espléndida suite, en el segundo piso, con un bonito balcón. Parte de la preparación mental que había llevado a cabo para ese fin de semana había consistido en prometerse no pensar en su carrera ni en su familia. En lugar de eso, se había visto lanzada a un mundo que trataba de evitar y en el que debía fingir ser la enamorada prometida de Alejandro ante sus amigos.

¿Cómo iba a hacerlo teniendo que asistir a un concurso hípico?

Se acercó a la ventana y contempló el paisaje inglés. A lo lejos vio que se estaban realizando los preparativos del concurso.

–Es para ti.

Se volvió. Alejandro le tendió un sobre. Ella lo tomó y lo abrió. Era una nota de su anfitriona.

Cecily:

Espero que vengas mañana a las ocho a la Rose Room a desayunar. También he invitado a Sadie y Calli. Me gustaría aprovechar esa oportunidad para conoceros mejor.

Monika

Alejandro le echó una ojeada por encima de su hombro.

–Monika te caerá bien.

Ella asintió.

–Voy a bañarme antes de que se nos haga tarde.

Sumergida hasta la barbilla en un baño de espuma, trató de tranquilizarse. Lo que había pasado entre ellos en el avión no la ayudaba.

Las dos semanas anteriores, él había sido como una roca en

medio de la tormenta, en todos los sentidos. Al notar lo desorientada que ella estaba, le había dado carta blanca para diseñar la cuadra de sus sueños y habían trabajado codo con codo en sus planes, en un intento, ella lo sabía, de distraerla, pero que también la había confundido.

Había empezado a conocerlo en esas cenas tranquilas en las que hablaban de la futura cuadra. Había comenzado a adivinar algunas de las capas de su compleja personalidad. Era cierto que era duro y cruel a la hora de conseguir lo que quería, pero también había visto destellos del hombre al que había conocido en Kentucky, brutalmente sincero y con una entereza de carácter en el que ella se apoyaba.

Si, como empezaba a creer, era el hombre al que había conocido, ¿por qué le resultaba tan difícil dar el siguiente paso y confiar en él? ¿Tenía tanto miedo de volver a equivocarse después de lo que Davis le había hecho que ya no confiaba en su propio juicio? Un miedo que Alejandro había exacerbado al haberla engañado.

¿O lo que más temía era que él fuera el hombre que ella creía y su poder de atracción? Eso podía hacerle perder la cabeza por él, algo que no podía permitirse en el acuerdo de conveniencia al que habían llegado.

Sabía que era ella la que debía dar el siguiente paso, pero no sabía cuál debía ser.

Se sentía paralizada, completamente insegura sobre lo que hacer.

Cecily estaba muy callada. En su vida, Alejandro había oído las suficientes veces a numerosas mujeres decir «estoy bien» cuando no lo estaban para saber que ese era el caso de ella. Pero no quería decirle qué le pasaba. Él suponía que se debía al concurso hípico, pero ¿quién sabía? Ese ejercicio de adivinación continua lo estaba volviendo loco.

Dio un poco de espacio a Cecily mientras se duchaba y vestía. Espacio era lo que él necesitaba cuando perdía el equilibrio. Tal vez fuera también lo que ella precisaba.

A las siete en punto se dirigió al salón de la suite y halló a Cecily vestida y lista para bajar.

El vestido de seda color zafiro le quedaba demasiado corto, en su opinión, y unos zapatos de tacón realzaban sus magníficas piernas. Solo había una cosa que un hombre querría hacer con un

vestido como aquel, pero era algo que no se podía llevar a cabo en público.

Ella murmuró que iban a llegar tarde. Él apartó la vista de sus piernas.

–Estás rígida –afirmó él mientras la tomaba de la mano y bajaban la escalera.

–No te preocupes, no te decepcionaré. Ya me siento locamente enamorada.

Él se detuvo en el pasillo que conducía a la terraza. Apoyó la mano en la pared y la miró.

–¿Qué te pasa?

–Nada.

Él odió el tono calmado de su voz.

–¿Es por el concurso de mañana?, ¿o por lo que nos han dicho hoy?

–No.

–Entonces, ¿qué es?

–Nada. ¿Qué te ocurre? Llevas días diciéndome lo importante que es esta noche, lo mucho que significan tus amigos para ti, y, cuando intento centrarme en lo que quieres que finja ser, pareces molesto.

–Lo estoy. Me estás volviendo loco.

Ella lo miró con los ojos como platos. Él se le acercó como llevaba semanas sin hacerlo y observó las finas arrugas de tensión que le rodeaban la boca y la cautela que había en sus ojos.

–Si estás estresada –murmuró–, debes decírmelo. Antes hablabas conmigo. ¿Por qué no lo haces ahora?

–No lo sé.

–Esto no va a funcionar a menos que empieces a confiar en mí.

La expresión de ella era de confusión e indecisión.

–Lo intento, Alejandro…

Él dio el último paso que los separaba. Ella se sonrojó y lo miró con las pupilas dilatadas.

–¿Qué haces?

Él la agarró de la barbilla y bajó la cabeza. Sus alientos se mezclaron de forma seductora.

–Resolver el *impasse*.

Cecily no se apartó, lo que a Alejandro le pareció un progreso. Se apoderó de sus labios de forma suave y persuasiva, destinada a derribar sus gélidas defensas. Ella se quedó inmóvil durante unos segundos, pero, después, suspiró y pareció relajarse. La boca de ella, suave y maleable bajo la suya, era el paraíso. Su respuesta, esa rara

combinación de inocencia y pasión que le había fascinado desde el principio, estuvo a punto de hacerlo caer de rodillas.

Ella se le acercó más y sus suaves curvas rozaron su masculinidad. Él, incapaz de resistirse, le agarró un muslo y la atrajo más hacia sí al tiempo que le mordía la tierna carne del labio inferior.

¡Santo *Deus*, cómo la deseaba! Llevaba semanas deseándola.

–Yo os diría que buscarais una habitación –dijo una voz detrás de ellos–, pero, como ya tenéis una, deberías utilizarla.

Cecily retrocedió tan deprisa que se tambaleó a causa de los tacones. Alejandro la agarró de la cintura al tiempo que sonreía a Stavros. Vestido de manera informal con una camisa blanca y unos pantalones grises, y con una atractiva mujer de cabello negro, a su lado, los ojos oscuros de su amigo lo miraban divertido.

–Entonces no estaría aquí para saludarte –respondió Alejandro al tiempo que le palmeaba el hombro–. Hola.

Stavros era tan guapo y encantador que las mujeres decían de él que las hacía desmayarse. A Alejandro no le hizo mucha gracia que hiciera uso de sus encantos con su prometida, que se había ruborizado.

Eso era nuevo: considerar una amenaza a su buen amigo, sobre todo cuando la esposa de Stavros estaba a su lado.

La examinó mientras su amigo se la presentaba. Calli no era su tipo habitual. Stavros salía con mujeres de mundo, vivaces, que se adecuaban a su personalidad. Calli era callada y modesta. Era bonita, sí, y con un tipo espectacular. Pero ¿qué tenía para haber convencido a Stavros a dar el gran paso y casarse?

Hallaron a Antonio y Sadie, su esposa, en la terraza, al igual que a los anfitriones: Sebastien y Monika. Alejandro pensó que entendía por qué Antonio se había casado. Si descubrías que tenías un hijo, lo reclamabas. Era una situación similar a la suya con su futuro hijo. Stavros, sin embargo, de todas las mujeres que comían de su mano, había elegido casarse con Calli. Sospechaba que se trataba de un matrimonio de conveniencia, pero ella debía sobresalir en algo.

Y tal vez, pensó, mientras las cuatro parejas se sentaban a cenar en la terraza, le había pasado lo que a él con Cecily, que había desafiado sus reglas de distanciamiento desde el principio.

La observó con atención durante la cena para asegurarse de que estaba a gusto. Con la buena conversación y las risas, se había relajado. Él también lo hizo y se dedicó a estudiar a Antonio y a su esposa.

Era evidente que había una intensa conexión entre ambos, por lo

que dedujo que debían de estar enamorados. Vio que Cecily los miraba varias veces durante la cena con expresión triste. Se sintió culpable porque, a pesar de que ella le importaba, nunca podría darle el amor que anhelaba. Lo había sabido desde el primer momento, pero había enterrado esa certeza cuando la había convencido para que se casaran porque iban a tener un hijo.

Se recostó en la silla y dio un trago del excelente vino que Sebastien había servido. Su incapacidad para establecer relaciones abiertas y amorosas era algo que conocía desde hacía tiempo. En algún momento de su vida se había despertado en él el instinto de supervivencia. Nunca se expondría a enamorarse, porque el amor no era de fiar, además de ser transitorio. No era algo que pudiera fingir por el bien de Cecily aunque quisiera. Tendría que encontrar otras formas de darle lo que necesitaba.

Una vez olvidado el sentimiento de culpa, se centró en la conversación de sus amigos, aunque sin dejar de prestar atención a Cecily.

Esa noche, había conexión entre ellos; una barrera había caído con el beso que se habían dado. Esa química sería lo que los sostendría, ya que él se imaginaba que tardaría tiempo en desaparecer.

Pasó el brazo por el respaldo de la silla de ella y jugueteó con sus sedosos rizos.

Cuando acabaron de cenar, las mujeres decidieron retirarse pronto para desayunar con su anfitriona a las ocho. Alejandro atrajo a Cecily hacia sí mientras la acompañaba a la habitación. Hacía frío, y ella se estremeció y se le acercó más. Él sintió una punzada de deseo. Jugar al billar, un ritual nocturno con sus amigos, no era lo que ocupaba su mente.

Alejandro encendió la luz al entrar en la suite sin dejar de mirar a su prometida.

–¿Me ayudas con el vestido antes de marcharte? –preguntó ella al tiempo que se ponía de espaldas a él.

Su delicado aroma lo envolvió y se le subió a la cabeza. Le bajó la cremallera lentamente pensando que era la forma más exquisita de torturarse, al ir descubriendo centímetro a centímetro su piel hasta el final de la espalda.

Se excitó al recordar la noche en Kentucky y cómo la había llevado al clímax con las manos y la boca. Quería volver a tenerla así en la cama, con su brazo debajo de las caderas de ella y con su cuerpo dentro de ella.

La besó en la nuca.

–Alejandro… –murmuró ella con voz ahogada.

Él la giró para mirarla y observó emociones encontradas en sus ojos.

–Paso a paso –dijo en voz baja–. Así es como vamos a hacerlo.

Ella lo miró, indecisa. Él estaba inclinando la cabeza para besarla cuando Stavros llamó a la puerta.

–Estás de mal humor –Stavros miró de reojo a Alejandro mientras bajaban las escaleras para dirigirse a la sala de billar–. Ese anillo en el dedo de ella, ¿no implica sexo garantizado? Porque recurrir a los pasillos me parece una medida desesperada, amigo mío.

–No estábamos en un pasillo, sino en nuestra habitación, y yo estaba a punto de bajar.

–No es así. Me he limitado a ayudarte –Alejandro lo miró con cara de pocos amigos.

–En vez de estar hablando de tu escaso sentido de la oportunidad, ¿por qué no me cuentas qué pasa con tu matrimonio?

–¿A qué te refieres? –preguntó Stavros mirándolo con engañosa inocencia.

–Has vuelto de Grecia con una esposa. ¿Cómo es posible?

–Del mismo modo que tú has llegado aquí con tu prometida. Me he casado con ella para poder dirigir la empresa, una razón tan válida como cualquier otra.

La respuesta de su amigo era demasiado despreocupada para tragársela. Seguro que había algo ardiendo debajo de aquella fachada. ¿Sentía Stavros algo por su esposa?

–¿Y tú? Yo he debido casarme para tener un heredero. Antonio lo ha hecho porque tenía un hijo. ¿Qué excusa tienes tú para desobedecer el undécimo mandamiento?

–¿Has mirado bien a Cecily?

–¿Me dejas que te conteste en serio?

–No.

–Me lo temía –murmuró Stavros al tiempo que abría la puerta de la sala de billar–. Tienes un problema muy grave.

Alejandro podía haberle dicho que se equivocaba, que un par de noches de buen sexo y la transformación de su relación en la unión racional y civilizada que contemplaba lo curarían del mal que lo aquejaba. Pero el ritual de abrir una botella de whisky de setenta años lo distrajo. Sebastien brindó por que los tres hubieran ganado la apuesta.

Parecía que fuera él quien lo había hecho, lo que convenció aún más a Alejandro de que la apuesta, en realidad, no había tenido nada que ver con el hecho de subsistir sin dinero.

Antonio intervino para dar a entender que él había ganado la apuesta por haber encontrado a su hijo. Sebastien inclinó la cabeza y dijo que eso había sido un plus, pero que necesitaba buscar más en su interior.

Antonio se echó a reír y los demás lo imitaron. ¿Quién de ellos sabía lo que de verdad había planeado Sebastien? ¿A quién le importaba, mientras la noche transcurría jugando al billar de manera muy competitiva?

Sebastien se acercó a Alejandro mientras Antonio y Stavros iban a servirse otro whisky.

–¿Qué tal en Kentucky?

–Muy bien. Tu tapadera era brillante. *Obrigado*. Por fin, mi abuela estará contenta.

–¿Y tu futura esposa? Me cae muy bien, Alejandro. Es justo lo que necesitas: una mujer fuerte que sea capaz de enfrentarse a ti, de desafiarte. ¿Estás de verdad dispuesto a hacer volar por los aires vuestra relación por una antigua disputa?

–Estoy buscando la solución.

–¿Y si no la encuentras?

–La encontraré. ¿Por qué me mandaste a Kentucky? Ya sé que no fue por el dinero.

Sebastien lo miró a los ojos.

–La vida consiste en algo más que en demostrar que eres mejor persona que tu padre, Alejandro, en justificar lo que vales cada segundo del día. A veces creo que estás tan atrapado en eso que te olvidas de quién eres, de lo que eres capaz.

–No intento demostrar que soy mejor persona que mi padre: lo soy.

–Nadie lo discute –intervino Stavros, que había vuelto con Antonio de servirse la bebida–. No habléis de cosas tan serias. Me marcho cinco minutos y ya ves lo que pasa. Esta noche está dedicada al billar.

Alejandro estaba de acuerdo, ya que Stavros se lo había llevado de la habitación en el peor momento. Así que ganaría aquella partida.

Lo hizo. Sin embargo, la suerte se le había agotado al subir las escaleras de madrugada y encontrar a Cecily, con su rubio cabello extendido por la almohada y su bello cuerpo cubierto por un camisón de seda, profundamente dormida.

Capítulo 9

A LA mañana siguiente, Alejandro seguía dormido cuando Cecily se despertó, lo cual no era propio de él. Desvió la mirada de su musculoso cuerpo, que la sábana cubría a partir de las caderas, y se dirigió al cuarto de baño.

Se puso un vestido de color rosa, se peinó y se maquilló ligeramente. Dejó a Alejandro durmiendo y bajó al piso principal de la mansión.

Su compostura se tambaleó antes de alcanzar el último escalón. Estaban llegando las caravanas de los caballos con el nombre de sus jinetes estampado en ellas. Se probaba el sistema de sonido y los encargados de la comida iban de un lado a otro de la casa, preparando el banquete que Monika y Sebastien iban a ofrecer a los jinetes y autoridades, y al que Alejandro y ella estaban invitados.

Esos días siempre la llenaban de energía. Esa mañana, sin embargo, se le hizo un nudo en el estómago. Le pareció que el mundo, su mundo, la dejaba de lado y ella no podía hacer nada para evitarlo. Querría estar allí fuera, recorriendo la pista, pensando en distintas estrategias y charlando con los otros jinetes. Sin embargo, tendría que limitarse a ser espectadora.

Resuelta a no dejarse vencer por el día, a pesar del mal comienzo, esbozó una sonrisa forzada y entró en la Rose Room. Fue la última en llegar. Calli y Sadie ya estaban allí.

Aunque no se le daban bien esas reuniones femeninas, se tomó una tostada que, en realidad, no le apetecía y bebió té mientras Calli les contaba que, la noche anterior, Stavros había acabado en la piscina para recuperar una botella de un carísimo vino que Sebastien había tirado.

–Esas son las cosas que suelen hacer –afirmó Monika riendo–. Les gusta desafiarse mutuamente. Aunque la última apuesta se ha llevado la palma.

Fue entonces cuando Cecily se dio cuenta de que no solo

Alejandro había ido de incógnito. Antonio había fingido ser mecánico para trabajar en el taller donde lo hacía Sadie y Stavros había trabajado en tareas de mantenimiento en la piscina de la villa en que vivía Calli. La apuesta, les informó Monika, suponiendo que todas ya la conocían, había consistido en pasar dos semanas sin su fortuna, aunque ella estaba segura de que cada apuesta tenía un significado más profundo.

Arruinar a su familia, pensó Cecily dejando con fuerza la taza en la mesa. ¿Todo había empezado como un juego? Estaba tan anonadada que no podía hablar. A juzgar por la mirada de las otros dos mujeres, no era la única.

–¿Qué se habían apostado? –le preguntó a Monika.

–Si Sebastien ganaba, sus amigos renunciarían a uno de sus bienes más preciados; por ejemplo, la isla privada de Alejandro. Si perdía Sebastien, donaría la mitad de su fortuna a obras sociales.

–¿Y los tres han ganado?

Monika asintió.

–Sebastien anunciará la donación dentro de unas semanas. Tiene previsto crear un equipo de búsqueda y rescate, que es algo que valora mucho, después de haber estado a punto de morir el año pasado.

Monika les contó que Stavros, Antonio y Alejandro habían desenterrado a Sebastien después de un alud. Era una historia desgarradora y lo que iba a hacer Sebastien con el dinero era muy noble, desde luego, pero el cerebro de Cecily seguía dando vueltas a la apuesta que había llevado a Alejandro a Esmerelda.

Intentaba superar lo que le había hecho, su forma de engañarla. Había comenzado a confiar en él de nuevo. Y ahora, cuando su vida estaba hecha pedazos, se enteraba de que aquello formaba parte de une estúpida apuesta. Tenía la cabeza a punto de estallar.

Alejandro observó a su prometida durante la comida en la terraza. Parecía un dulce rosa con aquel vestido, un dulce que le gustaría comerse miguita a miguita. Sin embargo, el humo que parecía salirle de las orejas le indicaba que la idea de volver a la habitación no sería bien recibida.

Reprimiendo la impaciencia, inclinó la cabeza hacia ella y le habló en voz baja.

–Conozco esa mirada. ¿Por qué estás tan enfadada?

–Hemos hablado de vuestra apuesta durante el desayuno.

Él se quitó las gafas de sol y la miró.

–No te lo había contado porque sabía que complicaría una situación ya de por sí compleja.

–No me digas –sus ojos azules centellearon–. ¿Sabes lo anonadadas que nos hemos quedado? Me he sentido como una completa imbécil.

Alejandro se frotó las sienes. Todavía notaba los efectos del whisky de la noche anterior.

–Debiera habértelo dicho. Pero eso no cambia nada entre nosotros, Cecily. Todo lo que te he contado es verdad.

–La verdad –afirmó ella con desdén– es un estado subjetivo para ti, Alejandro.

–Ha sido una omisión, no una mentira.

–Fue una acción infantil y mal pensada. Aunque Monika –añadió con sarcasmo– se ha apresurado a señalar que hay una lección más profunda que vosotros tres debíais aprender. ¿Cuál ha sido la tuya: la venganza es dulce?

–Tal vez fuera que tú eres dulce, cariño, porque me parece que me he prometido con alguien que tiene un coste de mantenimiento muy elevado.

Ella lo miró a los ojos.

–Y pensar que estaba considerando la posibilidad de volver a tener relacione íntimas contigo, de volver a confiar en ti, cuando resulta que la vida para ti solo es una broma.

–Te aseguro –dijo él en una voz peligrosamente baja– que me tomo esto muy en serio. No he hecho otra cosa desde que la impetuosa noche que pasamos juntos nos ha puesto en esta desgraciada situación. Fue una acción que nos está saliendo muy cara a los dos, cariño, y el coste sigue subiendo.

Ella lo miró con furia. Giró la cabeza y se puso a hablar con un juez sentado frente a ella. Él se volvió a poner las gafas mientras mascullaba una maldición. No iba a consentir que ella destruyera lo que estaban empezando a construir. Aquello debía acabar inmediatamente.

La tomó de la mano cuando se levantaron de la mesa para dirigirse a ver el concurso hípico, en el que participaba Natalia. Cecily intentó soltarse.

–No tenemos que parecer siameses y estar pegados todo el día.

–Claro que sí. Hay fotógrafos por todas partes. No es el momento de lamentar tu impulsivo comportamiento, *meu carinho*.

–Supongo que tú lo lamentas.

–En este momento, sí –esbozó una deslumbrante sonrisa cuando un fotógrafo los enfocó. Ella lo imitó, pero dejó de sonreír cuando

Natalia se les acercó vestida con pantalones de color crema y una chaqueta roja.

–¿Quieres dar la vuelta a la pista conmigo, Cecily? –le preguntó casi sin aliento–. Me pongo siempre muy nerviosa antes de una prueba.

Alejandro le soltó la mano y ella lo miró con expresión de triunfo.

–Desde luego. Súbete a Sappho y muéstrame su paso.

Cecily recorrió la pista con Natalia centrándose en los aspectos técnicos de la prueba que esperaba a la joven jinete, en vez de seguir la rutina casi ritual en la que hubiera dado lo que fuera por poder participar. Pensó que se sentiría mejor si servía de ayuda, pero se sentía más destrozada a cada paso.

¿Cuándo iba a dejar de sufrir de aquel modo? En aquel momento le pareció que nunca.

Consiguió esquivar los rostros conocidos con los que se cruzaba, incluyendo el de Virginia Nelissen, su gran rival, que competía más tarde. Tras haber deseado buena suerte a Natalia, salió de la pista y fue a la zona VIP con Alejandro y el resto del grupo para ver la carrera.

La estrategia que Natalia y ella habían concebido dio frutos. Natalia acabó la segunda de su clase. Sebastian, radiante de orgullo, insistió en que todos ellos lo celebraran tomando una copa con Monika y él en la carpa que habían levantado para las bebidas.

Hacía un calor insoportable en su interior. Había demasiada gente y muy poco espacio. A Cecily comenzó a dolerle la cabeza. Debería haber comido más ese día, pero no tenía ganas.

Buscaría a Natalia, la felicitaría y se marcharía. Pero fue imposible. Alejandro y ella se vieron atrapados en una serie interminable de conversaciones con los conocidos de Natalia. Cecily se envolvió en un escudo impenetrable, que nada ni nadie podía traspasar; ni siquiera su prometido, con el que seguía enfadada.

Estaba hablando con una jubilosa Natalia de la carrera cuando se les acercó Virginia Nelissen.

–Cecily –la sexta mejor jinete del mundo la envolvió en una nube de perfume y de besos dados al aire, que hizo que Natalia se alejara–. ¿Cómo no ibas a estar aquí?

–No compito.

–¿Por qué no? –Virginia, la mayor cotilla del circuito le dirigió una mirada especulativa–. Parece una pista fabulosa.

–Me he tomado un descanso, eso es todo.

–Ah –exclamó Virginia con fingida inocencia–. Me preocupaba que fueran ciertos los rumores que corren.

«No muerdas el cebo, Cecily. Esta mujer es venenosa», se dijo. Pero no pudo evitarlo.

–¿Qué rumores?

–He oído que al comité americano le preocupaba que hubieras perdido parte de tu empuje tras el accidente y que no te consideraba una buena apuesta para el equipo. Estoy segura de que no es verdad.

¿No lo era? Se le hizo un nudo en el estómago al recordar la conversación que había tenido con el jefe del equipo. ¿Creían que ella ya no era buena? ¿Peligraba su carrera? Si tenías fama de ser un jinete roto, esa fama te perseguía para siempre.

Alejandro se les acercó. Ella le dirigió una mirada gélida y se puso rígida cuando él le pasó el brazo por la cintura. El aire cargado de la carpa la sofocaba.

Confusa y destrozada, comenzó a respirar con dificultad, por lo que Alejandro se disculpó y se la llevó a un rincón.

–Esta rutina ya es vieja –le murmuró él al oído–. Me estás excluyendo mientras yo intento que esto funcione. Fue una apuesta, Cecily. Acéptalo y olvídalo.

Gotas de sudor aparecieron en la frente de ella. Cecily tragó saliva al sentir náuseas. Se dio cuenta de que Sadie y Antonio los miraban con curiosidad.

–Sácame de aquí –pidió ella tragándose la bilis que le subía a la boca–. Tus amigos nos están mirando.

–Cuando hayamos terminado. Sabes que puedes fiarte de mí. No voy a dejar que las cosas salgan mal justo cuando estamos llegando a algún sitio.

A ella le recorrió un sudor frío por todo el cuerpo. Intentó tomar aire, pero este estaba demasiado cargado.

–Cecily, ¿qué te pasa?

La envolvió la oscuridad. Todo se disolvía en una niebla espesa y gris. Se apoyó en él.

–No… no puedo respirar.

Alejandro soltó una maldición y la agarró por la cintura. Ni siquiera veía la salida entre toda aquella gente. Tomó a Cecily en brazos y se abrió camino a codazos. Los invitados, alarmados, lo miraban. Alejandro esbozó una sonrisa lacónica dirigida a Antonio.

–Riña de enamorados –dijo en voz alta para que todos los que se hallaban cerca lo oyeran–. Solo hay un modo de resolverla.

La multitud se abrió como el mar Rojo para dejarle paso. Sintió el aire fresco al salir, lo que hizo que se diera cuenta del calor opresivo que había dentro para su prometida embarazada.

Furioso consigo mismo por haber sido tan insensible, llevó a Cecily en brazos a la casa, y no se detuvo hasta haber llegado a su fresca suite, lejos de miradas inquisitivas.

La sentó en el borde de la cama e hizo que pusiera la cabeza entre las piernas.

–Respira –dijo mientras se sentaba a su lado–. Ella respiró hondo y él la obligó a continuar hasta que lo hizo de manera regular.

–No me creo que hayas hecho eso –dijo ella cuando se incorporó, todavía pálida.

–¿Hubieras preferido que dejara que te desmayases delante de todos?

–No, pero ¿qué van a pensar?

–Que estamos teniendo relaciones sexuales –él comprobó, divertido, que sus palabras le habían devuelto el color–. ¿Por qué no me dijiste cómo te sentías?

–Creí que se me pasaría. Suele ser así, pero hacía mucho calor allí dentro. Y –reconoció mirándolo a los ojos– estaba enfadada contigo.

La mirada de Alejandro se oscureció. Se levantó y llenó un vaso de agua de la jarra que había sobre la cómoda. Se lo llevó y volvió a sentarse.

Ella tomó un sorbo y lanzó un profundo suspiro.

–Me había dicho a mí misma que hoy iba a ser dura y a demostrarme que podía pasar por todo esto.

–Has sido dura. Has recorrido la pista con Natalia. Te has enfrentado a un día difícil para ti.

Ella negó con la cabeza.

–Virginia me ha dicho que había oído el rumor de que el comité de selección no me habría elegido para el equipo. Me ha afectado mucho.

–No debes prestar oídos a esas conjeturas –le reprochó él–. Está jugando contigo, Cecily. Sabes de sobra que en la competición se cortan cabezas.

–¿Y si es cierto?

–Si es así, no puedes hacer nada, salvo demostrar que se equivocan. Céntrate en lo que puedes hacer en vez de en lo que no puedes. ¿Te acuerdas de lo que hablamos en Kentucky? Eres la

única dueña de tu destino.

–Pero es que, justamente ahora, no puedo demostrar nada. Tengo miedo de cómo un año sin montar y el bebé van a afectar a mi carrera.

Él se emocionó al verla tan vulnerable.

–Tu madre te tuvo cuando era joven y siguió compitiendo. Tú harás lo mismo porque eres tan competitiva como ella. Eres una Hargrove.

En los ojos de ella apareció un destello de su obstinada actitud desafiante.

–Emplea el año en construir la cuadra y ponerla en funcionamiento –le aconsejó él–. Busca otro par de caballos para apoyar a Bacchus y Derringer y, cuando vuelvas, lo harás siendo más fuerte que antes. Eso es lo que hacen los ganadores: utilizar los obstáculos para fortalecerse.

–¿Por qué sabes siempre lo que es adecuado decir en cada momento?

–Porque sé lo que es estar en la cima, rodeado de gente cuya misión en la vida es intentar derribarte. Protégete mediante una perspectiva inamovible. No des la oportunidad a las Virginias de este mundo de robarte la alegría.

Ella miró el vaso que sostenía en el regazo.

–Una vez me preguntaste por quién hacía lo que hacía. Lo pensé mucho después de que te marchases. Ahora sé que es por mí. Por mi madre también, por supuesto, pero el sueño de ser la mejor procede de mí, no de lo que se espera que sea. Montar es lo que me define, Alejandro. Es algo que adoro, y no me imagino haciendo otra cosa.

–Entonces, elimina el ruido –dijo él en voz baja– y haz lo que te dicta el corazón.

Ella asintió con ojos emocionados.

–Lo que decías de la confianza… Me cuesta confiar por lo que me sucedió en una relación anterior. A los veintitrés años me comprometí con Davis Hampden Randolph, de los banqueros Randolph. Mi padre hace negocios con él.

–¿Un matrimonio de conveniencia?

–Yo estaba loca por Davis –contestó ella negando con la cabeza–. Estaba a punto de casarme con él y de mudarme a Savannah cuando, semanas antes de la boda, me enteré de que él también estaba loco por su amante, aunque no iba a casarse con ella.

–Lo siento –dijo Alejandro–. Debió de ser muy duro para ti.

Una sombra cruzó el rostro de ella.

–Para él, yo solo era una elección política. Lo más gracioso fue

que, cuando le devolví el anillo, resultó que había sido la última en enterarme.

Él sintió un vacío en el estómago. Conocía esa humillación. Había visto a su madre pasar por ella innumerables veces. Y él no había facilitado las cosas a Cecily engañándola primero y marchándose después.

Entrelazó sus dedos con los de ella.

–Te prometo que nunca te haré sufrir de esa manera. De mí obtendrás sinceridad, pero nunca dolor.

–Cada vez que he apostado mi vida por alguien, me han hecho sufrir, Alejandro, Melly, Davis, perder a mi madre, la falta de afecto de mi padre… –negó con la cabeza–. Sé que nuestra relación es de tipo práctico, lo mismo que su relación conmigo lo era para Davis, y que lo hacemos por nuestro hijo. Pero tengo que saber si, en el caso de que vuelva a confiar en ti, esa confianza será inviolable y si estás dispuesto a comprometerte con esta relación.

Él estuvo a punto de soltar una carcajada ante la innecesaria naturaleza de la pregunta. Había invertido en Cecily desde el principio, y mucho más de lo que debiera. Pensó que tal vez fuera la extrema vulnerabilidad de ella, que le recordaba lo que se sentía al vivir a merced del mundo y lo que era que te fallaran quienes habían prometido protegerte.

Se preguntó si sería capaz de llegar a más con Cecily, porque ella le importaba. Tal vez eso fuera lo que podía ofrecerle en vez de amor: ser la persona que no le fallara, la que le demostrara que era digna de esa promesa.

–Estoy comprometido –dijo en voz baja y mirándola a los ojos–. Siempre lo he estado. Te propuse que nos casáramos porque creí que podría funcionar, ya que estamos bien juntos. Porque tienes muchas cualidades que admiro en una mujer, no solo porque vayas a tener un hijo mío. Pero tú también debes creer que puede funcionar Cecily. Tienes que volver a confiar en mí.

–Estoy aprendiendo. Pero no puedo soportar más sorpresas, Alejandro. ¿Hay algo más que deba saber? Si es así, dímelo ahora. No esperes más.

–Sí –dijo él acariciándole la mejilla con un dedo–. He quedado con Antonio dentro de veinte minutos, lo que significa que puedes descansar para nuestra cita de esta noche. Ponte un vestido sexy porque vamos a retomarlo exactamente donde lo dejamos anoche, querida. Esta vez, sin distracciones, sin dramas y sin interrupciones.

Ella lo miró con los ojos como platos y él buscó su boca.

–Y si Stavros vuelve a llamar a la puerta –murmuró contra sus

labios– lo mataré con mis propias manos.

Capítulo 10

CECILY no había estado tan nerviosa en su vida. Se había cambiado tres veces de vestido mientras Alejandro se duchaba y afeitaba después de haber estado con Antonio. Pero seguía sin estar segura de haber realizado la elección correcta.

El sensual vestido era de color champán y se le ajustaba al cuerpo como un guante. Muy escotado, revelaba la curva de sus senos, y realzaba su estrecha cintura. Era sexy, como Alejandro le había pedido. Pero ¿no lo sería en exceso?

–Claro que no –murmuró Calli cuando estaban bajo el elegante entoldado que se había montado en los jardines de Waldenbrook–. Pareces un ángel. Un ángel malvado. Has dejado a Alejandro con la boca abierta.

Cecily desvió la vista hacia su prometido, que estaba hablando con Sebastien y Antonio. Estaba increíblemente elegante con su esmoquin y el cabello peinado hacia atrás, tan distinto del hombre al que había conocido en Kentucky. Sin embargo, esa noche estaba segura de conocerlo, de que lo conocía desde siempre. Lo que eso significaba le aterrorizaba.

La noche que había pasado con Alejandro en su cabaña había sido una cita prohibida sin consecuencias emocionales. Esa noche, las consecuencias serían tantas que se le encogía el estómago solo de pensarlo.

Estaba a punto de ponerse en manos de un hombre que esperaba que no le partiera los últimos restos de corazón que le quedaban. E iba a confiar plenamente en él, como no se lo había permitido hacerlo antes, porque lo necesitaba para que su matrimonio funcionase y por el bien del niño que nacería.

Eso no implicaba que no fuera aterrador. Lo era. Se prometió que desterraría los sentimientos que experimentaba hacia él a un terreno restringido y que sería sensata. Pero serlo era casi imposible con un hombre que la estaba seduciendo sutilmente durante la cena

bajo un hermoso entoldado.

Sentados con Stavros, Calli, Antonio y Sadie en una de las mesas redondas con mantel de lino, velas y rosas, ella hizo lo que pudo por prestar atención a la conversación mientras Alejandro no apartaba de ella ni la vista ni las manos, en una campaña orquestada destinada a volverla loca.

Su compostura había quedado hecha trizas cuando se levantaron para bailar, una vez que Sebastien y Monika hubieron iniciado el baile. Ellos solo tenían ojos el uno para el otro, y era evidente el profundo amor que sentían, lo cual provocó pensamientos peligrosos en Cecily. Si Sebastien, que había sido un soltero empedernido, totalmente opuesto al matrimonio, según había dicho Monika, lo mismo que Alejandro, podía cambiar tanto con la mujer adecuada, tal vez también pudiera hacerlo Alejandro.

Se dijo, mientras él la tomaba de la mano para conducirla a la pista de baile, que esa era la clase de pensamientos que debía evitar para sobrevivir en aquella relación.

Con el corazón desbocado y el pulso acelerado, dejó que él la atrajera hacia sí y entrelazara los dedos con los suyos. Ella colocó la cabeza bajo su barbilla.

Encajaban tan bien que a Cecily le pareció que volvían a esa noche en Kentucky en que habían bailado bajo las estrellas y ella había renunciado a resistirse a la atracción que existía entre ambos porque era demasiado intensa para seguirlo haciendo.

Oía el corazón de él latiendo bajo su oreja.

Alejandro echó la cabeza hacia atrás. Sus preciosos ojos negros brillaban divertidos.

–¿Estás bien, querida?

–Totalmente recuperada –murmuró ella–, al menos de esta tarde. La campaña que has lanzado me ha puesto nerviosa.

Él sonrió.

–La vez anterior me sedujiste tú. ¿No es justo que lo haga yo esta?

–Cuando te seduje sabía lo que hacía.

–¿Y ahora?

–Ahora no tengo ni idea.

–Claro que la tienes. Sabes que está bien. ¿Por qué te pones nerviosa?

–Porque –susurró ella– fue mágico.

Él la apretó contra sí por la cintura y le susurró al oído:

–Haré que sea mágico. Confía en mí.

Ella sintió que se deshacía. Él la besó detrás de la oreja y ella se

estremeció. Arqueó el cuello para que pudiera besarla mejor y él la acarició con la boca abierta.

–Ah –dijo ella– despertando de su ensoñación–. Qué raro.

–¿El qué?

–Sadie acaba de salir de la pista.

Alejandro miró a Antonio, que se hallaba junto a la pista y parecía algo aturdido.

–Sí, es raro.

Cecily observo a Sadie corriendo hacia la casa. Los tacones se le hundían en la hierba, por lo que se detuvo y se quitó los zapatos y, con ellos en la mano, siguió corriendo a toda prisa.

–¿Crees que debo ir tras ella? –preguntó Cecily.

–No –el tono cortante de Alejandro le llamó la atención–. Sin distracciones, sin dramas y sin interrupciones. Deja que ellos lo solucionen.

Cuando la melodía acabó, su prometido habló brevemente con Sebastien y Monika. Después, le pasó el brazo por la cintura y se dirigieron a la casa. Los tacones de sus zapatos se hundían en la hierba, como le había sucedido a Sadie, por lo que se detuvo y se los quitó.

Alejandro aceleró el paso y ella casi tuvo que correr para no quedarse atrás. Cuando llegaron al sendero adoquinado, él la tomó en brazos y subió las escaleras de la entrada.

–Podía haber cristales –dijo él.

–Lo que pasa es que te gusta llevarme en brazos –se burló ella.

–Sí. Además, así llegamos antes.

Cecily se aferró a él mientras llegaban a la suite. Cuando estaban frente a la puerta, él se detuvo para abrirla. Ella se le abrazó al cuello e hizo que bajara la cabeza para besarlo en la boca.

Él se apartó y ella protestó mientras se le agarraba al cabello. Él no le hizo caso y abrió la puerta para llevarla al interior de la habitación.

Cuando la dejó en el suelo, los ojos le brillaban como las brasas.

–Stavros cree que no me controlo cuando se trata de ti.

–¿Y no lo haces?

–Todavía sí –murmuró él obligándola a retroceder hasta que chocó con la pared–. Pero tiempo al tiempo.

Ella dejó caer los zapatos al suelo cuando él le introdujo los dedos en el cabello y la besó con besos lentos. A ella comenzaron a fallarle las piernas y se apoyó con fuerza en la pared.

¡Por Dios! Alejandro sabía besar. ¿Cómo se había estado resistiendo a sus besos?

Sintiéndose perdida en él, en su salvaje aroma de pura masculinidad, obedeció cuando él le separó las piernas y se situó entre ellas. Ahogó un grito al sentir las caderas de él contra las suyas y su ardiente dura y masculina exigencia a través de la tela de los pantalones.

–Alejandro –susurró.

Él le puso la mano en el muslo y, con el pulgar, apretó en el hueco en que la cadera se unía a la pierna para abrirla por completo. Ella apoyó las palmas de las manos en la pared mientras él la embestía con una lentitud tan erótica que la dejó sin aliento.

Sus ojos se encontraron.

–¿Me deseas, ángel mío? –preguntó él–. Quiero que me lo digas.

A ella le pareció que tenía la lengua pegada al paladar. Él colocó las manos en la pared, a los lados de ella, para que lo sintiera por completo.

–Me estás castigando –murmuró ella.

–*Sim*. Te deseo tanto que soy incapaz de concentrarme, de pensar. Así que dilo, cariño, y acabemos de una vez.

Cecily cerró los ojos y apoyó la frente en el pecho masculino.

–Hazme el amor, Alejandro –susurró–. Quiero que me acaricies toda entera.

Él la tomó en brazos y la llevó a la cama a una velocidad que la mareó. Se sentó con ella en su regazo y le acarició el tembloroso labio inferior con el pulgar antes de que sus bocas se encontraran sensual y apasionadamente en un beso que prometía un placer exquisito.

Ella sintió fresco en la piel cuando él le bajó los tirantes del vestido y la prenda hasta la cintura. Desnuda ante su vista, con el cuerpo vibrante de tensión, sintió que se le endurecían los pezones a modo de descarada invitación. La lujuria que contempló en los ojos de él le contrajo el estómago. El corazón se le desbocó cuando él se inclinó para degustar una de las rosadas puntas, después la otra. Los eróticos movimientos de su lengua y la succión de su boca la volvieron loca.

Comenzó a moverse, inquieta, debajo de él, que levantó la cabeza y la depositó en la cama como si fuera un banquete que estuviera a punto de consumir. Ella lo miró a los ojos cuando él le puso la mano en el muslo y le levantó el vestido hasta la cintura.

–Alejandro…

–Shhh. Los dos estamos muy tensos. Voy a aliviarte primero, *meu carinho*, a hacer que te sientas mejor. Si te tomo ahora, no te sentirás tan bien.

Ella casi podía garantizarle que se sentiría igual de bien, pero no iba a ponerse a discutir cuando él ya le había quitado las braguitas. Se mordió el labio inferior y se le humedecieron las manos mientras él le separaba los muslos con suavidad y se colocaba entre ellos.

Ella se puso tensa cuando él le deslizó las manos por debajo de las caderas para elevarla.

–Déjame –murmuró él. Ella sintió su cálido aliento en su carne más íntima.

Y luego solo hubo el delicado deslizamiento de su lengua sobre su cuerpo sobrexcitado y anhelante, una caricia tan leve que la volvió loca. Se arqueó contra él con un ruego desesperado en sus labios. Él continuó acariciándola y degustándola con más fuerza. Era evidente que le encantaba hacerlo.

Ella, fuera de sí, gritó cuando él cerró la boca sobre su sensible carne y la succionó delicadamente. Se metió el puño en la boca mientras absorbía las oleadas de placer que la invadían. Lentas y lánguidas al principio, ganaron intensidad mientras él consumía cada centímetro de ella como si no pudiera saciarse.

Con voz ronca, ella le rogó que fuera hasta el final. Él atrapó su hinchada protuberancia con los dientes. Un destello de luz blanca la recorrió de arriba abajo. Y luego volvió la boca masculina, la deliciosa caricia de su lengua incrementando de intensidad hasta lanzarla de cabeza al abismo para caer en un río de ardiente placer.

Alejandro se estiró sobre el bello cuerpo de Cecily y su húmeda y aterciopelada piel y absorbió el temblor que recorría sus miembros. Tembló con ella.

Se levantó de la cama, se desnudó y se puso un preservativo. Tenía la carne tan sensible e hinchada que tuvo que apretar los dientes para hacerlo. Cecily lo observaba desde la cama. Estaba tan sexy, medio vestida, después de que él la hubiera devorado, que estuvo tentado de poseerla así, como un ángel caído.

Pero la quería totalmente desnuda, para poder acariciar todas sus curvas con las manos. Y sabía exactamente cómo quería poseerla, ya que llevaba semanas soñando con ello.

La miró a los ojos.

–Quiero que te pongas a cuatro patas –murmuró–. ¿Puedo tomarte así?

Ella se sonrojó al tiempo que lo miraba con los ojos como platos, que, brillantes, contrastaban con su piel del color de la miel. Había sorpresa en ellos, pero también una profunda excitación que hizo

que aumentara la de él. La besó en el hombro y la puso a cuatro patas. Ella temblaba anticipando sus caricias. Él le sujetó las piernas entre las suyas y buscó con la boca el final de su espalda.

Ella se arqueó gimiendo suavemente. Él le acarició las hermosas nalgas antes de introducirle los dedos entre los muslos y frotarle la sedosa y húmeda piel con la mano. Ella ahogó un grito. Él se mordió el labio inferior y esperó a que ella se humedeciera y estuviera más que lista para recibirlo antes de cubrir su cuerpo con el suyo y colocar su palpitante masculinidad en la curva de sus nalgas.

Era erótico tenerla así, totalmente a su merced. La respiración jadeante de ella le indicó que sentía lo mismo.

–Cecily –murmuró besándole la espalda–, ¿estás conmigo?

Ella asintió. Él subió la mano por la parte interna de su muslo para separarle más las piernas. Con una mano en la cadera de ella, guio su miembro hacia su carne húmeda.

Ella contuvo la respiración.

–Lo voy a hacer despacio, te lo prometo. Confía en mí.

El cuerpo de ella le dio la bienvenida y se ajustó a él como un guante caliente y aterciopelado. Él tuvo que recurrir a toda su experiencia y su autocontrol para moverse lentamente y dejar que el cuerpo de ella se ajustara al suyo. Por fin, la penetró hasta el fondo. Echó la cabeza hacia atrás y exhaló. Dentro de ella se estaba increíblemente bien. Aquello era el cielo en la tierra.

–Alejandro –murmuró ella llevándose una mano a la espalda.

–Shhh.

Le puso la mano en el estómago para sujetarla mientras la embestía en profundidad. La sensación era más intensa para ella de ese modo. Lo sentía en la tensión de su cuerpo y en los sonidos que emitía. Ella se fue relajando a medida que su cuerpo se adaptó a él, y fue al encuentro de sus embestidas con un entusiasmo que lanzó por la ventana toda la compostura de él y su autocontrol.

–Ángel mío –murmuró al tiempo que sentía el temblor del cuerpo femenino. La sangre le resonó en las sienes cuando la agarró por las caderas con fuerza y la embistió con movimientos fuertes que lo llevaron al límite.

Cuando él le puso la mano entre las piernas para alcanzar juntos el clímax, ella dijo con voz entrecortada:

–Alejandro…

Él se quedó inmóvil en su interior.

–Tengo que verte, por favor.

El deseo de llevar su fantasía a su conclusión se evaporó ante la

emoción de la voz de Cecily. Salió de ella, le dio la vuelta y se enlazó sus piernas en las caderas para estar cara a cara. Volvió a penetrarla con un solo movimiento que hizo que ella ahogara un grito.

–¿Mejor?

Ella le clavó las uñas y fijó sus ojos brillantes y sin sombras en los suyos.

–Sí.

En ese momento, Alejandro dudó que fuera capaz de negarle nada si eso implicaba que sus ojos siguieran libres de sombras. Se sintió totalmente hechizado por ella. Su necesidad de protegerla, de poseerla, siempre había sido mucho más poderosa que su sentido común.

Se distrajo con su voluptuosa boca y expulsó ese pensamiento tan revelador de su cerebro. Con las bocas unidas y las manos de él bajo las nalgas de ella, la atrajo hacía sí una y otra vez. La intimidad de la postura y la caricia de la sedosa piel femenina cuando él se deslizaba hacia dentro y hacia fuera eran tan perfectas que le resultaría imposible describirlas.

La cabeza estuvo a punto de estallarle cuando ella se puso la mano entre las piernas para darse placer al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y se entregaba a él sin condiciones.

–*Meu Deus*, qué sexy es esto –murmuró él.

Ella cerró los ojos. El deseo quemó la piel masculina al verla acariciarse hasta el límite. Cuando sus músculos se cerraron con fuerza en torno a él, cerró los ojos y se entregó a ella en un clímax estremecido que pareció durar eternamente.

Los ojos azules de ella estaban llenos de preguntas cuando él abrió los suyos. Había en ellos esperanza, expectativas… La tomó en sus brazos y las esquivó todas murmurando en voz baja hasta que ella se quedó dormida.

A él le resultó imposible imitarla, por lo que se pasó veinte minutos mirando la pared antes de levantarse, ponerse un chándal y salir a la terraza con un vaso de agua fría.

Bañado por la luz de una espectacular luna llena, contempló el entoldado abandonado que el viento agitaba. Se dijo que solo había sido buen sexo, tal vez el mejor de su vida, que ella iba a ser la madre de su hijo, por lo que era evidente que debía sentir algo por ella. Pero se dio cuenta de que no era cierto. No era capaz de hacer con Cecily lo que había hecho con todas las mujeres de su vida: separar las emociones del deseo.

Ella lo afectaba, no había duda. Haberla visto ese día ayudando

a Natalia en un mundo que ella adoraba y al que echaba tanto de menos que sangraba por dentro, lo había conmovido profundamente. Siempre lo habían hecho su fuerza y su valor. Pero dejar que esa emoción entrara a formar parte de la relación era algo que no se podía permitir, ya que sentiría hasta cierto punto, luego arrancaría esa emoción de raíz y Cecily sería la que sufriría.

Dio un gran trago de agua. Por fin había vuelto a encarrilar su relación con Cecily. Ahora debía asegurarse de que fuera tan racional como había previsto, por el bien del hijo que tendrían. Sobre todo teniendo en cuenta lo que los esperaba.

Clayton Hargrove había hecho oídos sordos a su propuesta, y tendría que enfrentarse a eso cuando volvieran a casa. Le daba la impresión de que la suprema arrogancia de Clayton empeoraría las cosas, lo cual era otro motivo para evitar que la relación con Cecily, de por sí compleja, se desviara hacia terrenos vedados.

Capítulo 11

TRANQUILA –murmuró Alejandro al bajar del jet a las afueras de Bruselas, tierra de los Salazar–. Mi abuela me ha prometido portarse bien.

Cecily lo miró fijamente durante unos segundos. ¿Que estuviera tranquila? Estaba entrando en territorio enemigo y a punto de conocer a una mujer que se negaba a estar en la misma habitación que un miembro de la familia Hargrove. ¿Cómo iba a estar tranquila?

Él le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí mientras recorrían la pista de aterrizaje hacia el jeep que los esperaba. Una diminuta persona, de cabello plateado, estaba junto a él. Cecily había visto una vez a Adriana Salazar cuando la abuela de Alejandro le había puesto una escarapela, en un concurso en Alemania. Entonces, le pareció una mujer llena de energía, de voluntad férrea, orgullosa y majestuosa.

Se detuvieron frente a una anciana de ochenta y tres años, con ojos de lince. La Reve, su enorme finca, se extendía detrás de ella como una verde postal.

–Me recuerdas a tu madre –fue lo primero que la matriarca le dijo al tiempo que se adelantaba para tomarle una mano entre las suyas–. Podríais ser gemelas.

Sin saber si se trata de un cumplido, Cecily besó a la anciana en las mejillas.

–Encantada de conocerla –murmuró–. Nos vimos brevemente en Alemania.

–Sí –dijo Adriana–. Ese día montaste muy bien. Tienes agallas, igual que tu madre

–Gracias –Cecily decidió tomárselo como un cumplido.

Adriana dio un fuerte abrazo a su nieto. El profundo afecto que se profesaban era evidente.

–Vamos –dijo señalando el jeep–. Nos espera la comida.

La deliciosa comida fue civilizada, como Alejandro le había prometido. Solo estuvieron los tres, ya que la madre de Alejandro, Luisa, estaba en un concurso. Después de comer, Adriana llevó a Cecily a visitar La Reve, mientras Alejandro trabajaba, y le hizo las preguntas más difíciles.

Era obvio que Adriana la estaba examinando mientras exploraban el campo belga en el jeep. Preparada para ese examen, Cecily contestó a sus preguntas con respuestas directas y sinceras. Y, de paso, se enamoró de La Reve.

El paisaje era magnífico, las pistas cubiertas dedicadas al aprendizaje, de compleja arquitectura, eran obras maestras. Sin embargo, fueron las sorprendentes cuadras, de madera oscura con techos como los de una catedral y hermosos candelabros, los que robaron el corazón de Cecily.

Allí, Adriana tenía su centro de terapia equina, al que caballos y jinetes de toda la región acudían en busca de ayuda. Cecily había pensado, desde que Alejandro la había ayudado a curar a Bacchus, que ella tendría un día algo semejante en sus cuadras. Escuchó fascinada hablar a Adriana sobre el programa y le hizo muchas preguntas.

–Te interesa ese trabajo –dijo la abuela de Alejandro cuando hubieron acabado la visita, a la caída de la tarde, y se tomaban una limonada en el porche.

–Bacchus y yo tuvimos un accidente en Londres. Alejandro nos ayudó a superarlo. No sé si hubiéramos conseguido hacerlo sin él.

–Le quieres –afirmó la anciana mirándola fijamente.

–No sabía quién era cuando lo conocí, pero me enamoré de él.

–Alejandro me ha dicho que no sabías nada del linaje de Bacchus.

–No. Creí que descendía de Nightshade. Era lo que me habían dicho.

Adriana apoyó la cabeza en el respaldo de la silla al tiempo que fruncía el ceño.

–Nunca lo he entendido.

–¿El qué?

–Que tu madre no lo supiera –miró a Cecily–. Luisa y Zara discutieron después del campeonato mundial, el año en que tu madre ganó al medalla de plata. Luisa tildó a Zara de cobarde por negarse a reconocer que Zeus era propiedad robada. Zara contestó que era mentira.

–Mi madre no lo sabía –dijo Cecily negando con la cabeza

–Yo no tenía pruebas. El análisis del ADN no existía por aquel

entonces. Pero había un mozo que había trabajado en la cuadra donde Diablo servía de semental. Estaba listo para testificar ante un tribunal, hasta que tu padre lo compró.

–¿Habló Luisa a mi madre de ese mozo?

Adriana asintió.

–Luisa le dijo que no fuera ingenua. Dijo que Zara parecía hundida, que se marchó después de la ceremonia de entrega de premios y que no fue a la fiesta.

Cecily estaba confusa. Eso debía de haber sido unas semanas antes de la muerte de su madre, antes de aquella horrible discusión con su padre. Pero su madre se lo habría contado a ella si lo hubiera sabido. No había secretos entre las dos, aunque fueran poco importantes; mucho menos si se trataba de algo así.

Pero, si era verdad, ¿por qué habían discutido sus padres ese día?

Desechó la intranquilidad que sentía.

–Estoy segura de que no lo sabía –dijo a Adriana.

–Aunque lo supiera –razonó Alejandro mientras salían, después de cenar, a contemplar la espectacular puesta de sol–, ¿importa ahora? Puede que te estuviera protegiendo.

Ella negó con la cabeza.

–Nunca habría hecho eso. Nos lo contábamos todo. Nuestras carreras se basaban en esos caballos.

Y otra mentira la destrozaría, pensó Alejandro, enlazando sus dedos en los de ella mientras recorrían el sendero de adoquines que bordeaba las praderas.

Era un atardecer maravilloso. El sol pintaba el cielo de naranja, amarillo y rosa, y los caballos pastaban sobre ese fondo. Pero la atención de su prometida se hallaba en otra parte. Tenía el ceño fruncido por la preocupación.

–¿Qué te parece La Reve? Es impresionante, ¿verdad?

–Sí –una sonrisa iluminó el rostro femenino–. El centro de terapia equina es fabuloso. El trabajo que llevan a cabo me ha dejado alucinada. He acribillado a preguntas a Adriana, por lo que se habrá alegrado de librarse de mí.

–Seguro que no ha sido así –Alejandro había observado que su abuela se había ido ablandando a lo largo del día y que, como él, no era inmune al encanto de Cecily.

–Querría –dijo ella mirándolo de reojo– pedirte que me enseñes lo que te enseñó tu abuela para poder ofrecer ese servicio en

nuestras cuadras. Ayudó tanto a Bacchus que creo que podría hacer los mismo con otros caballos.

Y con ella.

–Se requiere mucho tiempo. Tendrás que pensar en tu carrera y en el bebé.

–Falta un año para eso. Podríamos enseñar a los mozos para que me ayudaran cuando esté ocupada.

El brillo de sus ojos era irresistible. Era evidente que lo había estado pensando.

–Es una gran idea –afirmó él –. Pero debieras pedirle a mi abuela que te enseñe, no a mí. Y eso debe esperar hasta que hayamos solucionado el problema con tu padre.

Ella asintió, pero su rostro se ensombreció. En cuanto volvieran a casa, se encargaría de Clayton Hargrove, pensó él.

–¿Crees que ella aceptaría?

Él asintió.

–En primer lugar, mi abuela es profesora. La enseñanza es su gran amor.

Ella se quedó callada mientras llegaban a una pradera donde pastaban una docena de caballos.

–Es precioso –murmuró ella mientras observaban los caballos retozar y jugar antes de que los llevaran a las cuadras–. Entiendo que aquí fuerais tan felices de niños –lo miró con los ojos brillantes–. Hay un aire y un espíritu que no puedo describir. Se parece a Esmerelda cuando mi madre estaba viva.

Él asintió.

–Procede de mi abuela. Es competitiva y le gusta ganar, pero su prioridad son los caballos. Son su vida.

–Debió de ser una excelente terapia para vosotros, de niños, estar aquí, rodeados de todo esto. Entiendo por qué tu abuela significa tanto para ti.

–Ella insistía en que viniéramos en lugar de vernos expuestos al ambiente tóxico de nuestra casa. Sabía el efecto de enraizamiento que tendrían los caballos en nosotros –Alejandro se acarició la barbilla–. Los primeros veranos, Joaquim y yo estábamos destrozados. No sabíamos lo que era el amor. Mi abuela nos lo dio. Ella era lo único que tenía sentido cuando todo lo demás carecía de él.

Las lágrimas empañaron los ojos de Cecily

–A veces, es lo único que necesitas –afirmó en voz baja–: una persona que crea en ti y de la que recibas amor incondicional.

Alejandro sintió que se desgarraba por dentro.

–Sí –dijo con voz ronca– a veces es lo único que se necesita –la besó en la frente. Se estaba acercando a una serie de emociones que le estaban vedadas.

Ella lo miró.

–¿Cómo te sientes con respecto al niño?

La pregunta lo pilló desprevenido. Reflexionó durante unos segundos y se dio cuenta de que sus sentimientos habían pasado del estado de shock a algo más profundo que era incapaz de describir.

–Esperanzado –dijo por fin–. Tengo la esperanza de poder hacer las cosas de forma distinta, de darle a nuestro hijo todo lo que no tuve, de que podamos proporcionarle una infancia feliz.

–Creo que serás mejor padre gracias a esas experiencias, Alejandro. Sabrás lo que es importante para nuestro hijo con conocimiento de causa.

Tal vez. Y tal vez la decepcionara por su incapacidad de establecer una relación profunda y abierta con su hijo, como tampoco podía ofrecérsela a ella.

–Lo que sí sé –afirmó al tiempo que le colocaba un mechón de cabello detrás de la oreja– es que vamos a hacer esto juntos. Si uno de los dos flaquea, el otro lo ayudará. Será una labor de equipo.

–Sí –dijo ella con voz ronca–. Así será.

Él la dirigió hacia la valla empujándola por la cintura.

–¿Quieres ver tu regalo de compromiso?

Ella frunció el ceño.

–No sabía que iba a haber uno.

–Oficialmente no –Alejandro se sacó una manzana del bolsillo y chistó para atraer la atención de un precioso caballo belga de color avellana que pastaba a unos metros de ellos. El animal levantó la cabeza, vio la manzana y trotó hacia donde se hallaban.

Ellos se subieron al primer peldaño de la valla.

–Te presento a Socrates –dijo Alejandro mientras el caballo golpeaba juguetonamente su mano con la cabeza buscando la manzana–. Sé que no es Bacchus, pero a él te lo devolveré. El linaje de Socrates es igual de impresionante. Es de mi abuela y creemos que será un gran saltador.

Cecily lo miró fijamente y, después, desvió la vista hacia el bonito caballo.

–¿Qué dices?

–Que es tuyo.

Ella lo miró con los ojos como platos.

–No puedes regalármelo.

–¿Por qué no? Necesitas un caballo de apoyo y no se me ocurre

mejor manera de cimentar los lazos entre nuestras familias. Es una unión simbólica perfecta.

Ella se mordió los labios.

–¿A tu abuela le parece bien?

–Sí –le dio la manzana. Socrates la buscó en la mano de Cecily ahora. Ella rio y la abrió. El caballo metió el hocico y se la comió en dos grandes bocados.

–¿Por qué se llama Socrates?

–Me encanta el fútbol. Socrates fue un gran mediocampista brasileño.

Ella sonrió.

–Entonces, Socrates.

El caballo se alejó. Cecily bajó de la valla, se puso de puntillas y besó a Alejandro.

Fue el beso más dulce y sencillo que se habían dado, y a él le clavó una estaca en el corazón.

Cecily no sabía qué hacer con su corazón en el camino de vuelta a la casa. Le latía a toda velocidad mientras subían las escaleras hacia la suite.

Él murmuró que tenía que trabajar y se sentó frente al ordenador en el salón. Ella se duchó y se puso un fino camisón azul. Seguía pensando en el regalo tan personal y especial que Alejandro le había hecho.

Él no dejaba de hacer cosas que la emocionaban. Después de la explosiva relación sexual que habían tenido la noche anterior, pensó que tal vez hubiera más como aquella, ya que estaba segura de que él sentía algo por ella.

O tal vez, reconoció mientras se cepillaba el cabello, estaba viendo lo que quería ver. Si fuera inteligente, no haría caso de aquella atracción entre su prometido y ella, tal como lo estaba haciendo él en ese momento, y concedería a los dos tiempo para respirar. Pero demasiadas preguntas la acosaban para pensar con claridad.

¿Sabía su madre lo de Zeus? ¿Por qué habían discutido sus padres la mañana en que ella había muerto?

Sintió una opresión en el pecho. No soportaría que otra cosa más no fuera lo que parecía, que otra parte de su vida se hiciera pedazos, porque los recuerdos de su madre eran lo único que tenía.

Se dijo que era frágil y que Alejandro comenzaba a significar mucho para ella, lo cual era muy peligroso. Pero, en aquel

momento, él parecía lo único seguro en un mar de incertidumbre. Dejó el cepillo y entró en el salón, donde él estaba trabajando.

Le daban igual las consecuencias.

Se colocó detrás de él, que estaba sentado en el sofá, y le acarició la musculosa espalda por debajo de la camiseta. Su calor y masculinidad le quemaron la punta de los dedos. El pulso se le aceleró.

Lo besó en la nuca.

Él se estremeció.

Ella le recorrió la nuca besándolo con la boca abierta y lo abrazó por la cintura, al tiempo que apretaba los senos contra la piel que acababa de acariciar.

–¿Estás seguro de que quieres trabajar?

–Tengo que terminar este informe antes de que…

Ella bajó una mano y se la puso en su larga y dura masculinidad, por encima de los vaqueros. Él soltó un improperio. Estaba duro como el hierro bajo la tela del pantalón.

De pronto, antes de que ella tuviera tiempo de respirar, Alejandro la agarró y se la echó al hombro para dirigirse al dormitorio a toda prisa. Le dejó en la cama y la besó en la boca con ansia y pasión mientras se quitaba los vaqueros y la camiseta.

–Me vas a matar de forma lenta pero segura –murmuró mirándola a los ojos.

Ella contuvo el aliento cuando le quitó el camisón. Aquel era un Alejandro que no conocía, de una intensidad que se le filtró a través de la piel.

Sintió el ardor de su mirada en la piel desnuda antes de que él la tumbara boca arriba en la cama y se colocara sobre ella sosteniéndose sobre los codos, un sólido muro de poder masculino que le secó la boca.

Él le acarició posesivamente el cuerpo con una mano, deteniéndose en las curvas y depresiones que encontraba. A Cecily se le desbocó el pulso. Aquella no iba a ser una seducción lánguida y tranquila, sino algo totalmente distinto.

Él le agarró los senos y le acarició los pezones con el pulgar y el índice hasta que ella gimió y se movió inquieta debajo de él. Para satisfacer lo que ella le estaba pidiendo, le puso la mano en el vientre y la deslizó hacia el pliegue de su muslo.

Instintivamente, ella se abrió para él y lo miró a los ojos cuando él le puso un muslo entre los suyos y comenzó a frotarla sensual y rítmicamente. Ella le colocó la mano en la nuca y lo atrajo hacia sí para darle un beso intensamente erótico en la boca.

La fricción era maravillosa y ella estaba más que lista para recibirlo, por lo que le rogó en voz baja. Él se despegó de su boca y, con una mano, la agarró por la nuca y, con la otra, le levantó la pierna y se la colocó en la cadera. La penetró de una sola embestida y ella ahogó un grito.

La besó durante todo el tiempo que duró la lenta posesión, acariciándola al principio con embestidas suaves, hasta que sus entrañas ardieron y él fue lo único que sintió. Al alcanzar el clímax, ella le clavó las uñas en los bíceps. Él lo alcanzó a la vez vaciando el ardiente deseo que lo poseía en su interior.

Cecily nunca se había sentido perdida y hallada en el mismo momento. Así que era indudable que había tomado una decisión irrevocable de la que no podría echarse atrás.

Capítulo 12

ALEJANDRO deambulaba por su despacho de Manhattan la mañana después de que Cecily y él hubieran vuelto de Bélgica. Quería cerrar el contrato de adquisición de la empresa cafetera colombiana y, al mismo tiempo, se reprochaba haber consentido que la relación con Cecily se hubiera convertido en un asunto emocional.

Era evidente que no podía fiarse de sí mismo para no hundirse en ese terreno con ella. Necesitaba un poco de calma mientras decidía cómo manejar a su vulnerable e irresistible prometida. Porque aquello no podía volver a pasar entre ellos, otro de esos encuentros pasionales que haría descarrilar la relación.

La persona con la que hablaba por conferencia comenzó a divagar sobre términos legales que él no se molestó en seguir. Se detuvo ante la ventana y apoyó las manos en el poyete mientras miraba el río Hudson. Reconocía que a la mayoría de la gente le gustaría ese grado de emoción en sus relaciones, pero él no quería seguir por aquel camino porque sabía adónde conducía.

Por muy bien que Cecily y él estuvieran juntos, ninguna relación mantenía ese brillo indefinidamente. Ya fuera por aburrimiento, enfrentamientos o desinterés, las cosas buenas siempre llegaban a su fin. Había visto a sus padres interpretar ese vicioso patrón una y otra vez y nunca había acabado bien. La pasión y la felicidad se habían convertido en ira y, después, en odio, y vuelta a empezar, hasta que él mismo les había pedido que lo dejaran de una vez. Era algo a lo que él nunca se sometería ni sometería a su hijo. Tampoco daría alas a las expectativas de Cecily sobre la clase de relación que él podía ofrecerle.

Era mejor seguir su propio consejo y centrarse en las cosas en las que podía influir, como, por ejemplo, atacar la raíz de todos sus problemas.

La llamada, afortunadamente, llegó a su fin. Dejó los auriculares

y se sentó a su escritorio para mandar un mensaje a su abogado.

¿Está lista la carta?
La acabo de terminar. ¿Quieres que te la lleve?
Sí, por favor.

Sam Barton llamó a la puerta del despacho justo cuando se estaba tomando un café. Le indicó que se sentara y examinó el documento que el abogado le dejó en el escritorio.

La carta, dirigida a Clayton Hargrove, resumía los términos de la disculpa pública que la familia Salazar estaba dispuesta a aceptar de los Hargrove, en compensación por las pérdidas económicas y de prestigio que les habían producido al robarles su propiedad.

Si la familia Salazar no recibía respuesta por escrito en el plazo indicado en la carta, haría caer todo el peso de la ley sobre los Hargrove y revelaría la práctica criminal sobre la que se había erigido la dinastía.

Era una carta muy persuasiva. Satisfecho con su contenido, Alejandro endureció algunas expresiones y devolvió el documento a Sam.

El abogado examinó los cambios y enarcó una ceja.

–Tendrá que responder.

–De eso se trata –observó Alejandro.

–¿Y si no lo hace?

–Cada cosa a su tiempo.

Esperaba que eso no llegara a suceder, que los abogados de Clayton Hargrove se tomaran la carta como un aviso, ya que eso era, y aconsejaran a su cliente en consecuencia. Porque aquello tenía que acabarse. Esa historia estaba destrozando a su prometida, que esperaba diariamente que su padre la llamara, cuando a aquel canalla le daba igual. Verla así también le afectaba a él, por lo que debía acabar.

Cecily retomó su vida en Nueva York decidida a cultivar esa resolución inamovible que se había propuesto. Se centró en el futuro que Alejandro y ella estaban construyendo y se negó a mirar hacia atrás. Solo lo haría hacia delante.

Y controlaría todo aquello que pudiera.

La semana después de su vuelta, su agente inmobiliario encontró una propiedad en el estado de Nueva York que tenía todo lo que buscaban. Al pie de las montañas Catskills, la granja Cherry Hill, de

mil metros cuadrados de extensión, era espectacular.

A Cecily la sedujeron sus vistas panorámicas del valle del Hudson, los senderos para cabalgar montaña arriba y el estilo de rancho del siglo XVIII de la casa.

–Te encanta –dijo Alejandro mientras volvían en el coche, tras haberla ido a ver.

Ella asintió, emocionada por las posibilidades de un lugar tan especial. Sabía que podía ser un hogar maravilloso para Alejandro y su hijo, además de una buena base de operaciones para él, desde la que trabajar. Un lugar tan especial como La Reve.

Pensar en La Reve le hizo plantearse un montón de preguntas sobre en qué punto se hallaba su relación con Alejandro después de la explosiva noche que habían pasado en Bélgica, pero no les prestó atención, al igual que llevaba haciendo toda la semana.

No quería analizar la profundidad de sus sentimientos ni lo mucho que empezaba a depender de él.

Tal vez fuera la forma en que le había hecho el amor, con tanta pasión, para después marcharse como si tal cosa, como si no le hubiera afectado, como si pudiera conectar y desconectar sus sentimientos hacia ella a su gusto, en tanto que a ella le parecía que la tierra se abría bajo sus pies. Era como si, cualquiera que fuera el freno que él había puesto a su relación después de aquella noche, este siguiera firmemente en su sitio y él no tuviese intención de quitarlo.

O tal vez fuera porque justo lo que se temía que sucediera, enamorarse de él, era lo que había sucedido.

Se mordió el labio inferior, pero su atención se desvió hacia la llamada que Alejandro acababa de hacer al agente inmobiliario. Estaba comprando la granja.

Cuando hubo acabado, ella lo miró.

–¿La has comprado?

–*Sim*. Iba a salir al mercado mañana, por lo que es mejor no correr riesgos. Además, así tenemos un sitio para celebrar la boda. Ya podemos mandar las invitaciones.

A ella se le contrajo el estómago. Teniendo en cuenta la sencilla ceremonia que habían planeado y la organizadora de bodas a la que habían contratado para prepararla, seis semanas bastarían para los preparativos. Lo que le inquietaba era que no fuera a celebrarse en Esmerelda y no haber sabido nada de su padre.

–No digas nada –murmuró él–. Voy a solucionarlo, Cecily. Te lo prometo.

¿Cómo? Ambas partes eran tan testarudas que ella no veía la

manera.

Se puso a mirar por la ventanilla. Tal vez Alejandro estuviera en lo cierto y su padre se aviniera a razones al recibir la invitación de boda. Porque su padre no dejaría de conducirla hasta el altar, ¿o sí? A pesar de su mala relación, quería a su padre y, en su fuero interno, pensaba que él también la quería.

Por suerte, estuvo muy ocupada las semanas siguientes para pensar en nada que no fuera la reforma de Cherry Hill, para que la boda se celebrara allí, tal y como habían planeado.

La ceremonia tendría lugar en el precioso jardín de flores silvestres de la parte trasera de la casa. El banquete se llevaría a cabo en los establos, lo que implicaba que era prioritario que el establo principal estuviera listo a tiempo.

Los días pasaban en medio de una actividad frenética. Un pequeño ejército trabajaba en la granja. Era mágico contemplar cómo su sueño se hacía realidad. Se ponía nerviosa cada vez que pensaba en pronunciar los votos con Alejandro en el hermoso jardín y en bailar con él por primera vez bajo las lámparas de cristal de Murano, inspiradas en las que había en La Reve.

Si le preocupaba comprometerse con un hombre que tal vez no llegara a quererla, cuyas barreras no daban muestras de irse a derrumbar, no podía hacer nada para evitarlo, puesto que él ya lo era todo para ella, aquel hombre que siempre cumplía sus promesas.

Si se dejaba llevar demasiado por la fantasía, rápidamente recordaba que su padre seguía sin responder al trato que Alejandro le había ofrecido ni a la invitación de boda. Tampoco lo había hecho la mayor parte de la familia Hargrove, ya que su padre había organizado un boicoteo familiar a la boda.

Si las cosas seguían así, solo acudirían miembros de la familia Salazar.

Eso la corroía por dentro y destruía su felicidad. Sin embargo, no lo demostraba.

Su resolución era inamovible.

Dos semanas antes de la boda, Cecily llegó a casa mucho antes de la hora de cenar, tan agotada que apenas podía moverse, pero rebosante de entusiasmo por los progresos del día.

–Parece que ya casi lo has conseguido –dijo Alejandro, que se

tomaba una taza de café.

–Así es, y va a ser estupendo –miró fijamente a Alejandro, que parecía empeñado en hacer todo lo que pudiera para ayudarla a rehacer su vida con él–. Gracias –dijo con voz ronca–. Por esto y por todo lo demás.

–De nada. Es lo que te prometí.

–Aun así, te lo agradezco.

Él dio un sorbo de café y dejó la taza.

–Mañana tengo que irme a Colombia.

–¿A Colombia? Nos casamos dentro de dos semanas. Mañana tenemos la ecografía.

–Es por la compra que estoy negociando. Es inevitable que vaya. Iré contigo a que te hagan la ecografía y, desde allí, me marcharé al aeropuerto,

–¿Cuándo vuelves?

–El viernes.

–Muy bien –murmuró ella al tiempo que alzaba la barbilla. Podía defender el fuerte durante una semana. Lo había estado haciendo todo el tiempo, debido a la locura de horarios de Alejandro.

Hablaron de algunas cosas urgentes de la boda. Ella acabó perdiendo el hilo y se le cerraron los ojos. Alejandro le quitó la taza de la mano, la dejó en el escritorio y tiró de ella para que se levantara.

–A la cama.

Ella se puso de puntillas, lo agarró por la nuca y lo atrajo hacia sí para besarlo en la boca.

–Ven conmigo –murmuró junto a sus labios– y me iré.

Alejandro la besó con fuerza en la boca y luego la separó de él.

–Tengo que preparar el viaje –dijo en voz baja– y tú estás que te caes se sueño. Ve a acostarte.

Alejandro apenas la había tocado en las semanas anteriores, y lo atribuía a la presión a la que se hallaba sometido por aquella compra y por la cantidad de trabajo que tenía. Pero, en aquel momento, supo que no se había imaginado la distancia que él había establecido entre ambos, sino que existía, aunque ella hubiera estado negándose a reconocerlo. Y era el testimonio de que él nunca le ofrecería su amor, aunque sintiera algo por ella.

Demasiado cansada para enfrentarse a ello en aquel momento, se dio un largo baño caliente. Odiaba el vacío que experimentaba en su interior, así como que necesitara tanto a Alejandro.

Se acurrucó en la cama y agarró la tableta. Consultó el correo

electrónico antes de apagar la luz. Todo iba bien con respecto a la boda, pero se quedó helada al ver un correo de su padre.

Temblando, presionó la pantalla para abrirlo. No era de su padre, sino de Claire, su secretaria.

Tu padre lamenta informarte de que no le será posible acudir a tu boda.

No había ninguna explicación. Ni siquiera había enviado el correo él mismo.

Una lágrima se le deslizó por la mejilla, seguida de otra y otra más, hasta que se transformaron en un flujo imparable.

Tenía que ir a verlo y saber la verdad.

A la mañana siguiente, Alejandro y Cecily fueron juntos a la clínica a que le hicieran a ella la ecografía a la clínica. Afortunadamente, todo iba bien: el bebé estaba sano y su corazón latía con fuerza. Cuando su prometido se fue al aeropuerto, a ella la embargaron distintas emociones.

La anticipación que experimentaba con respecto al bebé había sustituido al miedo, como emoción dominante, al poner su fe en el futuro. Tenía la esperanza de que fuera una niña y de establecer con ella el mismo vínculo indestructible que ella había tenido con su madre. Y tal vez llenara en parte el vacío de su interior.

Voló a Kentucky el día antes de que Alejandro volviera del viaje. Los últimos detalles del establo estaban casi terminados y los de la boda se hallaban en manos de la organizadora. Cliff fue a buscarla al aeropuerto.

Lo abrazó.

–Gracias por venir.

–Así he podido escaparme un rato. ¿Cómo te trata Nueva York?

–Bien. ¿Cómo está mi padre?

–Te echa de menos –afirmó él sin rodeos, aunque se niega a reconocerlo. Aquello no es lo mismo sin ti.

–¿Es por Kay? –ella arrugó la nariz para disimular el dolor que sentía–. Si se la deja sola, lo estropea todo.

–Sí, es por Kay.

Fueron en coche a la granja. El lujurioso paisaje del campo de Kentucky la golpeó como una piedra en el pecho. ¿Cómo había sobrevivido sin él?

Se imaginó su granja, Cherry Hill, con sus cerezos rosados y sus

vistas de las montañas. Ahí estaba la respuesta: había sobrevivido por su inmenso deseo de vivir allí con Alejandro.

Cedió al impulso de ir a ver los caballos, lo cual no contribuyó a contener su emoción al llamar a la puerta del despacho de su padre.

¿Y si no quería hablar con ella? ¿Y si la echaba a la calle?

Entró al darle permiso su padre, que estaba sentado a su sólido escritorio, de madera de cerezo, en una postura que ella tenía grabada desde la infancia: con la cabeza inclinada sobre el documento que leía y el ceño fruncido debido a la concentración.

Cecily tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta y observó las nuevas arrugas que le habían salido a su padre en los ojos y en la boca.

–Papá.

La expresión de su padre se suavizó durante unos segundos antes de que su rostro se convirtiera en una máscara inexpresiva.

–No me has dicho que ibas a venir.

Ella se abrazó con fuerza.

–Recibí tu respuesta a la invitación de boda y quería hablar contigo.

–Has sido tú la que ha tomado la decisión de casarse con un Salazar.

Ella apretó los labios, que le temblaban.

–Así que, para ti, ¿tu orgullo significa más que yo?

Él apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y la miró entrecerrando los ojos.

–Te lo di todo: tu carrera en bandeja de plata, los mejores entrenadores y caballos del mundo, todo lo que deseabas. Podías haberte casado con un hombre como Knox, pero decidiste meterte en la cama del hombre que intenta destruirnos. ¿Qué quieres que te diga?

Ella se enfureció. Avanzó hasta el borde del escritorio con los puños cerrados.

–Desearía que te preocuparas por mí como un padre lo hace por su hija. Y, por si no lo sabes, yo fui la que hizo posible mi carrera, no tú.

Los ojos de su padre brillaron con una emoción que no entendió.

–Lo que quiero de ti, papá, es la verdad. Quiero saber por qué no puedes disculparte ante los Salazar y olvidar todo esto para que pueda ser feliz.

Él se levantó de la silla y rodeó el escritorio.

–¿Crees que Alejandro te hará feliz? Se casa contigo para asegurarse al heredero de los Salazar que vas a tener, Cecily. Y está

encantado de apartarte de mí y se venga arrebatándome lo que más aprecio, pero no te quiere. No seas ingenua.

A ella se le hizo un nudo en el estómago.

–Fui yo quien fue detrás de Alejandro. Confío en él. Es el único en quien puedo confiar en estos momentos, porque tú me sigues mintiendo.

Su padre la miró con expresión pétrea.

–Entonces, eres tonta.

Ella, con los ojos empañados de lágrimas, se puso a mirar por la ventana. Parpadeó para no llorar, porque no quería hacerlo delante de su padre, pero las lágrimas se le derramaron por las mejillas.

–Cecily –su padre le puso la mano en el hombro–, me estás obligando a tomar decisiones imposibles

–¿Por qué? –preguntó ella volviéndose hacia él–. Dime por qué para que lo entienda.

Él se pasó una mano por el cabello y apoyó la otra en el poyete de la ventana.

–Mi padre, demostrando una grave falta de juicio, acordó con Paul Macintosh aparear a Diablo con Demeter mientras le habían prestado al semental. Como sabes, a tu abuela la obsesionaba ganar a Adriana, y estaba convencida de que lo lograría, si tenía un caballo tan bueno como Diablo. Así que mi padre se encargó de que así fuera. Nadie lo sabría.

–Pero el mozo de cuadra habló.

Él frunció el ceño.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo contó Adriana. Me dijo que comprasteis su silencio.

–Por desgracia, es así. A mi madre le aterrorizaba lo que pudiera sucederle a su carrera si alguien se enteraba, que la pusieran en la lista negra o, peor aún, que le quitaran los trofeos. Así que mi padre compró el silencio del mozo.

–¿Cómo te enteraste tú?

–El mozo volvió años después. Andaba escaso de dinero y me amenazó con revelar lo sucedido. Le di más dinero con la esperanza de que fuera el final de la historia.

–Pero no lo fue. ¿De eso discutías con mamá el día en que murió?

–Sí –la afirmación de su padre la conmocionó–. Me pareció que era mejor que no lo supiera, que ninguna de vosotras dos lo supiera y que siguierais centradas en vuestra carrera –negó con la cabeza–. Debiera haberme dado cuenta de que era una equivocación. Tu madre era una persona muy emotiva. Había construido su carrera

gracias a esos caballos. Fue culpa mía.

Cecily sintió una mezcla de ira y confusión. Llevaba años preguntándose por qué su padre no la quería como ella necesitaba que lo hiciera, por qué la actitud distante que siempre había tenido se había hecho mucho más profunda. Había sido su sentimiento de culpa el causante de todo.

–Intentaba protegerte –dijo él en voz baja al tiempo que la miraba a los ojos–. Siempre he intentado hacer lo que creía lo mejor para ti, Cecily, aunque a veces no lo pareciera.

Ella lo entendía e incluso se lo creía, pero no estaba segura de poder perdonarle que dejara marcharse a su madre en aquel estado emocional y él se fuera en viaje de negocios a Nueva York. Que le hubiera arrebatado a su mejor amiga.

–¿No crees que me gustaría haber actuado de otro modo? –preguntó su padre–. Yo también la echo de menos, Cecily, todos los días. Pero no puedo cambiar el pasado; es lo único que no puedo hacer.

Ella se clavó las uñas en las palmas de las manos.

–Podrías disculparte.

–Una disculpa pública empañaría la reputación de tu abuela y la de tu madre, así como la tuya. Y destruiría lo que hemos construido. No voy a dejar de cumplir lo que prometí.

Aunque cumplirlo le partiera el corazón a su hija, pensó ella.

Se presionó las sienes con las manos.

–Los Salazar irán a por ti. Alejandro es poderoso, papá, y no va a retirarse sin más.

Su padre apretó los labios.

–Ya me lo ha dejado claro. Tal vez debas recordarlo tú también. Es despiadado, Cecily. ¿Has leído la carta que me ha mandado?

¿Qué carta?, se preguntó ella.

Él fue a su escritorio y volvió con un papel que le entregó. Ella lo examinó por encima. Él último párrafo la dejó sin aliento.

Si no responde a esta carta en el plazo indicado y manifiesta la disposición de la familia Hargrove a disculparse públicamente, como se señala más arriba, la familia Salazar hará que caiga sobre ella todo el peso de la ley y revelará las mentiras y práctica criminales sobre las que se ha erigido la familia Hargrove.

La sangre se retiró del rostro de Cecily. No creía que las cosas pudieran llegar a esos extremos. Pensaba que su padre se disculparía o que Alejandro cedería, dado el creciente sentimiento

que había entra ambos. Y lo había pensado porque se resistía a creer que él pudiera hacerle algo así.

Su padre la miró a los ojos.

—¿Crees que lo conoces, Cecily, que puedes fiarte de él, que le importas? Dile que se retire y que deje el pasado donde debe estar.

Capítulo 13

ALEJANDRO volvió a casa a última hora de la tarde del jueves, después de haber cerrado el trato para la compra de la empresa colombiana. Dejó que su equipo de abogados celebrara la firma del contrato y volvió a Kentucky para intentar hacer entrar en razón a Clayton Hargrove. Sin embargo, debido al mal tiempo, el vuelo fue desviado a Nueva York. Mala suerte, porque faltaba una semana para la boda y seguía teniendo mucho trabajo. Pero estaba deseando ver a Cecily. Cuando había hablado con ella por teléfono, a lo largo de la semana, le había parecido que no estaba bien.

Sabía que la había herido antes de marcharse, pero no estaba dispuesto a ceder a su debilidad por ella ni a dejar que su relación volviera a ser lo que había sido. Sobre todo entonces, cuando habían forjado, precisamente, la sólida relación de compañerismo que siempre había deseado. Saber que se avecinaba un enfrentamiento con su padre había sido un incentivo añadido para tener la cabeza despejada.

Dejó la cartera en el salón, se quitó la chaqueta y encendió la luz. Cecily debía de seguir en la granja. Se sirvió una copa y se acercó a la ventana a contemplar la vista de Central Park, totalmente iluminado, mientras la esperaba.

Había dado a Clayton Hargrove tiempo suficiente para entrar en razón y hacer lo correcto, de modo que él no tuviera que tomar decisiones que no deseaba tomar. Elegir entre las dos lealtades lo estaba destrozando. Pero Clayton no le había respondido.

Alejandro no podía pedir a su abuela más de lo que ya le había concedido. La única opción que le quedaba era poner a Clayton en evidencia, una carta que no quería jugar porque lo que realmente deseaba era que el padre de Cecily fuera a la boda.

Pasaron veinte minutos, treinta... Había dejado el vaso y se disponía a llamarla y a reprocharle que no le hubiera mandado un mensaje para decirle que llegaría tarde, cuando entró por la puerta.

Se le acercó para saludarla. Le puso las manos en la cintura y se inclinó para besarla, pero ella giró la cabeza y el beso fue a parar a su mandíbula. Él frunció el ceño y se echó hacia atrás para mirarla. Vio que estaba pálida y rígida.

–¿Qué te pasa?

Ella dejó el bolso encima de una silla.

–Ayer fui a Kentucky a hablar con mi padre.

Meu Deus. Esperaba llegar él primero.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Porque quería solucionarlo yo sola. Porque una vez me dijiste que soy la responsable de mi felicidad. Así que fui a verlo en busca de respuestas.

Y no habían sido las que ella deseaba.

–¿Qué te dijo?

–Me dijo la verdad: que mi abuelo hizo lo que todos pensábamos que había hecho; que había sido un error que él había estado ocultando para preservar la carrera de mi abuela, la de mi madre y la mía.

–¿Sobre eso discutían tus padres el día en que tu madre murió?

Ella asintió.

–Sí. El mozo de cuadra se había presentado la noche anterior pidiendo más dinero. Cuando mi madre se enteró, se sintió aterrorizada, porque podía arruinar su carrera.

–Por lo menos, sabes que no te lo estaba ocultando.

–Pero todo ello era innecesario –dijo ella con voz temblorosa–. Si mi padre le hubiera dicho la verdad a mi madre, si ella no hubiera estado tan alterada ese día, no habría muerto.

–Eso no lo sabes –murmuró él acariciándole la mejilla con el pulgar–. Tu padre no es responsable de su muerte, Cecily. Nadie lo es. Sé lo mucho que la querías, el vínculo especial que os unía, pero ya no está. Y debes dejarla ir.

–Sí –asintió ella–. Pero el error que cometió mi abuelo debe acabar, Alejandro.

–Dile a tu padre que se disculpe y se acabará.

–Mi padre no va a disculparse. Le prometió a mi abuela y a mi madre que no mancharía su reputación. Preferiría que le dejaras sin un centavo a romper su promesa.

Él apretó los puños.

–¿Así que ha decidido utilizarte como peón? Sabe muy bien lo que se hace, Cecily. Al ponerte en el medio, al hacer que mi lealtad se divida, no tendrá que sacrificar nada. Es la misma arrogancia con la que tu familia se ha comportado desde hace décadas.

–Es gracioso –dijo ella en voz baja–. Eso mismo es lo que dice él de ti: que soy tu peón, que te vas a casar conmigo para garantizarte un heredero y que disfrutas arrebatándole lo que más aprecia.

–Eso es ridículo –le espetó él–. Sabes lo que significas para mí.

–Eso creía, pero ahora no estoy segura.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

–Explícamelo.

–Mi padre me enseñó la carta que le habías mandado. Se suponía que ibas a intentar que entrara en razón, no a amenazarlo con aniquilarlo.

–Le di tiempo para que entrara en razón. Le ofrecí personalmente un compromiso generoso, mucho más generoso que el que le hubiera ofrecido cualquier otra persona. Iba a verlo hoy para intentar hacerle razonar, pero desviaron mi vuelo a causa del mal tiempo. A veces, querida, lo único que un hombre como él entiende son las amenazas.

–Y eso ha funcionado, ¿verdad? Sois dos ciervos enzarzados en una pelea hasta el final. Pero ninguno saldrá ganando.

Él levantó las manos.

–¿Qué quieres que haga?

–Que lo dejes –afirmó ella en voz baja–. Podemos hacer que esta herida cicatrice si nos negamos a perpetuarla. Eso fue lo que dijiste cuando me propusiste que nos casáramos.

–Lo hice pensando que tu padre era un hombre razonable

–¿Tan distinto es lo que está haciendo él de lo que haces tú? Él intenta proteger el honor de la familia, igual que tú.

–Sí, pero la diferencia está en que se cometió un delito. No me hagas tomar decisiones imposibles, Cecily.

Era exactamente lo que su padre le había dicho. Cecily le dio la espalda y se abrazó a sí misma. Se había marchado de Kentucky destrozada por la negativa de su padre a elegirla a ella y olvidar una disputa de décadas y porque se había dado cuenta de que el amor de su padre por su madre, que siempre había sido grande, era mayor que sus sentimientos hacia su hija. Pero también había contestado la pregunta que se había hecho al principio de su relación con Alejandro.

–¿Cecily? –Alejandro la agarró del brazo para que se girara hacia él.

Ella alzó la vista y contempló la frustración que se reflejaba en sus ojos.

–Creí que podría hacerlo –dijo ella con voz ronca–. Un matrimonio de conveniencia por el bien de nuestro hijo. Pensé que lo que podíamos construir juntos sería mejor que el secreto deseo de que me quieran que siempre he tenido, porque ¿quién sabe si eso puede ser posible en mi caso?

Respiró hondo y prosiguió:

–Y me hiciste creer en ti. Eras lo único a lo que podía agarrarme cuando todo lo demás se hundía bajo mis pies. Eras la persona a la que podía recurrir.

La mirada de él se oscureció.

–Y lo sigo siendo. Eso no ha cambiado.

–No, la que ha cambiado he sido yo. No he podido evitar enamorarme de ti. Empecé por creerme el sueño que íbamos a construir juntos y, una vez que hube comenzado, ya no pude parar. Lo quiero todo, Alejandro. Deseo ese amor incondicional del que hablamos esa noche en La Reve. Quiero que, si tienes que elegir entre esa disputa que nos está destrozando a todos y yo, me elijas a mí.

– Y te he elegido a ti. Voy a casarme contigo y vamos a construir una vida juntos.

–No, te vas a casar conmigo por nuestro hijo. Y puede que porque, a cierto nivel, sientas algo por mí. Al menos, es lo que creo. Pero el nuestro no será un verdadero matrimonio. Nunca te permitirás amarme porque, por tu pasado, te da miedo hacerlo.

–No me da miedo querer, sino que me niego a hacerlo porque sé que estropeará una buena relación. En este asunto no contamos solo nosotros dos: esperamos un hijo.

Ella negó con la cabeza.

–Que te permitas tener sentimientos no estropeará nuestra relación, sino que la mejorará.

–Da igual –dijo él con sequedad–. No tengo la capacidad de amar, Cecily. Te lo dije claramente al principio. No pretendo ser obstinado, sino decirte la verdad.

A Cecily se le cayó él alma a los pies al contemplar la expresión inaccesible de su rostro. Sin embargo, sabía que eso iba a pasar, ¿o no? Se había dejado llevar por sus sentimientos con la esperanza de que la preocupación que él sentía por ella se transformara en el amor que necesitaba; en el amor que sabía que se merecía. Pero oírle decir a Alejandro que desechaba esa idea por completo, fue como si le hubieran clavado un puñal en las entrañas.

–Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Llevar a mi padre a los tribunales?, ¿poner a nuestro hijo en medio de esta guerra entre dos

familias, como lo hicieron tus padres contigo?

–Nos aseguraremos de que eso no suceda. Tu padre puede elegir, Cecily. Deja que lo haga.

–Tú también puedes elegir. Tienes el poder de tomar una decisión, pero te niegas a hacerlo. Y yo tengo que renunciar a todo para casarme con un hombre que nunca me querrá.

Él cerró los puños.

–Cecily…

Ella agarró el bolso de la silla.

–Creo que necesitamos tiempo para reflexionar.

–¿Sobre qué?

–Sobre si puedo casarme contigo, porque el hombre del que me enamoré no me haría esto, no me obligaría a tomar esa decisión.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Él la siguió con cara de pocos amigos.

–Quédate y lo hablaremos. No puedes marcharte así. Es de noche y estás alterada.

Ella se volvió a mirarlo con ojos centelleantes.

–Claro que estoy alterada, Alejandro. Así que dame el espacio que te he pedido.

–¿Adónde vas a ir?

–No tengo ni idea –abrió la puerta de un tirón–. Dado que los dos hombres que ha habido en mi vida me han decepcionado totalmente, creo que necesito distanciarme de ambos.

Alejandro apoyó con fuerza los pies en el suelo para no ir detrás de ella, porque, en el estado en que se encontraba, le haría perder el control. Pero lo volvía loco imaginársela sola por las calles de Nueva York, a pesar de que llevaba las tarjetas de crédito de él.

Fue al mueble bar y se sirvió otro whisky. Se sentía cada vez más furioso. Ella no podía cambiar las reglas del juego en el último minuto, decidir que lo quería y marcharse, además de romper las promesas que le había hecho a él y a su hijo.

Porque, por mucho que ella le echara en cara su falta de sentimientos, él también se había comprometido con ella, con el futuro que construirían juntos. Había confiado en que ella se quedaría, en que no saldría por la puerta, imitando una escena que había contemplado muchas veces a lo largo de su vida.

Se dejó caer en una silla. «Lo quiero todo, Alejandro. Deseo ese amor incondicional del que hablamos esa noche en La Reve. Quiero que, si tienes que elegir entre esa disputa que nos está destrozando

a todos y yo, me elijas a mí».

Miró el líquido ámbar en el vaso con el ceño fruncido. En aquella historia, él era el bueno de la película. Desde el principio, había sido sincero sobre lo que era capaz de hacer y lo que no. Era Clayton Hargrove, ese arrogante canalla, el que pretendía partirle el corazón a su hija.

Apoyó la cabeza en la silla. Se fijó en un sobre que había en la mesa. Lo agarró y lo abrió. Era la ecografía, la prueba de que el niño que Cecily y él habían concebido existía. Se quedó sin aliento.

Todo se había vuelto demasiado real. Le había resultado muy fácil imaginarse la familia que Cecily y él podían tener. Y se había sentido realizado al hacerlo. Era tentador, muy tentador, querer tenerlo todo, todo lo que nunca había tenido.

Cecily le hacía desear cosas que sabía que no podía tener, porque él no poseía la seguridad en sí mismo necesaria para sentir un amor incondicional. Hacía mucho tiempo que había renunciado a ello.

¿Acaso no le había demostrado Cecily, al salir por aquella puerta, que su instinto era acertado?

Alejandro se despertó a la mañana siguiente con un terrible dolor de cabeza. Anuló las reuniones que tenía y voló a Bélgica.

–Supongo que no se trata de una visita de cortesía –dijo su abuela, al día siguiente, mientras tomaban café en el porche.

Él negó con la cabeza y le hizo un resumen de lo sucedido hasta que Cecily se había marchado.

Adriana se quedó pensativa.

–¡Qué desastre! –murmuró–. No puedes culparla. Se siente traicionada por los dos hombres a los que quiere.

–Pues le echo la culpa. Uno no se marcha corriendo porque haya un desacuerdo. Se habla para solucionarlo –enarcó una ceja–. ¿De parte de quién estás? Es por ti por quien lucho.

–Sí –dijo su abuela con suavidad– y puede que Cecily tenga razón y haya llegado la hora de ponerle fin.

–¿Y me lo dices ahora?

–Hay más de la historia de Harper y mía de lo que te he contado –dijo su abuela recostándose en la silla–. La rivalidad entre nosotras era épica, alimentada por nuestra mutua ambición. Nos presionábamos una a la otra, nos hacíamos mejores. Incluso, al principio, podría habérsenos considerado amigas. Pero la necesidad de ganar nos envenenó.

»Harper decidió que Diablo era la clave de todo. Cuando me negué a dejar que lo apareara con Demeter, intentó hacerme daño. Estábamos en un concurso en Barcelona cuando me enteré de que estaba teniendo una aventura con tu abuelo.

¿Con Hugo? ¿Con el hombre más honorable que Alejandro había conocido?

–Fue un error –reconoció su abuela–. Harper era muy guapa, irresistible para los hombres. Y, en parte, yo tuve la culpa. Mi obsesión con el deporte hacía sufrir a tu abuelo, que creía que me importaba más que él. Y puede que, a veces, fuera así.

Los restos de un dolor muy antiguo brillaron en sus ojos.

–La aventura había terminado cuando me enfrenté a él. Creo que tu abuelo sabía que Harper lo había utilizado. Pero estuvo a punto de destruir nuestro matrimonio.

–Lo perdonaste.

–Lo quería, por lo que, sí, lo perdoné. El matrimonio nunca es perfecto, Alejandro. Es complicado, pero tu abuelo y yo creamos algo lo bastante fuerte para soportar los tiempos difíciles. Él fue el amor de mi vida.

Alejandro tomó un sorbo de café y examinó el mensaje que su abuela le acababa de transmitir. Podía tener eso mismo con Cecily, se lo decía el corazón. Lo único que había deseado desde el principio había sido protegerla, alejar de ella sombras pasadas y tenerla a su lado.

Entonces, ¿por qué le resultaba tan difícil dar el salto que ella le pedía? ¿El instinto de supervivencia que lo había acompañado durante tanto tiempo era demasiado fuerte?

Sin embargo, lo supo en el momento de pensarlo, la quería. Desde el principio, ella había sabido encontrar el camino hasta su corazón, por debajo de las defensas con las que él se protegía.

Desde entonces, él había negado lo que sabía que era verdad. Cecily lo hacía sentir tan vivo, tan completo, que ni siquiera podía concebir la idea de perderla.

Sin embargo, si no tenía cuidado, la perdería.

Su abuela le puso la mano sobre la suya.

–Ve a buscar a Cecily y dile que se ha terminado. He desperdiciado demasiado tiempo y demasiadas emociones por orgullo, Alejandro. Ya basta.

–Voy a hablar con Clayton.

–No –dijo Adriana mirándolo a los ojos–. Déjame a mí a Clayton.

Capítulo 14

ALEJANDRO volvió a Nueva York dispuesto a buscar a Cecily y a arreglar las cosas. Pero su prometida había apagado el móvil y no le devolvía las llamadas.

Según su padre, no estaba en Kentucky. Parecía que, en efecto, se había alejado tanto de su padre como de él, como había dicho que iba a hacer. Tampoco estaba en Manhattan, según el detective privado que trabajaba para Alejandro, todo lo cual lo dejaba en medio de la nada, cinco días antes de la boda.

Y comenzaron las llamadas. Primero, la organizadora de la boda, con detalles urgentes de última hora; después, los contratistas de la granja, que tenían problemas con los materiales. Como no podía estar sentado al teléfono todo el día aconsejándoles sobre cosas que no veía, se trasladó a Cherry Hill y trabajó en su empresa desde allí.

Supuso que Cecily iría a hablar con él cuando estuviera preparada, lo que no podía tardar.

Supervisó personalmente la descarga de los caballos de Cecily cuando llegaron de Kentucky, otra sorpresa que le tenía preparada. Incluso compró un paquete de esos cereales que tanto le gustaban a Bacchus, que echaba de menos su hogar y a su ama.

Alejandro se identificaba con él. Veía a Cecily dondequiera que mirara, lo cual le recordaba su estupidez y lo que podía perder.

Al despertarse a la mañana siguiente, Cecily le había mandado un mensaje para comunicarle que estaba bien y que necesitaba más tiempo para pensar. No decía dónde estaba.

Él le envió otro diciéndole que tenía que hablar con ella. No le contestó.

¿Intentaba ponerle las cosas difíciles? ¿O estaba reconsiderando si se casaba con él?

Y llegó el día previo a la boda. Las reformas de la granja habían terminado y el establo principal era una obra maestra de hierro forjado y madera de caoba. Envió un generoso cheque al contratista

y le agradeció a él y a su equipo su buen trabajo.

Empezó a temer de verdad que Cecily no fuera a aparecer, que le hubiera hecho tanto daño al no pensar en ella primero, al decepcionarla como todos los demás, que lo hubiera arruinado todo.

–Por si lo has olvidado –dijo Stavros esa noche en el salón de Cherry Hill, mientras Alejandro y sus amigos jugaban a las cartas– para que haya boda se necesita una novia.

Alejandro era muy consciente de ello. Y era una realidad que no podía olvidar, teniendo en cuenta que al día siguiente llegarían doscientos invitados.

–¿Qué os parece si seguimos jugando hasta mañana con la esperanza de que ella aparezca en el último minuto? –preguntó Stavros.

–No es momento para bromas de mal gusto –dijo Antonio haciendo una mueca.

–Todo lo contrario –dijo Stavros–. Creo que lo que se necesita ahora es sentido del humor.

–No del tuyo –intervino Sebastien–. Tal vez debiéramos decidir qué les vamos a decir a los invitados si se anula la boda.

–Que ha habido un problema con los permisos para hacer las reformas –propuso Antonio.

–No es mala idea –dijo Sebastien.

–Podrías anularla ahora mismo –comentó Stavros– antes de que medio Nueva York llegue hasta aquí en coche.

Si fuera inteligente, pensó Alejandro, eso era lo que tendría que hacer. Pero había apostado por un futuro con Cecily y había prometido no fallarle. No iba a ser él quien la dejara tirada.

–Lo decidiré por la mañana.

Cecily paseaba por la galería de la rústica cabaña que había alquilado en las Catskills mientras el sol asomaba por el horizonte.

Era el día de su boda.

Debía tomar una decisión. Se suponía que iba a casarse con Alejandro al cabo de unas horas, pero no lo tenía nada claro.

El idílico paraíso, en el corazón de las montañas, le había parecido el sitio ideal para reflexionar, para lamerse las heridas. Tanto Alejandro como su padre la habían herido profundamente.

Sabía que en aquel asunto intervenían el sentido del honor de

Alejandro y su propia historia, la de ella, pero deseaba, necesitaba, que el hombre con el que se casara la amara incondicionalmente. No podía conformarse con menos.

Sin embargo, aquel hermoso lugar solo le había servido para recordar el hogar que Alejandro y ella estaban construyendo, el lugar donde estaba su corazón.

De ahí, lo imposible de tomar una decisión: casarse con Alejandro y acabar odiándolo por lo que les estaba haciendo a su familia y a ella misma; no casarse con él y privar a su hijo de un hogar y a sí misma del hombre al que quería.

Observó cómo el sol se elevaba entre los árboles. Recordó una antigua conversación con su madre: «No se elige a quien se ama, Cecily, ni cómo ni cuándo. Simplemente se hace».

De pronto lo vio claro y supo lo que debía hacer.

El jardín de Cherry Hill bullía de actividad cuando Cecily aparcó. Se quedó sentada en el coche, atenazada por el miedo. ¿Y si Alejandro la odiaba por lo que le había hecho? ¿Y si ya no quería casarse con ella?

Paralizada, siguió sentada allí hasta que vio a Mariana, la organizadora de la boda, entrar corriendo en la casa, presa del pánico. Con el pulso acelerado, Cecily se bajó del coche.

El sol iluminaba la fachada del establo principal, pero había algo nuevo, un cartel que alguien había colocado por encima de la puerta: «Hargrove–Salazar».

Se le hizo un nudo en la garganta. Sus pies echaron a andar sin una decisión consciente por su parte y entró. El relincho de un caballo la saludó.

Era Bacchus. Corrió por el suelo adoquinado, abrió la puerta del compartimento y se le abrazó al cuello.

¿Había cedido su padre?

Tras haber decidido que ya había recibido suficientes muestras de afecto, Bacchus le metió el morro en el bolsillo.

–Lo siento –dijo ella riendo–. No tengo.

–Hay una caja en el almacén –dijo Alejandro en voz baja.

A Cecily, el corazón le dio un vuelco. Se volvió y lo vio en la puerta del compartimento. Estaba guapísimo, con unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca. Quiso lanzarse a sus brazos, pero no lo hizo porque parecía enfadado, furioso.

–Iba a venir a verte.

–¿Y lo has ido postergando hasta ahora? Dejaste la pelota en mi

campo, Cecily. ¿Cómo iba a responderte si no sabía dónde estabas?

–Necesitaba tiempo para pensar. Eres una fuerza de la naturaleza. Tenía miedo de que me avasallases y me obligaras a tomar una decisión para la que no estaba preparada.

–Entonces, ¿la has tomado?

Ella salió del compartimento y cerró el pasador de la puerta.

–Sí –afirmó mirándolo a los ojos–. Te quiero, Alejandro. Hallaremos la manera de que lo nuestro funcione.

Él la tomó de la mano y la atrajo hacia sí hasta que lo único que ella sintió fue el calor que emanaba su cuerpo.

–Yo también tengo algo que decirte –dijo con voz ronca–. En primer lugar, te he fallado, Cecily. Te prometí que siempre estaría cuando me necesitaras, que solucionaría el problema, y no lo he hecho. No volverá a ocurrir.

»En segundo lugar, Adriana ha ido a Kentucky a ver a tu padre. La disputa entre los Salazar y los Hargrove se ha acabado. Tu padre y Kay han venido a la boda.

¿Que su padre estaba allí? ¿Que Adriana había ido a Kentucky? La cabeza comenzó a darle vueltas.

–¿Qué ha pasado entre ellos?

–Ni lo sé ni me importa. En tercer lugar –añadió él mirándola a los ojos–, te elegí a ti la noche que crucé la línea y te hice el amor en Esmerelda. Te elegí cuando te pedí que te casaras conmigo. Y te elegí la noche en que me diste aquel maldito discurso sobre el amor incondicional –le acarició la mejilla con le pulgar–. Me partes el corazón, cariño. Siempre lo has hecho.

Ella contuvo la respiración.

–¿Qué estás diciendo?

–Que te quiero. Me enamoré de ti esa noche en Bélgica y por eso me distancié de ti. Porque nada de lo bueno que me ha sucedido en la vida ha durado. No soportaba que eso nos fuera a pasar.

–No nos pasará –aseguró ella con vehemencia al tiempo que le tomaba el rostro entre las manos–. Lo nuestro es especial, Alejandro, poderoso. Mira lo que hemos conseguido: acabar con la disputa más larga de la historia equina.

Él esbozó una sonrisa.

–Quiero perseguir ese sueño contigo y quiero ese amor incondicional del que hablabas. Pero no soy perfecto. Tendré mis momentos, lo que no significa que no esté a tu lado cuando me necesites, porque lo estaré.

Aquello conmovió a Cecily hasta el fondo de su corazón. Incapaz de hablar, lo agarró de la camisa, se puso de puntillas y lo besó

dulce y apasionadamente. Fue un beso en que se prometían la eternidad.

Cuando se separaron, una sombra de incertidumbre en los ojos de él hizo que ella frunciera el ceño.

–¿Qué te pasa?

–Creí que lo había arruinado todo.

–No puedes arruinar el amor, Alejandro. Simplemente existe.

No era algo que él fuera a aceptar de la noche a la mañana. Tardaría en hacerlo. Por suerte, ella tenía toda la vida para demostrárselo.

La tarde se presentó increíblemente cálida para un día de otoño en las Catskills, como si un poder superior hubiera decidido que Cecily y Alejandro ya habían luchado contra suficientes elementos y ese día estuviera reservado para el brillante futuro que los aguardaba.

Después de haberle recogido el cabello en un moño, la estilista le puso a Cecily el romántico vestido de tirantes, estilo bailarina. El único adorno que lo acompañó fueron los pendientes de zafiros de su madre.

Bajó por la escalera central del rancho, al final de la cual la esperaba su padre, cuyos ojos grises se emocionaron al tenderle el brazo.

–Estás preciosa.

–Gracias.

–Cecily…

–Esto es el comienzo de un nuevo capítulo, papá. Decidiremos qué hacer a partir de aquí.

Él asintió y salieron juntos al jardín.

Alejandro había conseguido que la horda de fotógrafos que sobrevolaban la finca en helicóptero, se mantuviera alejada del evento, que querían celebrar de forma privado. Cecily no prestó atención a la distracción, ya que solo se fijó en el hombre que la esperaba al final del camino.

Los tres amigos de Alejandro, Stavros, Antonio y Sebastien, estaban increíblemente guapos, vestidos con traje oscuro y corbata plateada, pero Alejandro era el único hombre que hacía que le latiera el corazón de aquel modo, como si todo su mundo girara en torno a él.

Alejandro no iba a seguir luchando contra sus sentimientos, sobre todo cuando había estado a punto de perder a la mujer que lo era todo para él. No dejó de mirar a Cecily mientras ella sorteaba la larga fila de asientos del brazo de su padre y sonaba una pieza de Bach. De pronto, ya estaba a su lado y su padre se la entregó.

La besó en la mejilla.

–¿Estás bien? –preguntó en un murmullo–. Pareces muy pensativa.

–Sí –respondió ella con una sonrisa encantadora.

–Entonces, cásate conmigo.

Y eso fue lo que ella hizo.

–Bueno, ha caído el último –concluyó Stavros saludando a Alejandro con el vaso de cerveza mientras la fiesta estaba en todo su apogeo–. Estarás satisfecho –dijo a Sebastien.

–Me gusta veros felices a los tres.

–Brindemos –propuso Alejandro, señalando con el vaso a Sadie, Calli, Monika y Cecily, que, sentadas a una mesa, no parecían tramar nada bueno–. Por las mujeres de nuestras vidas y por la suerte que hemos tenido de encontrarlas.

Los cuatro brindaron y bebieron sabiendo lo afortunados que eran.

–Siento que Alejandro y yo no podamos acudir a la rueda de prensa del lunes –dijo Stavros a Sebastien–. Es admirable que vayas a donar la mitad de tu fortuna, Sebastien.

–Estáis perdonados, ya que os he puesto a los tres en la junta directiva de la organización.

–No podemos negarnos –dijo Stavros.

–Claro que no –aseguró Alejandro.

–Cuenta conmigo –apuntó Antonio.

–Perdonad –Mariana llegó en ese momento y se llevó a Alejandro para que inaugurara el baile–. Lo necesito.

–No puedes hacerlo –dijo Cecily mientras la banda acababa de tocar la melodía que sonaba–. No tienes tiempo y, además, vamos a tener un hijo.

–Lo sé, pero Sebastien suele conseguir lo que se propone.

La banda los presentó con una fanfarria. Cecily le dio la mano a Alejandro y entraron en la pista de baile bajo la lámpara de cristal de Murano. Y bailaron la misma balada que habían bailado la noche

de Kentucky.

El tiempo retrocedió y Cecily volvió a hallarse bajo un cielo estrellado bailando con el hombre del que se había enamorado locamente. Pero esa vez no era para una noche, sino para siempre.

–Alejandro, ya no es mi canción. Tengo todo lo que deseaba. Bueno –añadió con una nota triste en la voz– casi todo.

Él se inclinó a besarla.

–También lo tendrás.

Epílogo

CAMPEONATO del Mundo de Hípica.

Normandía, Francia.

Virginia Nelissen salió del estadio galopando tras haber cometido cuatro faltas en el recorrido de la pista. El equipo holandés iba el primero y solo quedaba un jinete americano por participar.

–Fuera –dijo Alejandro a Zara Rose, su hija de año y medio, que estaba sentada en su regazo. Se hallaban en primera fila. –No nos gusta esa señora. Se portó mal con mamá –la besó en la cabeza–. Ahora –le susurró cuando Cecily entró en la pista– tienes que animar al equipo Hargrove–Salazar, porque esto va a hacer historia.

–Salazar–Hargrove –lo corrigió Adriana–. No me gusta lo nerviosa que está Cecily. Ha saltado un montón de vallas en el calentamiento.

Porque aquel era el sueño de su esposa, que, desde que había vuelto a montar, había organizado al equipo americano en torno a Socrates de forma brillante.

La presión sobre ella era enorme. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo el casco, una chaqueta azul marino y una camisa blanca. Pero, si algo había aprendido Alejandro sobre su mujer, era la capacidad de lucha que poseía, su instinto de supervivencia. Ese día, lo daría todo en la pista.

Cecily detuvo a Socrates frente a los jueces y se quitó el casco para saludar. El aplauso del público fue disminuyendo hasta que, en el estadio, se podía oír el vuelo de una mosca. Y, después, solo se oyeron las pezuñas del caballo retumbando en la arena mientras Cecily lo guiaba para dar el primer salto, una elevada y complicada yuxtaposición de postes, que a Socrates no le resultaba familiar, y que golpeó con fuerza al salvarla.

No era un comienzo prometedor. Adriana tenía razón: tanto el caballo como el jinete estaban nerviosos.

En el siguiente salto, Socrates arrancó tarde y salvó el obstáculo por los pelos. Se dirigió a toda velocidad hacia el tercero, pero Cecily lo situó demasiado pronto para saltar, lo que lo obligó a realizar un enorme esfuerzo para llegar al otro lado ileso.

Adriana se tapó los ojos.

–No puedo verlo.

Socrates galopó suavemente hasta el siguiente obstáculo. Alejandro observó que Cecily parecía más tranquila. Salvaron el obstáculo de forma perfecta. Seguidamente venía la combinación triple que había hecho caer a todos los jinetes, incluyendo a Virginia. Cecily lo atacó con precisión militar y colocó a Socrates a la perfección para el primer salto y salvó con eficacia los otros dos obstáculos.

Su esposa miró el reloj. Le faltaban cuatro saltos y se le agotaba el tiempo. Debía realizarlos bien, y a tiempo, para que el equipo americano ganase. Cecily azotó a Socrates y se dirigió hacia la siguiente combinación a una velocidad que hizo que Adriana ahogara un grito.

–¡Por Dios! –exclamó–. Esa no es forma de arrancar… Es…

Socrates salvó los tres.

–… brillante –dijo su abuela.

«Se va a retirar», pensó Alejandro. Pero su esposa giró bruscamente a la derecha y se dirigió a toda velocidad a efectuar el último salto. La multitud se había puesto en pie.

–Un salto más –susurró Alejandro–. Uno más, ángel mío. Puedes hacerlo.

Y lo hizo.

Cecily se dirigió a caballo adonde estaban los medios de comunicación para entrevistar a los concursantes.

No podía decirles nada. Había atravesado todas las facetas del espectro emocional en aquella carrera. Cuando vio que Alejandro la esperaba con Zara en los brazos, soltó un sollozo.

Su esposo dejó a la niña en el suelo. Cecily se bajó del caballo y se refugió en los brazos del hombre que, el año anterior, siempre la había recogido cada vez que había tropezado al ser madre, al retomar su carrera y al intentar hallar un equilibrio entre ambas cosas.

Alejandro la besó.

–No llores, *meu carinho*. Has estado magnífica. Tu madre estaría orgullosa.

Entonces, Cecily rompió a llorar por lo que había perdido, por lo que había ganado. Por lo que la esperaba.

Un periodista de una cadena deportiva americana se acercó a ellos al observar la presencia de la famosa Adriana.

–¿Puedo entrevistar al equipo completo Hargrove–Salazar? –preguntó.

–Al equipo Salazar–Hargrove –le corrigió Adriana–. Y sí, puede.